
EN CASO DE
amor,
LLAMA AL
SOCORRISTA
AITOR FERRER


EN CASO DE
amor,
LLAMA AL
SOCORRISTA

Primera edición.
En caso de amor, llama al socorrista
©Aitor Ferrer
©agosto, 2026
©Imágenes por Magnific y AdobeStck
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Capítulo 1



Tamborileaba los dedos sobre la encimera de la cocina con tanta insistencia que, de haber seguido así otros diez minutos, habría terminado atravesando el mármol.

Llevaba toda la mañana esperando a Samuel y, al mismo tiempo, deseando que no apareciera. Era una contradicción absurda, pero desde que había descubierto que el hombre con el que planeaba pasar el resto de mi vida compartía también ciertas partes de su anatomía con una compañera de trabajo, mi cabeza se había convertido en un lugar poco fiable.

Habían pasado casi cuatro meses desde la última vez que lo había visto. Cuatro meses desde que salió de aquel piso dando un portazo, cargado con dos maletas, su ordenador y una dignidad que, en mi opinión, no le pertenecía.

Se había llevado lo importante, o eso dijo. Sin embargo, seguían quedando en casa media docena de cajas, algunos libros, una guitarra que jamás aprendió a tocar y una bicicleta estática que utilizó exactamente tres veces antes de decidir que más bien era un elemento decorativo que añadía personalidad al salón.

Reuní todas sus pertenencias en el recibidor. Las cajas estaban apiladas junto a la puerta, perfectamente cerradas y etiquetadas, porque incluso en mitad de una ruptura traumática seguía siendo incapaz de meter los cables en la misma caja que los zapatos. Cada persona gestionaba el dolor como podía. Yo lo hacía con cinta adhesiva, rotuladores permanentes y una caligrafía impecable.

Miré el reloj del microondas por enésima vez. Samuel llegaba dieciocho minutos tarde. No me sorprendía. Durante los siete años que estuvimos juntos, el concepto de puntualidad había sido para él algo parecido a la física cuántica: sabía que existía, pero nunca llegó a comprenderlo.

Me había preparado para aquel encuentro como si fuera a declarar ante un tribunal. Ensayé respuestas breves, frías y contundentes. «Tus cosas están junto a la puerta». «Déjame las llaves encima de la mesa». «No tenemos nada más que hablar». Incluso había practicado frente al espejo una expresión de indiferencia elegante que, en la vida real, se parecía bastante a tener gases.

Lo único que quería era que recogiera sus cosas y desapareciera definitivamente; que se llevara las cajas, la bicicleta, la guitarra y el último vínculo que todavía nos obligaba a respirar el mismo aire. Esperaba que aquel encuentro durara lo menos posible.

Después de aquello, podría cerrar la puerta y fingir que Samuel había sido una enfermedad larga de la que, por fortuna, empezaba a recuperarme.

Entonces oí la llave girando en la cerradura y me quedé inmóvil, con los dedos suspendidos sobre la encimera.

Durante unos segundos pensé que lo había imaginado. Nadie podía tener tan poca vergüenza. Nadie podía presentarse cuatro meses después, tras haber destrozado una relación de siete años, y entrar en casa como si volviera de comprar el pan.

La puerta se abrió. Samuel apareció en el recibidor con gafas de sol, una camiseta blanca demasiado ajustada y esa expresión de superioridad relajada que siempre adoptaba cuando creía que estaba particularmente atractivo. Cerró la puerta con el pie, se quitó las gafas y me dedicó una sonrisa ligera.

—Hola, Carla —me saludó, como si nos hubiéramos cruzado por casualidad en la cola del supermercado—. Veo que sigues sin poner aire acondicionado. Aquí dentro hace un calor insoportable.

Lo observé sin responder. Mi cerebro necesitó unos segundos para decidir cuál de todas las cosas indignantes debía procesar primero: que todavía tuviera una llave —eso era culpa mía—, que hubiera entrado con ella y sin llamar o que su primera preocupación fuera la climatización del piso en el que ya no vivía.

—Podías haber llamado. Esta ya no es tu casa —murmuré al fin, muy despacio, porque a veces conviene explicar lo evidente a personas que no parecen tener el don de entender, como él.

Samuel miró la llave que sostenía en la mano, como si acabara de descubrirla.

—Sí. Todavía la tenía.

—Sí, sí. Y no has dudado en hacer uso de ella con esa cara que tienes, que es más dura que esto. —Le indiqué, golpeando el mármol de la encimera tan fuerte que me hice daño en los nudillos.

—Como esta también fue mi casa, supuse que no pasaba nada.

Solté una risa seca. No fue una risa alegre. Fue una de esas risas que aparecen justo antes de que alguien termine enterrado bajo un patio.

—También fue nuestra relación y no tuviste ningún problema en meter a otra persona dentro.

Su sonrisa desapareció durante medio segundo, pero regresó enseguida. Samuel siempre había tenido una habilidad admirable para recuperarse de cualquier golpe que no recibiera físicamente.

—No he venido a discutir.

—Perfecto. Tus cosas están junto a la puerta, como puedes ver. Las coges, me das la llave y te largas.

Se acercó a la pila de cajas y observó las etiquetas.

—Has puesto «cables sin utilidad conocida».

—Porque no sé para qué sirven.

—Uno es del rúter.

—Llevas meses sin él y no has muerto. Creo que podemos confirmar que no era vital.

Samuel suspiró y se pasó una mano por el pelo. Aquel gesto había conseguido desarmarme durante años. Le daba un aspecto vulnerable, un poco perdido, como si el mundo fuera demasiado complicado para él y necesitara que alguien le ayudara a encontrar el camino. Ahora sabía que normalmente encontraba el camino bastante bien, sobre todo si terminaba en la cama de una compañera de trabajo.

Comenzó a mover las cajas, arrastrándolas por el suelo sin ningún cuidado.

—Podrías ayudarme —propuso.

—Podría. También podría donar todo esto a una asociación benéfica, prenderle fuego o construir con las cajas una escultura llamada «Los restos del imbécil». Estoy valorando opciones.

Samuel dejó escapar una risa.

—Sigues igual.

—¿Igual que cuándo?

—Igual de exagerada. Siempre conviertes todo en un drama.

Aquello me atravesó con una precisión quirúrgica. Durante meses había conseguido que me cuestionara si había exagerado, si había interpretado mal las señales, si había desconfiado demasiado o si había sido injusta cada vez que le preguntaba por qué llegaba tarde o protegía su teléfono como si contuviera secretos de Estado.

Al principio fueron detalles pequeños. Samuel comenzó a cuidar más su ropa para ir a trabajar, a utilizar un perfume nuevo carísimo y a sonreír al mirar mensajes que nunca compartía conmigo. Después llegaron las reuniones imprevistas, las cenas de equipo y los fines de semana en los que necesitaba «desconectar un poco».

Cada vez que le preguntaba, él negaba todo.

Me decía que estaba obsesionada, que desconfiaba sin motivos, que nuestra relación se estaba deteriorando por mi inseguridad. Y yo, que hasta entonces me había considerado una mujer razonablemente inteligente, terminé pidiéndole perdón por sospechar que me engañaba mientras él se dedicaba, en efecto, a engañarme.

La verdad apareció una tarde de finales de febrero, cuando su teléfono se iluminó sobre la mesa. El mensaje era breve y suficientemente gráfico como para no necesitar contexto.

Lo enviaba Lorena, una compañera del departamento comercial a la que Samuel describía siempre como «una pesada» y con la que, al parecer, llevaba varios meses soportando cargas laborales extraordinariamente íntimas.

—No convertí nada en un drama —le contesté—. Tú te acostabas con otra mientras tratabas de convencerme de que estaba loca por sospecharlo. El drama venía bastante bien organizado de fábrica.

Samuel apoyó las manos en la cintura.

—Ya te pedí perdón.

—No. Dijiste que sentías que yo lo hubiera descubierto. No es lo mismo.

—Carla, han pasado meses. Tendrías que empezar a superarlo.

Lo miré con incredulidad.

—Gracias. No sabía que existía un plazo oficial para superar siete años de relación. ¿Me puedes pasar el calendario? ¿Hay que sellarlo en algún organismo público?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

—Sí. Te refieres a que mi dolor te resulta incómodo y preferirías que desapareciera para no sentirte culpable.

—Yo no me siento culpable.

Esa frase cayó entre nosotros con una frialdad casi elegante.

Samuel se encogió de hombros y añadió:

—Las cosas entre nosotros llevaban mucho tiempo sin chispa. Los dos lo sabíamos. Lo que pasó con Lorena solo aceleró algo que habría ocurrido de todas formas.

Noté que se me tensaba la mandíbula.

—Qué bonito. Deberías bordarlo en un cojín.

—No intento hacerte daño.

—Pues tienes un talento natural.

Samuel se agachó para coger una caja y volvió a dejarla en el suelo al comprobar que pesaba demasiado. Después se apoyó contra la pared, como si aquella fuera todavía su casa y yo una visita molesta.

—Mira, quizás te venga bien escuchar esto —dijo—. Con Lorena estoy genial. Mucho mejor de lo que esperaba. Todo es más fácil, menos intenso. Con ella puedo ser yo mismo.

Lo observé en silencio. Había imaginado muchas veces aquel momento. En algunas versiones yo permanecía serena y digna. En otras le lanzaba una copa de vino a la cara. En ninguna de ellas Samuel me comunicaba, apoyado en la pared de mi recibidor, que la mujer con la que me había engañado era una especie de retiro espiritual con piernas.

—Entiendo —le dije—. Lorena no te exige fidelidad, responsabilidad ni capacidad para mantener una conversación adulta. Debe de ser agotador sentirse tan comprendido.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. Siempre tienes que atacar.

—Has entrado en mi casa sin llamar para contarme lo feliz que eres con tu amante. Discúlpame por no ofrecerte café y pastas.

—No es mi amante. Es mi pareja.

Algo dentro de mí hizo un ruido parecido al de una rama al romperse. Sin embargo, no lloré. Ni siquiera sentí ganas. En lugar de eso, miré las gafas de sol que Samuel había dejado sobre una de las cajas y experimenté una claridad maravillosa.

—Dame la llave.

—Carla…

—La llave, Samuel.

—No hace falta que te pongas así.

Me acerqué y extendí la mano. Él me sostuvo la mirada unos segundos, quizás esperando que retrocediera. Cuando comprendió que no iba a hacerlo, dejó caer la llave sobre mi palma.

—¿Contenta?

Cerré los dedos en torno al metal.

—Muchísimo. Ahora coge tus cosas y sal zumbando de aquí.

—No puedo llevarme todo de una vez. He aparcado lejos.

—Problema tuyo.

—Tendré que hacer varios viajes.

—No vas a volver a entrar aquí.

—No seas ridícula.

Se inclinó para coger una de las cajas pequeñas, pero yo llegué antes. La levanté, crucé el salón y abrí la ventana.

Vivía en un segundo piso. Abajo había una acera ancha y, por fortuna, ningún peatón en trayectoria de caída. Samuel apareció detrás de mí justo cuando apoyé la caja en el alféizar.

—¿Qué haces?

—Facilitarte la mudanza.

—Carla, ni se te ocurra.

Lo miré por encima del hombro.

—¿Esta es la caja de los cables o la de tus trofeos de pádel?

—Carla.

—Espero que sea la de pádel.

Empujé la caja.

Samuel soltó un grito y se asomó a la ventana. El cartón cayó sobre la acera con un golpe seco. La tapa se abrió y una lluvia de cables, cargadores y pequeños aparatos electrónicos se esparció alrededor.

—¡Estás loca!

—Eso me dijiste durante meses. Me alegra que por fin coincidamos.

Regresé al recibidor y cogí otra caja. Samuel intentó quitármela, pero retrocedí con rapidez.

—No te atrevas.

—¿A qué? ¿A recuperar espacio en mi propia casa? Estoy empezando a disfrutar muchísimo de esto.

—¡Ahí están mis libros!

—Tú no lees.

—¡Claro que leo!

—Los comprabas para decorar el salón. Considéralos material de caída libre.

La segunda caja salió por la ventana. Esta vez el impacto produjo un estruendo mayor y un vecino del edificio de enfrente apareció en su balcón.

—¡Perdón! —grité hacia la calle—. Mudanza sentimental.

El vecino levantó el pulgar con una seriedad sorprendente y volvió a entrar en su casa.

Samuel me agarró por el brazo antes de que pudiera ir a por la tercera caja.

—Se acabó.

Bajé la mirada hacia su mano y después volví a mirarlo a los ojos.

—Suéltame.

Debió de notar algo en mi expresión, porque retiró los dedos de inmediato.

—Estás haciendo el ridículo.

—Llevaba cuatro meses esperando a que vinieras a recoger tus cosas. Has entrado sin llamar, me has dicho que dejarme fue lo mejor que te ha pasado y has decidido explicarme lo fantástica que es tu nueva relación.

»Créeme, Samuel, el ridículo ya estaba aquí antes de que yo empezara a lanzar cajas.

Tomé la guitarra y se la puse contra el pecho.

—Esta te la llevas por las escaleras si no quieres que vuele también como la bruja de Lorena.

Él apretó los labios.

—Algún día te darás cuenta de que lo nuestro no funcionaba.

—Ya me he dado cuenta. Lo que todavía no comprendo es por qué necesitaste acostarte con otra para comunicarlo.

Abrí la puerta de casa y señalé el rellano.

—Fuera.

—Todavía quedan cosas mías.

—Estarán abajo en breve.

—Carla, intenta comportarte como una adulta.

Cogí la bicicleta estática por el manillar y la arrastré hacia el salón. Las ruedas chirriaron sobre el suelo.

Samuel palideció.

—Eso no cabe por la ventana.

—No subestimes el poder de una mujer despechada y una ventana corredera.

—Vale, vale. Ya me voy.

Retrocedió hacia la puerta, abrazado a la guitarra y cargando una caja pequeña bajo el brazo. Antes de salir, se volvió para mirarme.

—Espero que encuentres a alguien que pueda soportar todo esto.

Sonreí y apoyé una mano en la puerta.

—Y yo espero que Lorena descubra pronto que mientes y dejas los calcetines regados por toda la casa. Cada pareja merece conocer sus verdaderos retos.

Le cerré la puerta en las narices.

Me lo pensé mejor. Ese desgraciado solo tenía razón en una cosa: la bicicleta no cabía por la ventana, así que decidí quedármela a modo de fianza.

Después de dejarla de nuevo en su sitio, resoplé y permanecí inmóvil, escuchando cómo él bajaba las escaleras mientras protestaba en voz baja.

Cuando sus pasos desaparecieron, esperé que llegaran las lágrimas. Pensé que me derrumbaría allí mismo, en el suelo del recibidor, rodeada por el espacio que sus cajas habían dejado vacío.

Pero no ocurrió.

Me acerqué a la ventana. Samuel recogía sus pertenencias de la acera bajo la mirada de una señora que paseaba un caniche. El perro había atrapado uno de los calzoncillos que habían quedado esparcidos por el suelo al abrirse la caja y se negaba a soltarlo. Samuel tiraba de un extremo mientras el animal gruñía con una determinación admirable.

Por primera vez en meses, me reí de verdad. No una risa amarga ni defensiva, sino una carcajada limpia que me dobló por la mitad y me obligó a agarrarme al marco de la ventana.

Samuel levantó la cabeza y me vio.

—¡Esto no tiene ninguna gracia! —gritó desde abajo.

El caniche tiró con más fuerza y el calzoncillo se rasgó por la mitad.

—¡Discrepo! —respondí.

Cerré la ventana antes de que pudiera contestar. Luego miré la llave que todavía sostenía en la mano.

Aquel pequeño trozo de metal era el último permiso que Samuel conservaba para entrar en mi vida.

Lo dejé sobre la mesa y respiré profundamente.

Seguía dolida. Seguía furiosa. Y, aunque jamás se lo habría reconocido a nadie, una parte de mí seguía rota.

Pero mientras observaba el recibidor despejado y escuchaba a Samuel discutir con la dueña del caniche desde la calle, comprendí que algo acababa de cambiar.

Quizás todavía no estaba preparada para empezar de nuevo.

Pero, al menos, por fin había terminado de echar fuera lo viejo.

Capítulo 2



Al día siguiente llegué a la redacción con la sensación de que apenas había dormido.

Técnicamente, sí lo había hecho, pero mi cabeza se pasó media noche reproduciendo la escena del día anterior como si quisiera asegurarse de que no olvidaba ni un solo detalle.

Samuel entrando en mi casa con la llave que todavía conservaba. Samuel explicándome lo bien que le iba con Lorena. Samuel recogiendo sus pertenencias de la acera mientras un caniche se negaba a devolverle uno de sus calzoncillos.

Curiosamente, ese último recuerdo era el único que conseguía arrancarme una sonrisa. No era precisamente la reacción más madura del mundo, pero tampoco pensaba pedir perdón por disfrutar un poco de la justicia poética.

Trabajaba como fotógrafa para una revista especializada en turismo, naturaleza y escapadas por España.

Llevaba casi cuatro años recorriendo pueblos, parques naturales, hoteles rurales y pequeños rincones con encanto de la zona centro. Madrid, Segovia, Ávila, Guadalajara o Toledo ya casi formaban parte de mi álbum familiar.

La gente creía que mi profesión consistía en viajar y hacer fotos bonitas, pero detrás de cada imagen había madrugones imposibles, cientos de kilómetros de carretera, mochilas que pesaban una barbaridad y una paciencia infinita esperando la luz perfecta.

Aun así, adoraba mi trabajo. Era una de las pocas cosas de mi vida que seguían funcionando exactamente igual que antes de que Samuel decidiera desmontarla.

Apenas había dejado el bolso junto a mi mesa cuando escuché la voz de mi jefa llamándome desde el despacho.

—Carla, ¿puedes venir un momento?

Respiré despacio antes de dirigirme hacia allí. Vera era una mujer de una tranquilidad casi sobrenatural. Nunca la había visto perder los nervios. Podía enfrentarse a un cierre de edición caótico con la misma serenidad con la que otra persona preparaba un café.

Llamé suavemente a la puerta y asomé la cabeza.

—¿He hecho algo malo?

Ella levantó la vista del ordenador y sonrió.

—Me encanta que siempre empieces por ahí. No. Siéntate.

Obedecí mientras observaba la carpeta que tenía abierta sobre la mesa. Estaba llena de fotografías de piscinas, bungalós de madera, lagos, playas, pinares y familias sonrientes que parecían vivir permanentemente en un anuncio de verano.

—¿Campings? —le pregunté, incapaz de ocultar mi extrañeza.

—Exacto. Este verano queremos preparar un número especial de la revista. Nada de un simple reportaje de fin de semana. Queremos contar cómo se vive de verdad en algunos de los mejores campings de España.

»Necesitamos fotografías, entrevistas, anécdotas, pequeños detalles… Queremos que el lector tenga la sensación de haber pasado allí unos días.

Mientras hablaba, deslizó hacia mí una hoja con tres destinos marcados.

—Necesito que uno de nuestros fotógrafos pase varias semanas viviendo en ellos. Y adivina a quién he elegido. Tendrás libertad absoluta para organizar el trabajo.

»Vivirás allí, convivirás con los empleados, hablarás con los clientes y fotografiarás todo aquello que normalmente pasa desapercibido.

Leí el documento con calma mientras intentaba imaginarme a mí misma viviendo durante semanas en un camping. Aquello no se parecía en nada a los trabajos que hacía habitualmente.

—¿Y has pensado en mí? ¿Por qué?

Vera apoyó los codos sobre la mesa.

—He pensado en ti precisamente porque sé que eres capaz de encontrar historias donde otros solo ven paisajes.

No supe qué responder.

Ella permaneció unos segundos observándome antes de continuar.

—Y porque creo que te vendría bien salir de Madrid una temporada.

Aquella frase me dejó completamente desarmada.

No mencionó a Samuel. No hacía falta. Mi ruptura se había instalado en mi cara con tanta comodidad que cualquiera con dos ojos podía verla.

Bajé la vista hacia el listado para evitar responder demasiado deprisa. Había tres campings seleccionados.

Uno estaba en Asturias; otro, en el Pirineo aragonés, y el tercero, en plena costa de Cádiz.

Mi dedo se detuvo sobre ese último casi sin darme cuenta.

Mar. Arena. Luz. Calor.

Todo aquello era exactamente lo opuesto a los últimos meses de mi vida.

—¿Puedo elegir el orden? —le pregunté al fin.

—Por supuesto.

Sonreí por primera vez en toda la reunión.

—Entonces quiero empezar por Cádiz.

Vera asintió con una expresión que dejaba claro que aquella era precisamente la respuesta que esperaba.

—¿Algún motivo?

Me encogí ligeramente de hombros.

—Creo que aciertas cuando dices que necesito cambiar de horizonte y no se me ocurre un lugar más opuesto a este.

Mi jefa cerró lentamente la carpeta.

—A veces basta con eso para empezar de nuevo.

Respiré hondo.

Aquella decisión había salido de mi boca casi sin pensar, pero cuanto más la repetía mentalmente, más sentido encontraba.

Madrid se había convertido en una colección de recuerdos que ya no quería visitar. Cada cafetería me recordaba una conversación con Samuel. Cada parque guardaba el recuerdo de alguna fotografía de los dos. Incluso mi propia casa olía todavía demasiado al pasado.

Quizás no necesitaba escapar de una ciudad. Quizás necesitaba volver a encontrarme a mí misma.

—Acepto encantada.

—Sabía que terminarías diciéndolo —respondió Vera con una sonrisa satisfecha—. Tendrás unos días para organizar el viaje. Disfrútalo, Carla. Tengo la impresión de que este verano va a darte mucho más que un buen reportaje.

Salí del despacho con la carpeta bajo el brazo y una sensación completamente nueva instalada en el pecho. No era felicidad. Era algo más pequeño, más prudente. Una especie de ilusión que llevaba demasiado tiempo escondida y acababa de asomar la cabeza.

Mientras regresaba a mi mesa, el teléfono comenzó a sonar.

La pantalla mostró el nombre de mi hermana.

Sonreí antes incluso de descolgar.

—¿Qué ocurre ahora?

—Lo primero, hola —protestó Ainara entre risas—. Lo segundo, que esta tarde nos presentamos en tu casa. Los niños llevan varios días preguntando por su tía favorita.

Solté una carcajada.

—Eso es porque les permito comer gominolas antes de cenar.

Mi hermana era veterinaria y llevaba años diciendo que prefería operar a un caballo antes que discutir con sus hijos. Y yo la entendía perfectamente.

Teo y Noa eran dos pequeños ciclones de siete años perfectamente coordinados. Teo era incapaz de permanecer quieto más de medio minuto seguido. Noa, en cambio, era tan lista que conseguía convencer a su hermano para hacer cualquier trastada mientras ella permanecía sentada con cara de santa.

Los quería con locura, pero también estaba convencida de que, cuando crecieran, algún psicólogo escribiría un libro sobre ellos.

—Pues este verano los vas a ver muchísimo —dijo Ainara con entusiasmo—. Había pensado que podríamos hacer escapadas los fines de semana, ir a la piscina, pasar algún día en la sierra…

Esperé unos segundos antes de responder.

—Creo que esos planes van a tener que cambiar.

Al otro lado del teléfono se hizo un breve silencio.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy.

—¿Cómo que te vas?

—La revista me ha encargado un reportaje especial. Voy a pasar el verano recorriendo varios campings.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Crees que me lo estoy inventando para no veros?

—Podría ser. ¿Y dónde empiezas?

—En Cádiz.

Escuché un resoplido al otro lado de la línea.

—No me lo puedo creer. Yo organizando el verano para que estuviéramos juntas y tú te marchas a la otra punta del país.

No pude evitar sonreír.

—Me lo han comunicado hace diez minutos.

—¿Y por qué has dicho que sí tan deprisa?

Miré la carpeta que llevaba bajo el brazo mientras seguía caminando.

—Porque creo que, si me quedo aquí, voy a seguir igual que durante estos últimos meses. Y ya estoy cansada de sobrevivir.

Ainara guardó silencio durante unos instantes.

—¿Tiene que ver con Samuel?

Suspiré.

—Tiene que ver conmigo.

Mi hermana no insistió. Me conocía demasiado bien para hacerlo.

—Bueno… pues entonces solo puedo decirte una cosa.

—¿Cuál?

—Que espero que disfrutes muchísimo. Aunque pienso que eres una egoísta por abandonarme con estos dos gremlins.

Me reí con ganas.

—Tú los fabricaste. Ahora no intentes endosármelos.

—Ya hablaremos.

Nos despedimos entre bromas y colgué todavía sonriendo.

Después tendría que llamar a mis padres. Mi madre trataría de disimular la preocupación haciendo veinte preguntas sobre el alojamiento y mi padre fingiría que Cádiz estaba a la vuelta de la esquina para no darme motivos para echarme atrás.

Mientras guardaba el móvil en el bolso, tuve la extraña sensación de que acababa de tomar la decisión más importante de los últimos años.

Lo que todavía no sabía era que aquel verano no solo iba a cambiar mi manera de mirar el mundo a través de una cámara, sino también mi forma de mirar a las personas.

Capítulo 3



Salí de Madrid a media mañana con el maletero del coche lleno hasta los topes y una sensación rara instalada en el pecho.

Había tardado casi una hora en decidir cómo colocar las maletas, el equipo fotográfico, el ordenador, el trípode y una bolsa enorme con ropa que, con toda probabilidad, no iba a ponerme jamás.

Siempre hacía lo mismo cuando viajaba. Preparaba equipajes para veinte días aunque solo estuviera fuera un fin de semana. Mi hermana decía que aquello era un trauma infantil sin resolver.

Yo prefería llamarlo «previsión». Después de todo, nadie sabía cuándo podía necesitar unas botas de montaña, unas sandalias o una chaqueta vaquera el mismo día.

Mientras avanzaba por la M-30, rodeada de coches que parecían competir por ver quién llegaba antes al siguiente atasco, no pude evitar echar un último vistazo al perfil de Madrid reflejado en el retrovisor.

Durante años había considerado aquella ciudad mi lugar en el mundo. Ahora solo veía calles que me recordaban demasiado a Samuel. El restaurante donde habíamos celebrado nuestro quinto aniversario. El puente desde el que me había pedido que nos fuéramos a vivir juntos. La cafetería en la que, meses antes de que descubriera su infidelidad, me había jurado, mirándome a los ojos, que nunca sería capaz de hacerme daño. Resultaba curioso cómo una ciudad podía seguir siendo exactamente la misma mientras uno dejaba de reconocerla por completo.

Sacudí ligeramente la cabeza para espantar aquellos pensamientos y subí el volumen de la música. No quería pasarme las seis horas de viaje manteniendo una conversación imaginaria con un hombre que ya no formaba parte de mi vida.

Había aceptado aquel reportaje precisamente para dejar de hacerlo. Si iba a empezar una etapa nueva, lo mínimo que podía hacer era concederle una oportunidad antes de estropearla recordando la anterior.

A medida que dejaba atrás Madrid, el tráfico fue desapareciendo y la carretera empezó a abrirse frente a mí con esa sensación de libertad que solo producen los viajes largos.

Siempre me había gustado conducir. Había algo casi terapéutico en recorrer kilómetros sin más obligación que seguir la línea blanca del asfalto.

Hice una primera parada para tomar un café en un área de servicio de Despeñaperros.

Desde allí, el paisaje parecía completamente distinto al que acababa de abandonar. El aire parecía más limpio, el cielo mucho más amplio y las montañas se extendían a ambos lados de la carretera como si quisieran recordarme que el mundo era muchísimo más grande que mis problemas.

Volví al coche bastante más despejada.

El teléfono permanecía en silencio y, por primera vez en meses, agradecí profundamente que nadie me escribiera: ni mis amigas para preguntarme cómo estaba, ni siquiera mi hermana, que seguramente estaría demasiado ocupada persiguiendo a Teo y a Noa por su consulta veterinaria mientras evitaba que convirtieran la sala de espera en un circuito de carreras.

Sonreí al imaginar la escena. Aquellos dos pequeños terremotos eran agotadores, pero tenían la rara capacidad de hacer que todo pareciera menos importante.

Las horas fueron pasando una tras otra mientras el paisaje comenzaba a transformarse lentamente.

Los tonos secos del interior dieron paso a una vegetación más frondosa y la luz adquirió una claridad distinta, mucho más intensa. No sabría explicar por qué, pero incluso el cielo parecía tener otro color.

Bajé unos centímetros la ventanilla y una corriente de aire cálido entró en el coche, acompañada de un olor que reconocí antes incluso de verlo.

El mar.

Todavía faltaban varios kilómetros para llegar a la costa, pero el aire ya anunciaba su presencia.

Sonreí sin darme cuenta.

Cuando apareció el cartel que indicaba la salida hacia la costa gaditana, sentí un cosquilleo infantil en el estómago.

Hacía años que no pasaba unos días en Cádiz y había olvidado aquella luz tan característica que parecía envolverlo todo. El azul del cielo resultaba casi exagerado, como si alguien hubiera subido el contraste del mundo.

Los pinares comenzaron a aparecer a ambos lados de la carretera y, poco después, el océano se dejó ver entre los árboles durante apenas unos segundos. Fue suficiente para que redujera la velocidad casi de forma inconsciente.

Seguí las indicaciones del navegador hasta abandonar la carretera principal. El camino se volvió mucho más tranquilo y empezó a discurrir junto a un inmenso pinar.

Entre los troncos asomaban pequeñas dunas cubiertas de vegetación y, al fondo, distinguí la silueta blanca de un faro recortándose contra el cielo. Instintivamente, pensé que tendría que fotografiar aquello al amanecer. La luz prometía ser espectacular.

Unos minutos después apareció el cartel de madera que anunciaba el camping.

El acceso estaba rodeado de buganvillas en flor y enormes pinos que proyectaban una sombra agradable sobre la entrada.

Nada más cruzar la barrera comprendí por qué aquel lugar figuraba entre los mejores del país. No se parecía en absoluto a los campings que recordaba de mi infancia. Aquello era casi un pequeño pueblo de vacaciones.

Las calles interiores estaban perfectamente cuidadas. Había parcelas amplias ocupadas por autocaravanas impresionantes, tiendas de *glamping* con terrazas de madera, pequeños bungalós blancos repartidos entre la vegetación y senderos que conducían hasta una enorme piscina rodeada de tumbonas.

A lo lejos se escuchaban las risas de varios niños chapoteando en el agua mientras un grupo de adolescentes jugaba un partido de vóley sobre la arena. Más cerca, una pareja de jubilados paseaba de la mano bajo los pinos y una familia preparaba una barbacoa que olía tan bien que mi estómago decidió recordarme que llevaba demasiadas horas alimentándose únicamente de café.

Después de aparcar, permanecí unos segundos dentro del coche sin bajar todavía.

Todo el mundo parecía pertenecer a aquel lugar. Familias que repetían verano tras verano. Amigos que compartían cervezas en los porches de los bungalós. Niños que corrían descalzos como si el tiempo no existiera. Incluso las parejas que paseaban cerca de la piscina transmitían esa complicidad sencilla que solo aparece cuando uno está completamente relajado.

Yo, en cambio, me sentí fuera de sitio.

Estaba allí sola.

No era una sensación triste exactamente. Era desconcertante.

Llevaba tantos años haciendo planes con otra persona que llegar por mi cuenta a un lugar pensado para compartir me hizo tomar conciencia de que aquella era la primera decisión importante que había tomado únicamente por mí.

Respiré hondo antes de bajar del coche.

El aroma de los pinos se mezclaba con el salitre y con ese olor inconfundible a crema solar que, por algún motivo, siempre conseguía transportarme al verano aunque estuviera en otra época. Cerré los ojos apenas un segundo.

Quizás Vera tenía razón.

Quizás necesitaba exactamente aquello.

Después de registrarme en recepción, una chica muy simpática me acompañó hasta el bungaló que la dirección había reservado para mí.

Estaba situado en una zona bastante tranquila del camping, ligeramente elevado sobre una pequeña duna y rodeado de pinos que protegían la terraza del sol de la tarde.

Era mucho más bonito de lo que había imaginado. Tenía un pequeño porche de madera con dos sillones, una hamaca y vistas parciales del océano entre los árboles.

Dejé la mochila sobre la cama y abrí de par en par las ventanas.

Una brisa cálida entró de inmediato en el bungaló y movió las cortinas con suavidad.

Sonreí.

Por primera vez en muchísimo tiempo tuve la sensación de que el aire que respiraba no estaba cargado de recuerdos.

Quizás aquel verano no iba a solucionar todos mis problemas.

Pero mientras contemplaba el faro recortado a lo lejos y escuchaba el rumor constante del mar mezclándose con las risas de los campistas, tuve la intuición de que había llegado exactamente al lugar donde necesitaba estar.

Capítulo 4



Después de deshacer lo imprescindible, decidí que el resto podía esperar perfectamente hasta la noche.

Había aprendido que existían dos tipos de personas cuando llegaban a un alojamiento nuevo: las que colocaban hasta el último calcetín antes de salir a explorar y las que preferían descubrir el lugar cuanto antes. Yo pertenecía al segundo grupo.

Me puse el bikini, un pantalón corto vaquero y una camisa blanca de lino desabrochada, cogí las gafas de sol y la cámara, aunque todavía no tenía intención de trabajar, y salí del bungaló con esa curiosidad casi infantil que siempre me despertaban los sitios desconocidos.

El camping era todavía más bonito visto de cerca. Los caminos serpenteaban entre enormes pinos piñoneros que regalaban una sombra agradable incluso a aquella hora de la tarde, y las parcelas estaban separadas por setos perfectamente cuidados que proporcionaban bastante intimidad.

Todo estaba impecablemente limpio. Había macetas con geranios en las entradas, pequeñas bicicletas apoyadas junto a las terrazas y hamacas balanceándose suavemente mientras sus dueños disfrutaban de una siesta.

El lugar transmitía una tranquilidad difícil de explicar. No era silencio, porque constantemente se escuchaban risas, conversaciones, chapoteos y música lejana, pero sí esa clase de ruido agradable que solo existe cuando la gente está de vacaciones y ha decidido olvidarse del reloj.

Sin darme cuenta, terminé junto a la piscina principal. Era enorme, con varias zonas de distinta profundidad, un pequeño parque acuático para los más pequeños y un chiringuito desde el que llegaba el irresistible olor de las patatas fritas recién hechas.

Decenas de niños corrían de un lado para otro mientras sus padres intentaban convencerlos, sin demasiado éxito, de que salieran un rato del agua para ponerse crema solar.

Me apoyé en la barandilla de madera que rodeaba la piscina mientras observaba la escena. Era curioso. Siempre había pensado que me agobiaban los niños, y seguía pensándolo, pero contemplarlos desde la distancia tenía algo entrañable. Corrían descalzos, discutían por un flotador y cinco segundos después volvían a ser inseparables. Todo resultaba muchísimo más sencillo a los ocho años.

Estaba tan distraída que no vi venir el misil.

Un balón de espuma aterrizó directamente en el agua justo delante de mí y levantó una ola lo bastante grande como para empaparme desde las piernas hasta la cintura.

—¡Uy! —gritó un niño desde dentro de la piscina, llevándose las manos a la boca—. ¡Lo siento!

Me quedé paralizada unos segundos, con el pantalón corto completamente pegado a las piernas, mientras el culpable me observaba con una mezcla de terror y arrepentimiento.

No pude evitar reírme.

—La próxima vez intenta no hundir a la fotógrafa antes de empezar a trabajar.

El pequeño respiró aliviado.

—Es que quería marcar un gol.

—Pues creo que has marcado uno, pero en otra portería.

Su madre apareció enseguida para disculparse, visiblemente avergonzada, aunque terminé tranquilizándola entre risas. Total, lo malo sería tener que aguantarlos a todas horas, pero yo no tenía hijos y eso implicaba que se trataba de una anécdota puntual.

Mientras seguía caminando, pensé que quizás el universo acababa de darme la bienvenida oficial al camping. Si el primer cuarto de hora ya incluía un remojón inesperado, prometía ser un verano entretenido.

Continué recorriendo las instalaciones con calma. Había pistas de pádel, un pequeño supermercado, un gimnasio al aire libre, una zona de hamacas frente a una laguna artificial y varios senderos de madera que conducían directamente a la playa atravesando las dunas.

A lo lejos volvía a distinguirse el faro blanco que había visto desde la carretera, erguido sobre el horizonte como si vigilara toda la costa. Ya podía imaginar la fotografía: el amanecer, el cielo teñido de naranja y aquella silueta recortándose sobre el océano.

Sonreía sola pensando en el reportaje cuando alguien habló a mi espalda.

—Perdona… ¿Eres nueva por aquí?

Me giré despacio.

Lo primero que pensé fue que aquel hombre debía de medir cerca del metro noventa. Lo segundo, que la genética había sido especialmente generosa con él. Moreno, de piel bronceada, hombros anchos, barba perfectamente cuidada y una sonrisa tan fácil que parecía llevar años practicándola delante del espejo. Vestía un bañador azul marino y una camiseta gris de manga corta que no conseguía disimular el físico de alguien acostumbrado a entrenar.

Durante una fracción de segundo entendí perfectamente por qué tantas mujeres aseguraban creer en el amor a primera vista.

Durante la siguiente fracción de segundo recordé que yo ya había creído una vez.

Y el resultado no había sido precisamente brillante.

—Sí —respondí sonriendo con educación—. Llegué hace un rato.

Me dio un par de besos con naturalidad.

—Martín.

—Carla.

—Encantado.

—¿Vacaciones?

Negué con la cabeza.

—Trabajo. Soy fotógrafa y voy a pasar unas semanas haciendo un reportaje sobre el camping.

—Pues has elegido un buen sitio.

—En realidad no lo elegí yo… aunque empiezo a pensar que he tenido bastante suerte.

Martín sonrió otra vez.

—Yo vengo todos los años con unos amigos. Este verano hemos conseguido cuadrar las vacaciones casi de milagro.

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás de vacaciones?

—Soy bombero.

Tuve que hacer un esfuerzo para no reírme.

Bombero. Perfecto. Justo lo que necesitaba una mujer cuyo corazón acababa de quedar arrasado por un incendio.

Lo miré de arriba abajo con absoluta discreción, o al menos con toda la discreción de la que fui capaz. Desde luego, tenía aspecto de apagar fuegos… e incluso de provocar alguno que otro.

Lástima que el mío estuviera oficialmente fuera de servicio.

—Bonito trabajo —comenté.

—Tiene sus días buenos y sus días complicados.

Asentí mientras volvía a colocarme las gafas de sol.

Era guapísimo, simpático y educado.

Cualquier versión anterior de mí habría sentido un pequeño cosquilleo al conocerlo. Sin embargo, no ocurrió absolutamente nada. Quizás porque todavía estaba demasiado rota o porque, después de Samuel, empezaba a sospechar que mi tipo de hombre había dejado de existir.

Charlamos un par de minutos más sobre el camping, la playa y los mejores sitios para ver la puesta de sol. Después nos despedimos con la normalidad de dos desconocidos que intuían que volverían a cruzarse todos los días.

Mientras retomaba mi paseo, no pude evitar sonreír para mis adentros.

Llevaba menos de una hora allí y el verano ya había conseguido empaparme, presentarme a un bombero espectacular y recordarme que, aunque el escenario hubiera cambiado por completo, mi corazón todavía necesitaba un poco más de tiempo antes de plantearse apagar o encender fuego alguno.

Continué caminando sin un rumbo demasiado concreto, dejándome llevar por los senderos del camping mientras intentaba memorizar cada rincón.

Cuanto más avanzaba, más claro tenía que aquel sitio estaba pensado para que la gente olvidara el reloj.

Había bicicletas apoyadas contra los árboles, hamacas balanceándose suavemente bajo los pinos y grupos de amigos riéndose alrededor de mesas de madera en las que ya empezaban a aparecer bolsas de patatas, refrescos y barajas de cartas. Todo desprendía una cotidianidad tan agradable que, por un momento, hasta yo conseguí olvidarme de por qué había terminado allí.

Fue entonces cuando escuché un coro de risas femeninas procedente de la piscina.

No presté demasiada atención al principio. Imaginé que sería el típico grupo de amigas comentando cualquier tontería de verano. Sin embargo, al acercarme un poco más, vi que todas miraban hacia el mismo sitio.

Y, casi por inercia, yo también miré.

El socorrista permanecía de pie sobre la tarima de vigilancia con un silbato colgado al cuello y unas gafas de sol oscuras que ocultaban sus ojos.

Llevaba el bañador rojo reglamentario y una camiseta blanca ajustada con el logotipo del camping que dejaba bastante poco margen a la imaginación. Era alto, probablemente tanto como Martín, aunque con un físico completamente distinto.

Donde el bombero transmitía fuerza tranquila, aquel hombre desprendía agilidad. Tenía el cuerpo largo, fibroso, trabajado por alguien que nadaba más que levantaba pesas. Los brazos estaban bronceados por el sol y el pelo, ligeramente largo, castaño oscuro y despeinado por el viento, le daba un aspecto peligrosamente atractivo.

Lo admití durante exactamente dos segundos.

Después vi cómo tres chicas se acercaban a hablar con él y anulé inmediatamente cualquier pensamiento objetivo.

Una de ellas le dijo algo que no alcancé a escuchar. Él respondió sonriendo. Las tres estallaron en carcajadas.

Un minuto después seguían allí. Y él continuaba sonriendo.

—Claro… —murmuré para mí misma mientras cruzaba los brazos—. El típico.

No sabía absolutamente nada de aquel hombre. Ni siquiera conocía su nombre.

Pero mi cerebro, que últimamente había desarrollado un doctorado en prejuicios sentimentales, ya había elaborado un informe completo.

Guapo. Consciente de que era guapo. Socorrista. Rodeado de chicas.

Sonrisa perfecta. Labia suficiente para hacer reír a cualquiera en menos de treinta segundos. Demasiadas coincidencias para fiarme.

Observé cómo una de las chicas le daba un pequeño golpe en el brazo entre risas y otra le revolvía el pelo con una confianza que no parecía precisamente reciente.

Él respondió con otra broma. Más risas. Negué despacio con la cabeza.

Había conocido hombres así.

Bueno, en realidad solo había conocido a uno. Y la experiencia me había salido bastante cara.

Intenté convencerme de que no estaba siendo injusta, aunque una parte de mí sabía perfectamente que sí lo estaba siendo. Al fin y al cabo, el tipo todavía no había abierto la boca delante de mí y yo ya había decidido que era un creído insufrible.

Entonces, una voz lo llamó desde uno de los extremos de la piscina.

—¡Mauro! ¡Oye, Mauro!

El socorrista giró la cabeza inmediatamente.

Una niña de unos seis años señalaba con preocupación un flotador que el viento acababa de empujar hacia la zona más profunda.

Él levantó una mano para tranquilizarla.

—Ahora mismo voy, campeona.

Bajó de la tarima de vigilancia de un salto limpio, caminó hasta el borde de la piscina y recuperó el flotador con una facilidad insultante. La pequeña lo recibió como si acabara de rescatar un tesoro hundido.

—Gracias.

—De nada. Prométeme una cosa.

La niña asintió muy seria.

—Que la próxima vez no lo sueltas. Porque este tiene más ganas de irse de vacaciones que tú.

La pequeña volvió a reírse y salió corriendo hacia sus padres abrazada al flotador.

Las chicas seguían allí; él volvió junto a ellas y las risas continuaron.

Resoplé con cierta ironía.

—Sí… definitivamente eres de esos.

Volví a fijarme en él unos segundos más.

Era innegable que resultaba espectacular. Diría que hasta más llamativo que Martín, aunque de una forma completamente distinta. Martín tenía ese atractivo sereno que invitaba a una conversación larga. Mauro, en cambio, poseía una presencia imposible de ignorar. Parecía una de esas personas que entraban en cualquier sitio y conseguían que medio mundo girara la cabeza sin proponérselo o quizás proponiéndoselo demasiado.

Lo peor era que parecía saberlo. Y eso, precisamente eso, era lo que menos soportaba.

Aparté la mirada con una media sonrisa escéptica.

Acababa de llegar al camping y ya había localizado al líder oficial del verano.

Perfecto. Solo esperaba que, además de bañistas despistados, el reglamento de socorristas incluyera rescatar egos desmedidos.

Porque el suyo, desde luego, prometía necesitar chaleco salvavidas.

Capítulo 5



La idea se me ocurrió poco antes del atardecer, mientras revisaba en la pantalla de la cámara las fotografías que había hecho durante el día.

Tenía imágenes bonitas del camping, de las familias instaladas en sus parcelas, de los niños corriendo alrededor de la piscina y de las parejas paseando bajo los pinos, pero me faltaba algo distinto. Algo que no pareciera una fotografía promocional más.

Quería una imagen capaz de transmitir la sensación exacta de estar allí: el cielo inmenso, la luz de Cádiz reflejada en el agua y esa calma engañosa que tenía el mar cuando se acercaba la noche.

Cogí la cámara, un objetivo gran angular y la funda estanca que siempre llevaba en los viajes, aunque casi nunca utilizaba.

Mi intención era sencilla. Entraría unos metros en el agua, me tumbaría bocarriba y dispararía hacia el cielo aprovechando el reflejo del sol sobre la superficie. Si conseguía encuadrar también el faro al fondo, la fotografía podía quedar espectacular.

Sobre el papel era un plan perfecto. Claro que, después de todo lo ocurrido, ya debería haber aprendido que los planes perfectos solían ser los primeros en salir mal.

La playa estaba mucho más tranquila que unas horas antes. Quedaban algunas familias recogiendo sombrillas, dos parejas caminaban por la orilla y un grupo de niños intentaba construir un último castillo antes de que sus padres los obligaran a marcharse.

Dejé las sandalias, la camisa y la bolsa sobre la arena, comprobé dos veces el cierre de la funda y entré en el agua con cuidado.

Estaba fresca, pero no tanto como para hacerme retroceder. Avancé hasta que me llegó un poco más arriba de la cintura y empecé a ajustar el encuadre.

La luz era preciosa. El cielo se había teñido de naranja y rosa, las nubes parecían pinceladas largas sobre el horizonte y el faro se recortaba a lo lejos con una nitidez perfecta. Hice varias fotografías de pie, pero ninguna me convenció del todo. El ángulo era demasiado corriente. Necesitaba bajar la cámara casi hasta la superficie.

Respiré hondo, aseguré bien la correa alrededor de mi muñeca y me dejé caer hacia atrás.

El agua me sostuvo con suavidad mientras yo mantenía la cámara elevada sobre el pecho. Durante unos segundos, todo quedó reducido al rumor del mar, al cielo abierto sobre mí y a la sensación agradable de no tener que pensar en nada más.

Disparé una vez. Luego otra. La tercera fotografía fue casi perfecta.

El reflejo de las nubes se fundía con el cielo y el faro aparecía en uno de los extremos del encuadre. Solo necesitaba girar un poco el cuerpo para mejorar la composición. Extendí un brazo, mantuve las piernas quietas y cerré un ojo para revisar la imagen en la pantalla.

Fue entonces cuando escuché un chapoteo apresurado.

Al principio no le di importancia. Supuse que alguien estaba nadando cerca. Intenté volver a concentrarme, pero el ruido se acercó rápidamente y, antes de que pudiera girarme, un brazo fuerte me rodeó por debajo del pecho.

Grité.

La cámara se me escapó de las manos y cayó contra el agua.

—¡Tranquila! —gritó una voz masculina junto a mi oído—. Ya te tengo.

Durante un instante no entendí absolutamente nada. Noté que alguien tiraba de mí hacia atrás mientras yo pataleaba por puro instinto. Intenté soltarme, pero el desconocido apretó el brazo con más fuerza.

—¡Suéltame! —grité, escupiendo agua—. ¡Pero suéltame ahora mismo!

—No te muevas tanto.

—¡¿Cómo no voy a moverme si me estás ahogando?!

—¡Estoy intentando sacarte!

—¡Pues deja de intentarlo!

Conseguí girarme lo suficiente para verle la cara. Mauro.

El socorrista del camping. Por supuesto.

Tenía el pelo empapado, la camiseta pegada al cuerpo y una expresión de concentración absoluta, como si acabara de lanzarse a rescatar a una víctima de un naufragio. Yo, mientras tanto, seguía forcejeando con él dentro de un metro y medio de agua.

—¿Eres idiota? —le grité.

Aquello pareció desconcertarlo.

—¿Perdona?

—¡Que si eres idiota!

—Me ha parecido que te estabas ahogando.

—¿Ahogándome? ¡Estaba haciendo una fotografía!

Mauro miró alrededor, como si esperara encontrar pruebas de que aquello tenía algún sentido.

—Estabas flotando bocarriba, completamente inmóvil.

—Porque intentaba mantener el encuadre.

—Tenías un brazo fuera del agua.

—Sostenía la cámara.

Los dos miramos al mismo tiempo hacia la funda estanca, que flotaba a pocos metros de nosotros, medio sumergida de un lado. Una de las pestañas del cierre se había soltado.

Sentí que se me paraba el corazón.

—Mi cámara.

Me solté de él de un tirón y avancé a grandes zancadas hacia ella. Mauro intentó agarrarme otra vez.

—Espera, todavía puedes estar mareada.

Me giré tan deprisa que casi lo golpeé con el codo.

—Como vuelvas a tocarme, el que va a necesitar un socorrista vas a ser tú.

Recogí la funda y la levanté frente a mí. Había agua en el interior. No demasiada, pero la suficiente para que el pánico me recorriera por completo.

—No, no, no.

Abrí el cierre con manos temblorosas y saqué la cámara. La pantalla estaba apagada y el objetivo tenía pequeñas gotas en el interior.

Mauro se acercó con cautela.

—¿Se ha mojado?

Lo miré con una lentitud peligrosa.

—No. Está llorando de emoción porque le has salvado la vida.

Él apretó los labios, conteniendo claramente una sonrisa.

Aquello me enfureció todavía más.

—No tiene ninguna gracia —le aseguré.

—No me estoy riendo.

—Te estás riendo por dentro.

—Eso no puedes demostrarlo.

—Se te nota en la cara, zumbado, que estás zumbado.

Mauro pasó una mano por su pelo mojado y respiró hondo.

—Vale. Siento lo de la cámara. Pero desde la orilla parecía que estabas inconsciente.

—¿Y se te ocurrió venir corriendo y lanzarte encima de mí sin preguntar?

—Sí, Carla. Cuando alguien parece estar ahogándose, lo normal es no empezar una conversación a distancia.

Me quedé quieta.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Te vi antes por el camping. Además, Martín comentó que había llegado una fotógrafa nueva. El bombero, ya sabes…

—Claro. Martín.

—¿Hay algún problema con Martín?

—Ninguno. Martín sabe presentarse sin intentar asesinarme.

Mauro dejó escapar una risa breve.

—No he intentado asesinarte.

—Me has agarrado por detrás, me has arrastrado por el agua y has destrozado una cámara que cuesta más que mi coche.

—Eso último espero que sea una exageración.

—No lo es.

—Pues deberías comprarte un coche mejor.

Lo miré con incredulidad.

—Eres insufrible.

—Y tú estabas tumbada en el agua fingiendo ser un cadáver.

—No fingía ser un cadáver.

—Desde lejos era una interpretación bastante convincente.

Empecé a caminar hacia la orilla con la cámara entre las manos. Mauro me siguió.

—No hace falta que vengas detrás.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Me detuve de golpe y me giré hacia él.

—A ver si consigo entenderlo. Tú eres el socorrista del camping, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿qué haces ejerciendo también en la playa? ¿No tienes suficiente con vigilar a todos esos?

—Había salido a correr.

—Pues sigue corriendo.

—Te vi en el agua.

—Podías haber ignorado esa visión. Quítate de mi vista, ya.

Mauro cruzó los brazos sobre el pecho.

—Normalmente, cuando alguien intenta salvarte la vida, das las gracias.

—Y normalmente, cuando alguien está haciendo una fotografía, no lo embiste un socorrista con complejo de héroe.

—No tengo complejo de héroe.

—Claro que no. Por eso has recorrido media playa para rescatar a una mujer que estaba flotando tranquilamente.

—No parecías tranquila.

—Estaba concentrada.

—Parecías muerta.

—Pues la próxima vez comprueba si respiro antes de hacerme una llave de lucha libre.

Él negó con la cabeza, pero seguía teniendo aquella media sonrisa que me ponía de los nervios.

—No te hice ninguna llave.

—Me agarraste como si fueras a sacarme de un barco hundido.

—Era una técnica de rescate.

—Era una agresión con conocimientos de primeros auxilios.

Llegamos hasta la orilla. Dejé la cámara sobre la toalla y empecé a secarla con todo el cuidado que pude. Mauro se agachó a mi lado, aunque manteniendo una distancia prudente.

—Déjame verla.

—Ni se te ocurra tocarla.

—Puedo ayudarte.

—Ya me has ayudado suficiente por hoy.

—Quizás solo se haya mojado la funda.

—La pantalla no enciende.

—A veces tardan en reaccionar.

—¿Ahora también eres técnico de cámaras?

—No. Pero tengo móvil, sé buscar cosas y, a diferencia de ti, no estoy hecho una furia, que eso no ayuda a pensar con claridad.

Lo miré de reojo.

—Te aseguro que mi ira puede empeorar.

Mauro se sentó sobre los talones y me observó unos segundos. Sin las gafas de sol, sus ojos eran más claros de lo que había imaginado, entre verdes y marrones, y tenían una expresión demasiado divertida para alguien que acababa de arruinarme una herramienta de trabajo.

—De verdad que lo siento —dijo al fin, esta vez sin sonreír—. No quería fastidiarte nada. Solo vi a alguien inmóvil en el agua y reaccioné.

Su tono fue lo bastante sincero para que mi enfado vacilara durante una fracción de segundo. Solo una.

—Pues tu reacción me puede costar una fortuna.

—Si está estropeada de verdad, veremos qué hacemos.

—¿Qué significa eso?

—Que no voy a pagarte una cámara nueva porque tú hayas decidido hacerte la muerta al atardecer.

Abrí mucho los ojos.

—¿Perdona?

—Pero sí puedo acompañarte mañana a que la revise alguien.

—No necesito que me acompañes a ninguna parte.

—Perfecto. Entonces, asunto resuelto.

Se levantó y sacudió la arena de sus piernas. Yo me puse en pie detrás de él.

—El asunto no está resuelto.

—Hace un segundo no querías mi ayuda.

—No quiero tu ayuda. Quiero que reconozcas que ha sido culpa tuya.

Mauro inclinó ligeramente la cabeza.

—Ha sido culpa de los dos.

—¿De los dos?

—Tú parecías estar ahogándote y yo intenté rescatarte.

—Yo no parecía estar ahogándome.

—Carla, una señora que paseaba por la orilla también empezó a gritarme que hiciera algo.

Miré hacia un lado.

A unos metros, una mujer mayor recogía una silla plegable y evitaba claramente mirarnos.

—La gente dramatiza mucho.

—Eso he pensado yo desde que has empezado a insultarme.

Cogí la toalla y me la envolví alrededor del cuerpo con movimientos bruscos.

—Eres un perfecto idiota.

—Y tú eres la primera persona a la que salvo y se enfada por ello.

—No me has salvado.

—Eso dices ahora.

—Eso digo porque es la verdad.

Mauro volvió a sonreír.

—De nada, entonces.

—No te he dado las gracias.

—Ya lo harás cuando superes el trauma.

—El trauma eres tú.

Él echó a andar hacia el paseo de madera, todavía mojado y con una tranquilidad que me resultó ofensiva. Antes de alejarse del todo, se volvió.

—Por cierto, mañana hay poca gente en la playa a primera hora. Si quieres repetir la foto, nadie debería confundirte con un cadáver.

—No pienso repetirla.

—La repetirás.

—No me conoces.

—Lo suficiente para saber que eres demasiado cabezota para rendirte por una cámara mojada.

No le respondí. Me limité a mirarlo mientras se alejaba por la arena con ese paso seguro de quien estaba convencido de haber tenido la última palabra.

Lo odié un poco más por eso.

Recogí mis cosas y volví a comprobar la cámara. Seguía sin encenderse. Sentí una mezcla de rabia, preocupación y algo más difícil de identificar.

Mauro era arrogante, provocador y tenía una habilidad extraordinaria para contestar exactamente lo que más podía irritarme. Además, era demasiado guapo para su propio bien, lo que empeoraba considerablemente el conjunto.

En realidad, había exagerado un poco sobre el precio de la cámara. Cierto que costaba un pico, pero no tanto como le había dicho. Aun así, estaba asegurada a todo riesgo y, además, yo llevaba otra cámara de repuesto. Eso, sin embargo, no me quitaba el enfado porque, en el fondo, no dejaba de ser un contratiempo.

De haber ocurrido en Madrid, habría sabido de inmediato dónde llevarla, pero en Cádiz no conocía a nadie que pudiera repararla y esa sensación me agobiaba.

Mientras regresaba al camping, tomé una decisión firme. Evitaría al socorrista durante el resto de mi estancia.

No volvería a discutir con él. No le daría la oportunidad de acercarse a mi cámara.

Y, sobre todo, no permitiría que aquel perfecto idiota se convirtiera en un hándicap.

Naturalmente, en ese momento todavía no sabía que Mauro Santamaría —ese era su apellido, por mucho que de santo no tuviera nada— iba a convertirse en el mayor fastidio de todo mi verano.

Capítulo 6



Subí el sendero de madera que conducía hasta mi bungaló con la cámara en una mano y la sensación de que aquel había sido, con diferencia, el peor estreno profesional de toda mi carrera.

Tenía el pelo todavía chorreando, la arena pegada a las piernas y un enfado monumental que iba creciendo cada vez que recordaba la sonrisa de Mauro mientras me aseguraba que desde lejos parecía un cadáver flotando. ¿Es que tenía yo pinta de muerta?

Todavía no sabía si mi cámara sobreviviría al baño improvisado que le había regalado el socorrista más entrometido de la provincia de Cádiz, pero empezaba a sospechar que tardaría un tiempo en volver a utilizarla. Lo único que deseaba era darme una ducha y, dado que no conocía a ningún técnico en la zona, desmontarla con calma sobre la mesa del salón para comprobar si aún existía alguna posibilidad de salvarla por mí misma. Si no, tocaría buscar a uno.

Después de cruzarme con algunos campistas, llegué al bungaló. Mientras buscaba las llaves en el bolsillo del pantalón corto, levanté la vista y me detuve en seco.

La puerta del bungaló estaba entornada. Fruncí el ceño de inmediato. Juraría haberla cerrado al salir, aunque el enfado y las prisas podían haberme jugado una mala pasada. Durante unos segundos permanecí expectante, intentando recordar si realmente había echado la llave. Estaba a punto de acercarme con cautela cuando escuché un grito infantil procedente del interior.

—¡Ha llegado!

Apenas tuve tiempo de reaccionar. Dos pequeños torbellinos salieron disparados hacia mí con la misma velocidad con la que una estampida atraviesa una pradera.

Teo se abrazó a mi cintura y Noa prácticamente se colgó de mi cuello, mientras los dos reían a carcajadas como si llevaran meses sin verme en lugar de apenas unos días.

El impacto me hizo perder completamente el equilibrio. Di un paso hacia atrás, luego otro, e intenté proteger la cámara mientras evitaba que mi sobrina terminara en el suelo, pero resultó una misión imposible.

Conseguí mantenerme de pie por puro milagro, aunque la cámara no tuvo la misma suerte. Resbaló entre mis dedos, golpeó el borde del porche y terminó cayendo sobre la madera con un sonido seco que me atravesó el pecho.

Durante unos segundos nadie habló.

Yo tampoco.

Me limité a mirar la cámara allí tirada, inmóvil, mientras sentía unas ganas inmensas de sentarme en el suelo y echarme a llorar.

—Bueno… —murmuré casi para mí misma mientras me agachaba lentamente para recogerla—. Ya no está solo mojada, ahora también está rota.

—¡Sorpresa!

Levanté la cabeza despacio.

Ainara apareció por la puerta con la misma tranquilidad con la que otra persona ofrecería un café a una visita. Llevaba unas gafas de sol sobre la cabeza, un vestido veraniego y una enorme sonrisa de satisfacción que demostraba lo orgullosa que estaba de sí misma.

La miré. Miré a los niños. Volví a mirarla a ella.

Mi cerebro se negó durante unos instantes a aceptar aquella información.

—¿Qué haces aquí?

Mi hermana abrió los brazos con entusiasmo, completamente ajena al colapso mental que acababa de provocarme.

—He tenido una idea buenísima. Pensé que, ya que tú ibas a pasarte unas semanas trabajando en la playa, yo podía cogerme las vacaciones, traerme a los niños y disfrutar unos días contigo. ¿A que es genial? La chica de recepción nos ha indicado cuál era tu bungaló y, cuando hemos llegado, la puerta estaba abierta.

Noté cómo empezaba a dolerme la cabeza.

No era un dolor especialmente fuerte.

Era más bien esa presión que aparece cuando uno sospecha que la realidad acaba de perder completamente el sentido.

—¿Unos días? —pregunté con una calma sospechosa.

—Sí.

—¿Cuántos días exactamente?

Ainara desvió la mirada hacia el techo del porche con una naturalidad que no me gustó absolutamente nada.

—Bueno…

Cerré los ojos.

Conocía ese «bueno». Lo llevaba escuchando desde que éramos pequeñas. Siempre era el prólogo de una catástrofe.

—Ainara.

—No te enfades.

—Todavía no me he enfadado.

—Prométeme que seguirás así.

Abrí los ojos muy despacio.

—¿Cuántos?

Mi hermana carraspeó ligeramente antes de responder.

—Un montón… Podemos quedarnos hasta final de mes.

Tardé unos segundos en procesarlo.

—¿Hasta final de mes? ¡Si acabamos de empezarlo!

—Se pasan enseguida. Los días, digo.

La observé fijamente sin saber si reírme o pedir asistencia psicológica.

—Estoy trabajando.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes. Tú crees que estoy de vacaciones porque hay playa, pero no estoy de vacaciones. Tengo un reportaje que hacer, cientos de fotografías pendientes y una cámara que acaba de sufrir un intento de homicidio.

Ainara siguió mi mirada hasta detenerse en el equipo fotográfico.

—¿Qué le ha pasado?

Solté un resoplido tan largo que casi me vacié los pulmones.

—Un socorrista.

Mi hermana arqueó una ceja.

—Eso necesita bastante más información.

—Pensó que me estaba ahogando.

—¿Lo estabas?

—Claro que no…

—¿Seguro?

—Ainara.

—Vale, vale.

—Estaba haciendo una fotografía dentro del agua. El muy… iluminado decidió lanzarse a rescatarme sin preguntar absolutamente nada. Me agarró por detrás, me arrastró media playa y convirtió mi cámara en un submarino.

Mi hermana permaneció callada un instante. Después sonrió con una expresión peligrosamente divertida.

—Tengo una pregunta.

La miré con resignación.

—¿Es guapo?

La observé con absoluta incredulidad.

—¿De verdad esa es la conclusión que sacas de toda la historia?

—No es la conclusión. Es una duda.

Suspiré.

—Pues paso de contestarte.

—Ya lo has hecho. Es realmente guapo.

Su sonrisa se ensanchó todavía más.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa de hermana mayor que ya se ha montado una película entera.

Ainara soltó una carcajada.

—Solo digo que un socorrista guapo lanzándose al agua para salvarte…

—No me salvó.

—Bueno…

—No empieces…

—…es una manera bastante original de conocer a alguien.

—Es una manera estupenda de destrozarle la cámara a una desconocida.

Mientras hablábamos, Teo y Noa ya habían entrado y salido del bungaló al menos tres veces.

El primero apareció con un cubo de playa en la cabeza a modo de casco, mientras su hermana lo perseguía armada con una pistola de agua que no recordaba haber visto nunca. Los dos corrían alrededor del porche, riéndose a carcajadas y gritando como si hubieran descubierto el parque de atracciones más grande del planeta.

Los observé durante unos segundos. Los quería con locura, pero a una distancia prudencial.

Ainara siguió la dirección de mi mirada y sonrió con orgullo.

—Están felices.

—Eso es indiscutible.

—Y tú deberías alegrarte un poco más de vernos.

La miré despacio antes de responder.

—Claro que me alegro. Lo que pasa es que hace apenas un minuto estaba convencida de que iba a pasar el verano sola, concentrada en mi trabajo y disfrutando de un poco de tranquilidad. Ahora resulta que mi cámara está rota, un socorrista cree que soy incapaz de flotar y vosotros acabáis de instalaros aquí durante una eternidad sin avisar.

Mi hermana se volvió lentamente para contemplar el camping. Los pinos se mecían con la brisa, el mar asomaba al fondo entre las dunas y desde la piscina llegaban las risas de decenas de niños jugando. El sol comenzaba a esconderse y teñía todo de un tono dorado precioso.

—Carla —dijo con una sonrisa serena—. Mira a tu alrededor. Estamos en un sitio precioso. Los niños no podrían estar más felices; tú vas a hacer el mejor reportaje de tu carrera y, aunque ahora no lo veas, creo que este verano te va a cambiar la vida.

La observé en silencio unos segundos.

Después miré a Teo, que acababa de tropezar consigo mismo mientras intentaba correr hacia atrás, y a Noa, que se estaba riendo tanto de su hermano que terminó cayéndose a su lado.

Negué despacio con la cabeza. Tenía la sospecha de que Ainara se quedaba corta.

Aquel verano no solo iba a cambiarme la vida. Iba a volverla completamente del revés.

Capítulo 7



La primera noche en el camping terminó pareciéndose muy poco a lo que yo había imaginado mientras conducía desde Madrid.

En mi cabeza existía una versión idílica de aquella escena: una ducha tibia, una cena ligera en el porche del bungaló y el sonido de la naturaleza bajo la luz de la luna.

La realidad, sin embargo, tenía otros planes.

Teo y Noa llevaban más de media hora convirtiendo el bungaló en una especie de circuito de obstáculos. Entraban y salían sin parar, se escondían debajo de las camas, se perseguían con pistolas de agua y discutían porque, al parecer, uno de los dos había invadido el territorio diplomático del otro utilizando un dinosaurio de plástico.

Yo permanecía sentada frente a la mesa del comedor con un destornillador diminuto en la mano y la cámara desmontada en varias piezas sobre una toalla. Intentaba concentrarme en una tarea que exigía una precisión de la que carecía mientras, a mi alrededor, parecía desarrollarse una guerra civil en miniatura.

Ainara salió del dormitorio después de ponerse un vestido vaporoso de flores y se quedó apoyada en el marco de la puerta, observando la escena con absoluta tranquilidad.

Era fascinante comprobar hasta qué punto una madre podía acostumbrarse al caos. Mientras yo llevaba diez minutos imaginando titulares como «Fotógrafa asesina a sus sobrinos utilizando un trípode», ella contemplaba a sus hijos con una sonrisa de orgullo.

—No entiendo cómo puedes trabajar con este escándalo —comentó mientras se recogía el pelo en una coleta.

—No estoy trabajando. Estoy intentando evitar que una cámara que cuesta un riñón termine convertida en un pisapapeles de lujo.

Ainara se acercó a la mesa y observó el desastre.

—¿Tiene buena pinta?

Levanté la vista muy despacio.

—¿Tú me ves cara de técnico del servicio oficial?

—No especialmente.

—Pues ahí tienes la respuesta. Ya venía mal, no te lo voy a negar. El agua salada y ese imbécil de socorrista hicieron lo suyo, pero tus hijos tampoco han ayudado.

—Mis hijos son tus sobrinos y, en el fondo, los adoras, así que no te quejes.

—¿Tengo que contestarte ahora o puedo llamar antes a un buen abogado?

—Puedes relajarte un poco, para variar.

—Es lo que pretendía desde que acepté este trabajo, pero parece que los astros se han aliado para sacarme de quicio.

—Si por astros te refieres a Noa y a Teo, te aconsejo que dejes de enarcar las cejas si no quieres que se te queden marcas de expresión, porque estos dos tienen cuerda para rato.

—Vaya, parece que la cosa mejora por momentos. ¿Tienes alguna otra buena noticia?

—De momento no, pero ya se me ocurrirá.

Mi hermana soltó una risita y acercó la mano a la cámara con intención de verla mejor. Le di un pequeño manotazo antes de que llegara a tocarla.

—Ni se te ocurra.

—Qué carácter.

—Es que hoy ya la ha tocado suficiente gente.

—Creo que le has cogido inquina al pobre socorrista.

La fulminé con la mirada.

—Ainara.

—¿Qué?

—No empieces otra vez.

—Solo digo que, si es tan guapo…

—Lo es, pero su belleza queda ampliamente superada por su idiotez.

Mi hermana sonrió de medio lado.

—Es curioso lo compatibles que pueden llegar a ser ambas cosas.

Antes de que pudiera responderle, Teo apareció corriendo por el salón con un cubo de playa en la cabeza, perseguido de cerca por Noa, que empuñaba una linterna como si fuera una espada láser.

—¡Tata, dile que deje de perseguirme!

—¡Si es él quien me persigue a mí!

Los dos frenaron justo delante de la mesa y yo levanté las manos.

—Ni un paso más. La cámara.

Los mellizos miraron las piezas repartidas sobre la toalla como si acabaran de descubrir una bomba de relojería.

—¿No tiene arreglo? —me preguntó Noa con auténtica preocupación.

Suspiré.

—Eso intento averiguar.

Teo ladeó la cabeza.

—Papá arreglaba las cosas con cinta americana.

Ainara carraspeó.

—Precisamente por eso ya no vivimos con vuestro padre.

Aunque eran bastante incompatibles, mantenían una relación cordial por los niños.

No pude evitar reírme y mi hermana aprovechó el momento para sentarse frente a mí.

—Escúchame una cosa.

—Miedo me das.

—Vamos a salir.

Fruncí el ceño.

—¿Dónde? Te recuerdo que esto no es una escapada a Ibiza con veinte años.

—Calla, calla, que me agobias. Vamos al chiringuito. No hace falta tener un plan oficial para eso.

La miré como si acabara de proponerme cruzar el Atlántico nadando.

—Ni loca.

—¿Por qué?

Señalé la cámara.

—Porque tengo esto.

Después señalé a los niños.

—Porque tengo eso.

Por último, me señalé a mí misma.

—Y porque estoy agotada.

Ainara apoyó los codos sobre la mesa.

—Precisamente por eso deberías salir un rato. Llevas meses encerrada entre el trabajo, tu casa y los dramas sentimentales. Estás en la playa, hace una temperatura maravillosa y seguro que ponen música.

—Prefiero desmontar objetivos.

—Eso confirma mi teoría.

Estábamos en plena discusión cuando alguien llamó suavemente a la puerta abierta del bungaló.

Levanté la cabeza.

Martín sonreía desde el porche con una camiseta blanca, un pantalón corto beige y una bolsa de hielo en la mano.

—¿Se puede?

Ainara respondió antes que yo.

—Claro.

Martín dio un paso hacia el interior y me dedicó una sonrisa.

—He pensado que quizás seguías enfadada con el universo y venía a comprobar si sobrevivías.

Nos habíamos cruzado un rato antes y había tenido ocasión de comprobar mi mal humor.

—Voy haciendo esfuerzos.

Entonces reparó en mi hermana.

—Perdón, no quería interrumpir.

Me levanté de la silla.

—Martín, ella es mi hermana, Ainara. Ha decidido sorprenderme apareciendo aquí con dos niños hiperactivos, que resulta que son sus hijos, y equipaje suficiente para abastecer a media población. Es lo que hay.

Los dos se dieron un par de besos.

—Encantado.

—Igualmente.

Martín sonrió.

—Pues mejor todavía.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que mejor?

—Así ya sois dos para veniros con nosotros.

Ainara abrió mucho los ojos.

—¿Con vosotros dónde?

—Al chiringuito. Hemos quedado unos cuantos para cenar y tomar algo.

Negué incluso antes de que terminara la frase.

—No. Imposible.

—¡No le hagas caso! Justamente le estaba proponiendo lo mismo a esta aburrida de mi hermana —apuntó Ainara.

Volví a negar con la cabeza.

Martín miró alrededor.

—¿Por qué?

Le señalé el bungaló entero.

—Mira el panorama.

Él siguió la dirección de mi dedo.

Teo intentaba convencer a Noa de que una silla era un barco pirata mientras los dos arrastraban los cojines del sofá por el suelo.

Martín soltó una carcajada.

—No parecen tan fieros.

Ainara y yo nos miramos exactamente al mismo tiempo y estallamos en una risa idéntica.

—Eso es porque no los conoces —respondimos las dos a la vez.

Martín levantó las manos en señal de rendición.

—Vale. Admito que quizás he hablado demasiado pronto.

—Muy, muy pronto —añadí.

—No os preocupéis. Allí también hay niños. Van varias familias y, además, estaremos en un grupo grande. Siempre habrá alguien jugando con ellos.

Ainara me dio un codazo disimulado.

—¿Ves? No soy la única que ha decidido reproducirse en este planeta.

Yo seguía dudando.

—No sé.

—Vamos, Carla.

—De verdad que…

—Media hora.

Martín sonrió.

—Eso nunca funciona. Empieza siendo media hora y acabamos cerrando el chiringuito, pero, si sirve para que vengas…

Ainara pareció entusiasmarse todavía más.

—Una pregunta importante.

—Dispara.

—En cuanto a tus amigos y a ti, ¿sois todos bomberos como esos que hacen calendarios? Vamos, de tu estilo.

No podía haber sido más descarada. Mis mejillas ardieron en ese preciso instante.

Martín rompió a reír.

—No está bien que te conteste yo.

—Indecentemente guapo y modesto. Eres un chollo. ¿Los demás también lo son? —preguntó con una frescura que casi consiguió que me desmayara allí mismo.

—Digamos que algunos hemos participado en nuestro propio calendario.

—¡Adjudicado! ¡Me quedo con todos! —soltó ella—. ¿Me hacéis un lote?

—Dios mío, no se ha tomado su medicación —mascullé entre dientes, horrorizada.

Mi hermana abrió los ojos exageradamente.

—No le hagas ni caso. La que debería tomársela es ella, pero todavía no le han diagnosticado esa media depresión por la que está pasando.

Sentí que las mejillas me ardían todavía más.

—¡Yo no estoy deprimida! —exclamé indignada.

—Pues que se note —me animó ella.

Me llevé una mano a la frente.

—No la animes, por favor, Martín. Has despertado a la bestia. ¿Comprendes ahora por qué es la madre de esos dos? —pregunté, señalándolos.

—Porque tiene energía —respondió él.

—Y porque ser así es importante —añadió Ainara.

—¿Para quién?

—Para la ciencia.

Martín seguía riéndose.

—También vienen, aparte de tres compañeros del parque, un fisioterapeuta, un profesor de instituto y un enfermero. Tenemos un grupo bastante variado.

—Qué decepción —bromeó Ainara—. Yo ya me había imaginado una mesa llena de bomberos de calendario con patas.

—No descartes nada hasta llegar.

Aquella respuesta provocó una carcajada general e incluso yo terminé sonriendo. Ainara aprovechó que había bajado la guardia para agarrarme del brazo.

Suspiré y desvié la mirada hacia la cámara desmontada sobre la mesa. No quería salir, socializar ni conocer a nadie. Lo único que me apetecía era encerrarme con mi enfado, mi cámara rota y mi orgullo herido. Sin embargo, también era consciente de que llevaba meses haciendo exactamente eso.

Miré a los niños, que ahora intentaban convencer a Martín de que participara en una búsqueda del tesoro inexistente. Él se había agachado a su altura y los escuchaba con paciencia, completamente integrado en el juego apenas unos minutos después de llegar.

—Está bien —murmuré al fin—. Pero, si alguno de estos dos prende fuego al chiringuito, tú respondes.

Martín sonrió y se señaló el pecho.

—Tratándose de bomberos, sería bastante humillante dejar que ocurriera.

Ainara dio una palmada de satisfacción.

—¡Sabía que aceptarías!

La miré de reojo.

—No. Lo que sabes es manipularme desde que éramos enanas.

—Cada una desarrolla sus talentos.

Unos minutos después, caminábamos hacia el chiringuito siguiendo el sendero de madera que atravesaba las dunas.

Desde lejos ya se escuchaban la música, las conversaciones y el murmullo del mar mezclándose con las risas de la gente.

Varias mesas largas ocupaban la terraza, iluminada por guirnaldas de luces cálidas, y el ambiente desprendía esa despreocupación tan propia de las noches de verano.

Martín fue presentándonos a sus amigos uno a uno. Todos resultaron sorprendentemente simpáticos, parecían conocerse desde hacía años y, para desesperación de Ainara, la mayoría también eran insultantemente atractivos.

—Te lo dije —susurró mi hermana mientras tomábamos asiento—. Aquí hay más genética privilegiada que en un catálogo.

Negué con la cabeza mientras Teo y Noa corrían detrás de otros niños como si llevaran toda la vida compartiendo vacaciones.

Aquello, estaba convencida, no podía acabar bien.

Al cabo de unos minutos ya tenía bastante claro por qué Martín había dicho que aquello no era un simple grupo de amigos.

Aparte de él y de sus compañeros, había parejas, matrimonios con niños pequeños, un par de chicos solteros, varias chicas que se conocían desde hacía años y hasta un matrimonio jubilado que parecía ejercer de abuelos adoptivos de medio camping.

Todo el mundo hablaba con los demás, las mesas se habían ido juntando unas con otras y los camareros caminaban haciendo auténticos malabares entre platos de pescaíto frito, ensaladas, jarras de cerveza y refrescos.

De fondo sonaba música de los ochenta mezclada con alguna canción más reciente y, aunque el chiringuito estaba prácticamente lleno, el ambiente resultaba sorprendentemente relajado. No había prisas por cenar ni por levantarse. La gente se limitaba a disfrutar del verano.

Martín se encargó de presentarnos a quienes iban llegando. Terminé sentada cerca de Rubén y Sergio, dos compañeros suyos del parque de bomberos; de Diego, un fisioterapeuta que bromeaba con que acababa masajeando más espaldas durante las vacaciones que en su propia clínica; de Oliver, profesor de instituto, y de Lucía, una enfermera que parecía conocer por su nombre a todo el camping.

Todos fueron muy amables desde el primer momento. En menos de un minuto ya nos habían hecho un hueco en la mesa, habían buscado otra silla para Ainara y hasta apareció alguien con un cuaderno y unos lápices para que Teo y Noa se entretuvieran mientras llegaba la cena.

Mi hermana me dio un pequeño codazo por debajo de la mesa y sonrió con suficiencia, como si quisiera decirme sin palabras que, una vez más, tenía razón.

—Pues no parecen aburridos, ¿no? —murmuró.

No respondí. Prefería mantener cierto margen de desconfianza antes que volver a equivocarme con alguien. Últimamente me parecía una estrategia bastante razonable.

Los niños, por supuesto, tardaron solo unos minutos en demostrar que la tranquilidad era un concepto incompatible con su existencia.

Al principio todo parecía ir bien. Dibujaban sentados en una esquina de la mesa mientras discutían sobre si un dinosaurio podía llevar chanclas.

Cinco minutos después, habían convencido a otros tres niños del camping para construir una cueva secreta utilizando las sombrillas cerradas del chiringuito y varias sillas de plástico.

Cuando el camarero apareció cargado con una bandeja enorme de bebidas, Teo decidió que era el momento perfecto para salir corriendo de debajo de una mesa. El pobre hombre tuvo que hacer un equilibrio digno de un artista de circo para evitar que una jarra de cerveza terminara aterrizando sobre un matrimonio que cenaba tranquilamente dos mesas más allá.

—¡Teo! —exclamó Ainara, llevándose una mano a la frente.

Mi sobrino frenó en seco y sonrió con esa expresión de absoluta inocencia que siempre utilizaba cuando sabía que acababa de hacer una trastada.

—No he sido yo.

—Claro. Ha sido la gravedad.

Toda la mesa rompió a reír mientras el camarero aseguraba, todavía entre risas, que sobrevivía a situaciones peores todos los fines de semana. Ainara se disculpó con tanta naturalidad que parecía llevar haciéndolo toda la vida, algo que probablemente era cierto.

—Perdonadlos. Son muy buenos niños… cuando están dormidos.

Las carcajadas fueron todavía mayores.

—Y a veces ni eso —añadió, resignada.

Rubén levantó la cerveza.

—No te preocupes. Mi hermano era igual de pequeño. Una vez incendió una barbacoa intentando cocinar gusanitos.

—Pues ya apuntan maneras —respondió Ainara.

Negué despacio con la cabeza.

—No les deis ideas.

La conversación continuó entre bromas, historias de verano y anécdotas del parque de bomberos. Poco a poco, empecé a relajarme. Era imposible no hacerlo. Había algo muy auténtico en aquel grupo y nadie intentaba aparentar nada.

Todos hablaban a la vez, se interrumpían constantemente y terminaban riéndose de sí mismos. Incluso yo empecé a pensar que quizás Ainara no había cometido una locura tan grande al obligarme a salir del bungaló.

Fue entonces cuando varias personas saludaron hacia la entrada del chiringuito.

—¡Hombre, Mauro!

Levanté la vista casi por reflejo.

Allí estaba otra vez.

Entró con un pantalón corto claro, una camiseta verde militar y el pelo todavía húmedo de la ducha. Sin el uniforme de socorrista parecía incluso más guapo. Caminaba saludando a unos y a otros con absoluta naturalidad y se detenía un momento junto a cada mesa para intercambiar alguna broma o preguntar qué tal iba la noche. Era evidente que conocía a todo el camping.

Cuando llegó hasta nuestro grupo, Martín fue el primero en levantarse para darle una palmada en la espalda.

—Pensábamos que hoy no aparecías.

—He terminado tarde.

Mauro saludó uno por uno a todos los presentes hasta que su mirada se cruzó con la mía. Durante una décima de segundo creí que iba a hacer algún comentario sobre nuestra discusión en la playa. En lugar de eso, sonrió con absoluta tranquilidad, como si no hubiera estado a punto de provocar mi primer homicidio del verano.

—Vaya… Si está aquí mi náufraga favorita.

Lo atravesé con la mirada.

—Mejor te callas…

Él levantó las manos en gesto pacífico.

—Prometo portarme bien.

Después reparó en Ainara y se acercó con una sonrisa descarada, pero simpática.

—Hola. Tú debes de ser su hermana. Os parecéis. Soy buen fisonomista.

—Algo deberías tener bueno —murmuré por lo bajo.

Ainara soltó una carcajada.

—Encantada. Soy Ainara.

—Mauro.

Se saludaron mientras yo permanecía callada, concentrada en mi vaso como si el hielo que contenía resultara fascinante.

—Tu hermana dice que soy un perfecto idiota —comentó él con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Y lo eres?

—Todavía está por decidir.

—Entonces habrá que escuchar las dos versiones.

—Eso mismo he pensado yo.

Los dos se echaron a reír, pero yo seguí sin abrir la boca. Si existía un campeonato mundial de personas irritantes, Mauro acababa de clasificarse para la final.

Después de bromear un par de minutos con todos, se despidió diciendo que unos amigos lo esperaban al otro lado de la terraza y desapareció entre las mesas con la misma facilidad con la que había llegado.

Apenas se alejó unos metros, Martín apoyó los codos sobre la mesa y sonrió.

—¿Ya habéis hecho las paces?

Resoplé.

—No existe ningún motivo para hacerlas.

Rubén soltó una risa.

—Entonces es verdad.

Los miré sin entender.

—¿El qué?

—Que te cae como el culo. ¿Qué ha pasado entre vosotros?

No respondí. Me limité a resumir muy por encima lo que había ocurrido en la playa, sin exagerar nada: yo estaba haciendo una fotografía, él interpretó que me ahogaba, decidió rescatarme sin preguntar y mi cámara terminó empapada por culpa de su heroísmo improvisado.

Lo de que Teo y Noa habían terminado de rematarla me lo callé. No pensaba restarle importancia a lo que había hecho aquel imbécil.

Cuando terminé, toda la mesa estalló en carcajadas. Toda, incluida Ainara. Me quedé observándolos con auténtica incredulidad.

—¿En serio?

Martín consiguió serenarse antes que los demás.

—Perdona… Pero es que me estoy imaginando la escena.

—No tiene ninguna gracia.

—Un poco sí. Venga, no seas así.

—No, no y no. No le veo la gracia por ninguna parte.

Rubén negó con la cabeza mientras intentaba dejar de reír.

—Carla, si Mauro se lanzó al agua, puedes estar segura de que de verdad creyó que te pasaba algo.

—Es incapaz de mirar hacia otro lado cuando piensa que alguien necesita ayuda —añadió Lucía.

—Es buena gente —concluyó Diego.

Aquellas tres palabras me parecieron casi un insulto.

—Pues tiene una forma bastante peculiar de demostrarlo.

—Créenos —dijo Martín con una sonrisa tranquila—. Cuando lo conozcas mejor, entenderás por qué hizo lo que hizo.

Di otro trago largo a la cerveza. No entendía absolutamente nada: ni aquella defensa cerrada, ni tanta paciencia, ni que todos parecieran convencidos de que el problema se reducía a un malentendido.

Para mí seguía siendo el mismo socorrista arrogante que había decidido destrozarme una tarde de trabajo y una cámara carísima.

Mientras los demás cambiaban de conversación y volvían a reír con cualquier otra historia, observé de reojo a Mauro al fondo del chiringuito. Hablaba con otro grupo de amigos y gesticulaba mientras contaba algo que provocaba nuevas carcajadas.

Negué despacio para mis adentros.

Definitivamente, no entendía qué demonios le veía todo el mundo y sospechaba que tampoco tenía el menor interés en averiguarlo.

Lo único que me interesaba, a decir verdad, era perderlo de vista.

Capítulo 8



A la mañana siguiente me desperté con la sensación de haber dormido dentro de una lavadora.

Entre los niños entrando y saliendo del bungaló, Ainara hablando por teléfono en el porche y mi propia cabeza empeñada en repasar una y otra vez el desastre de la cámara, apenas había conseguido descansar.

Cuando salí con una taza de café en la mano, todavía en pijama y con el pelo recogido de cualquier manera, encontré a Martín apoyado en la barandilla del porche como si aquella visita a primera hora fuera lo más normal del mundo.

—Buenos días —me saludó con una sonrisa—. Espero no haber venido demasiado pronto.

Miré el reloj y después a él.

—Depende. Para una persona funcional, quizás no. Para mí, ahora mismo, cualquier hora anterior al mediodía es una agresión. Me tienen agotada, palabra.

Martín soltó una risa y levantó el teléfono que llevaba en la mano.

—Anoche estuve mirando una cosa. Hay un servicio técnico oficial de tu cámara en Cádiz capital. No queda demasiado lejos y, si la llevamos pronto, quizás puedan decirte si tiene arreglo.

Lo observé unos segundos, sorprendida de que hubiera dedicado parte de la noche a buscar una solución para un problema que no era suyo.

—¿Cómo sabes qué marca es?

—Me fijé ayer, cuando la tenías desmontada sobre la mesa. Era difícil no hacerlo. La vigilabas como si fuera un paciente en cuidados intensivos.

Bajé la vista hacia el café, intentando disimular que aquel detalle me había gustado un poco.

—Bueno, ahora mismo está más cerca de la autopsia que de los cuidados intensivos.

—Por eso deberíamos llevarla. Yo tengo que ir a Cádiz de todos modos. He quedado con un compañero para recoger unas piezas de un equipo de escalada que dejamos allí para reparar antes de las vacaciones. Puedo acercarte; hacemos las dos gestiones y volvemos después de comer.

La propuesta era sensata y útil. Aun así, tardé unos segundos en responder porque, últimamente, cualquier ofrecimiento amable me hacía buscar una trampa escondida.

—Está bien —acepté al fin—. Pero solo porque mi cámara podría depender de ello.

—Por supuesto. Jamás pensaría que aceptas pasar una mañana conmigo por placer.

—Me alegra que nos entendamos.

Martín sonrió con ese halo de seguridad que parecía acompañarlo siempre y me dijo que me esperaba junto a su coche dentro de media hora.

Entré en el bungaló, preparé la cámara, me vestí y logré salir en veinticinco minutos, una hazaña que habría merecido reconocimiento oficial, teniendo en cuenta que Teo había utilizado mis sandalias como garaje para tres coches de juguete y Noa había decidido que mi neceser era el lugar perfecto para esconder una galleta.

Caminé hacia el aparcamiento con la mochila al hombro y una pequeña esperanza de pasar unas horas lejos del ruido.

Martín estaba junto a un todoterreno oscuro, guardando unas cosas en el maletero. Me saludó con la mano y abrió la puerta del copiloto para que dejara la cámara con cuidado. Fue entonces cuando escuché una voz desde el asiento trasero.

—¡Tata!

No quise girarme. Durante unos segundos, preferí creer que mi agotamiento había empezado a provocarme alucinaciones auditivas. Sin embargo, otra voz se unió a la primera.

—¡Nos vamos a Cádiz!

Cerré los ojos y respiré hondo antes de mirar hacia atrás. Teo y Noa estaban sentados en sus elevadores, con gafas de sol, gorras, mochilas y una bolsa enorme de juguetes entre ambos. Parecían dos turistas dispuestos a cruzar Europa, no dos niños que iban a pasar una mañana a menos de una hora del camping.

Ainara apareció un instante después con un café y una sonrisa radiante.

—Qué bien, ya estamos todos.

La miré sin dar crédito.

—¿Todos?

—Martín nos ha dicho que ibais a Cádiz y he pensado que podíamos aprovechar. Hay un parque infantil itinerante enorme cerca del centro y a los niños les apetecía muchísimo conocerlo.

—A los niños les apetece cualquier cosa que implique salir, gritar o destruir mobiliario urbano.

—No seas exagerada.

Volví la cabeza hacia Martín, que tuvo la decencia de parecer un poco culpable.

—¿Tú los has invitado?

—Solo comenté que podían venir. Me pareció que sería más fácil para Ainara que quedarse sola toda la mañana en el camping.

—Claro. Muchísimo más fácil para Ainara.

Mi hermana tomó un sorbo de café con la serenidad de quien sabía que había ganado la batalla antes de empezarla.

—No pongas esa cara. Va a ser divertido.

—La última vez que dijiste eso, Teo terminó dentro de una fuente y Noa convenció a un policía municipal de que yo no era de la familia.

—Fue una tarde inolvidable.

—Seguro que para el policía sí.

Martín abrió la puerta del conductor y se sentó mientras yo ocupaba el asiento del copiloto con la resignación de una condenada.

El viaje comenzó con bastante calma, aunque aquella paz duró unos tres minutos.

Teo quiso saber cuánto faltaba; Noa aseguró que él estaba invadiendo su mitad del asiento y ambos iniciaron una discusión sobre quién tenía derecho a elegir la música.

Ainara intentó imponer orden con una autoridad que sus hijos ignoraron por completo y Martín, lejos de mostrar el menor signo de impaciencia, consiguió negociar un sistema de turnos para las canciones como si estuviera mediando en un conflicto internacional.

La primera canción elegida por Teo consistía en una repetición interminable sobre un tiburón que perseguía a toda su familia. La segunda, seleccionada por Noa, hablaba de una gallina que no quería dormir.

Cuando llegó mi turno, intenté poner algo que sonara a música para adultos, pero los mellizos protestaron tanto que acabé renunciando por el bien de la seguridad vial.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo —le dije a Martín cuando Teo preguntó por novena vez cuánto faltaba.

—En el parque de bomberos tenemos una alarma que suena a cualquier hora, compañeros que roncan durante las guardias y gente que decide freír pescado a las tres de la mañana. Esto es casi relajante.

—Me ofende que compares a mis hijos con una emergencia —protestó Ainara desde atrás.

—No los estoy comparando. Las emergencias suelen durar menos.

Mi hermana se echó a reír, pero yo apenas pude acompañarla. El coche había empezado a oler a galletas, zumo y crema solar; Teo golpeaba el respaldo de mi asiento con los pies y Noa había decidido cantar por encima de la música para demostrar que conocía toda la letra.

Cuando por fin divisamos las primeras señales de Cádiz, yo tenía la cabeza como un bombo y una ligera sensación de mareo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Martín, mirándome de reojo.

—Perfectamente. Solo estoy reconsiderando todas las decisiones que me habían llevado hasta este coche.

—Eso suena grave.

—Lo es. Creo que he envejecido seis años desde que salimos.

—Pues te conservas estupendamente.

Lo miré de lado, pero su expresión era tan inocente que no pude decidir si acababa de burlarse de mí o de intentar animarme. Esa era otra de las cosas irritantes de Martín: resultaba difícil enfadarse con él durante más de treinta segundos.

Después de dejar a Ainara y a los niños en aquel parque de bolas enorme, Martín y yo nos dirigimos al servicio técnico. Mi hermana entró allí con la energía de quien acababa de recibir un regalo, mientras yo observaba a Teo y Noa desaparecer dentro de una estructura de redes, toboganes y tubos de colores.

—No sé quién es más feliz, si ellos o ella —comentó Martín.

—Ainara lleva años buscando lugares donde pueda soltar a los niños sin que la responsabilicen durante veinte minutos. Para ella esto es un balneario.

El servicio técnico ocupaba un local pequeño, lleno de vitrinas con objetivos, cuerpos de cámara y accesorios cuyo precio habría bastado para pagar varios meses de alquiler.

El hombre que nos atendió tenía unos cincuenta años, gafas muy gruesas y la expresión seria de quien había visto demasiados equipos fotográficos llegar al borde de la muerte. Cogió mi cámara con cuidado, la examinó desde varios ángulos y me pidió que le contara qué había ocurrido.

—Se cayó al agua —resumí.

El técnico abrió la tapa lateral, observó el interior y frunció el ceño.

—¿Agua dulce?

—De mar.

Su expresión empeoró.

—¿Cuánto tiempo estuvo sumergida?

—Poco. Unos segundos.

La giró entre las manos y volvió a examinarla.

—Veo que ya has intentado abrirla.

—La desmonté anoche para comprobar si podía salvar algo.

—¿Y después recibió algún golpe? Porque más bien parece que viene directa de la guerra.

Miré a Martín antes de responder.

—También.

El hombre colocó la cámara sobre una almohadilla y empezó a desmontar parte de la carcasa. Tardó casi veinte minutos en volver. Cuando apareció, sostenía el equipo con una delicadeza que se parecía demasiado a la de alguien entregando una urna funeraria.

—Voy a ser sincero. Está para el arrastre.

Suspiré.

—Me lo temía.

El técnico señaló varios puntos del interior.

—Ha entrado agua salada en la placa y hay corrosión. Además, el golpe ha afectado al estabilizador. ¿Qué le ha pasado exactamente? ¿La ha pillado un tren?

Negué con la cabeza.

—Peor.

El hombre arqueó una ceja.

Martín soltó una carcajada y el técnico me miró como si estuviera valorando si pedir más detalles o protegerse de la historia.

Al final se limitó a decirme que podía intentar recuperar parte de la información de la tarjeta y preparar un presupuesto, aunque repararla costaría casi tanto como comprar un cuerpo nuevo.

Salí del local con la cámara guardada en una bolsa, el ánimo por los suelos y la desagradable certeza de que Mauro había conseguido convertirse en un estorbo en tiempo récord. Por suerte, la tenía asegurada, pero eso no solucionaba el problema inmediato. El reportaje no iba a esperar a que el seguro tramitara la incidencia y, aunque llevaba otra cámara de repuesto, perder una de mis principales herramientas de trabajo seguía siendo un contratiempo importante.

Martín hizo su gestión en una tienda cercana, donde recogió un arnés y varias piezas metálicas que, según explicó, necesitaban una revisión antes de una salida de escalada que tenía prevista con sus compañeros.

Cuando terminó, me propuso tomar algo en una terraza antes de volver a por Ainara y los niños. Acepté porque necesitaba un café, una cerveza o cualquier sustancia legal capaz de devolverme algo de fe en el mundo.

Nos sentamos en una plaza tranquila, rodeada de fachadas vistosas con balcones de hierro. El aire olía a mar y a comida recién hecha y, durante unos minutos, agradecí el silencio.

Martín pidió café; yo, una cerveza fría. Cuando el camarero se alejó, él apoyó los brazos sobre la mesa y me observó con una sonrisa suave.

—No tienes aspecto de estar disfrutando mucho de estas vacaciones.

—No son vacaciones, ya te lo dije.

—Ya lo sé. Pero tampoco tienes aspecto de estar disfrutando del trabajo.

Jugué con el borde de una servilleta antes de responder. No me apetecía contar mi vida a alguien a quien apenas conocía, pero Martín tenía una forma de escuchar que no resultaba invasiva. No parecía esperar una confesión ni buscaba la pregunta perfecta. Solo estaba allí.

—Llevo unos meses bastante malos —admití—. Mi relación terminó de una forma poco elegante. Samuel me fue infiel con una compañera de trabajo.

»Después de siete años juntos, tuve que reconstruir mi vida mientras él me explicaba que todo había sido casi una liberación para los dos. Yo todavía estoy esperando sentir esa parte liberadora.

Martín no hizo ningún comentario precipitado. Se limitó a asentir mientras el camarero dejaba nuestras bebidas sobre la mesa.

—Por eso acepté el reportaje —continué—. Pensé que venir aquí me daría tranquilidad. Unas semanas sola, trabajando, sin tener que responder preguntas ni escuchar consejos.

»Entonces llegó Ainara con los niños, un socorrista hundió mi cámara y ahora estoy en Cádiz bebiendo cerveza a media mañana porque no sé qué otra cosa hacer.

—Visto así, tu plan ha salido regular.

—Gracias por el análisis.

Él sonrió y dio un sorbo al café.

—Entiendo que querías silencio, pero a veces el silencio no ayuda tanto como creemos. Cuando uno lleva mucho tiempo dándole vueltas a lo mismo, quedarse solo puede convertirse en escuchar ese problema con más volumen.

Me quedé observándolo.

—¿Y tu solución es pasar unas cuantas semanas con dos niños capaces de derribar un bungaló?

—Mi solución es que no decidas todavía que todo esto es un desastre. Tu hermana ha decidido pasar sus vacaciones contigo. Los niños te adoran.

»Puede que interfieran con tus planes, pero también puede que, dentro de unos años, recuerdes este viaje mucho más que cualquier semana perfecta trabajando sola.

—Es fácil decirlo cuando no has tenido a Teo pateándote el asiento durante cuarenta minutos.

—He sobrevivido.

—Porque tienes entrenamiento profesional.

Martín soltó una risa.

—Puede ser. Pero también creo que deberías disfrutar un poco de tu familia. No siempre coinciden el tiempo, el lugar y las ganas. Cuando lo hacen, aunque sea de una manera caótica, quizás convenga aprovecharlo.

Bajé la vista hacia la cerveza, recorrí la plaza con la mirada y terminé fijándome de nuevo en Martín.

No había dicho nada extraordinario, pero sus palabras tenían una sencillez que me llegó más de lo esperado. Ainara podía ser intensa, agotadora y especialista en convertir cualquier decisión en una expedición familiar, pero también había recorrido cientos de kilómetros porque no quería que pasara el verano sola. Teo y Noa iban a volverme loca, aunque probablemente también serían los únicos capaces de hacerme olvidar a Samuel durante días enteros.

—No prometo disfrutar cada minuto —le advertí.

—Nadie te pide tanto. Con que no intentes devolverlos a Madrid en transporte urgente, ya sería un avance.

Sonreí por primera vez desde que habíamos salido del camping.

—Veremos cómo se comportan en el viaje de vuelta.

—Podemos negociar otra vez la música.

—No. Esta vez el tiburón se queda fuera del coche.

—Eso sí puede provocar una rebelión.

—Pues que llamen a los bomberos.

Martín levantó la taza a modo de brindis.

—Para eso estamos.

Cuando regresamos al parque de bolas, Ainara estaba sentada en una mesa con expresión de paz absoluta mientras los niños corrían por una pasarela de colores perseguidos por otros cuatro pequeños. Al vernos, levantó una mano y sonrió.

—¿Qué tal la cámara?

Alcé la bolsa que llevaba conmigo.

—Muerta.

—Vaya…

—Sí. Un minuto de silencio cuando salgamos.

Teo y Noa aparecieron sudados, despeinados y felices, exigiendo saber si después podían comer hamburguesas.

Mientras los escuchaba hablar a la vez y Ainara intentaba poner un poco de orden, miré de reojo a Martín. Él me dedicó una sonrisa tranquila, como si supiera que acababa de demostrar su teoría.

No estaba relajada. Mi cámara seguía destrozada, mis planes habían saltado por los aires y todavía me quedaban semanas de convivencia con tres personas capaces de llenar cualquier espacio de ruido.

Sin embargo, por primera vez desde que Ainara apareció en el bungaló, pensé que quizás aquel caos no había llegado para arruinarme el verano.

Quizás había llegado para impedir que me lo pasara entero mirando hacia atrás.

Capítulo 9



De vuelta al camping, el resto de la tarde transcurrió con una calma que casi parecía sospechosa. Cogí mi otra cámara, salí a trabajar y conseguí hacer unas fotografías que, desde mi punto de vista, estaban bastante bien.

Los niños habían gastado tanta energía entre el parque de bolas, el paseo por el centro y la playa que, poco después de mi regreso, cayeron rendidos antes de las diez de la noche.

Teo se quedó dormido abrazado a un dinosaurio de plástico al que le faltaba una pata, mientras que Noa ni siquiera consiguió escuchar el final del cuento que Ainara le estaba leyendo.

Aproveché aquel silencio casi milagroso para tumbarme en el sofá y repasar las fotografías que había tomado.

Mis padres habían llamado poco antes. Mi madre quiso comprobar que comía bien y que el bungaló cerraba correctamente, mientras mi padre me pidió fotografías del faro, como si yo hubiera viajado hasta Cádiz exclusivamente para ampliar su colección de paisajes.

Después volví a mirar la cámara rota, que descansaba sobre la mesa, y me descubrí contemplándola durante varios minutos. Me levanté y pasé los dedos por el borde del objetivo con una mezcla de tristeza y resignación.

No era solo una herramienta de trabajo. Aquella cámara me había acompañado durante años, había recorrido media España conmigo y había capturado cientos de momentos que jamás volverían a repetirse. Me costaba aceptar que todo hubiera terminado entre ella y yo.

Enseguida comprendí que aquello iba de algo más que de una cámara. Quizás, después de la infidelidad de Samuel, cualquier pérdida, incluso una material, dolía más de lo habitual.

—Como sigas mirándola así, va a acabar sintiéndose culpable ella —comentó Ainara desde el sofá mientras apagaba la lámpara del salón.

Le dediqué una media sonrisa.

—Todavía estoy en la fase de negación.

—Pues ve pasando a la de aceptación, porque tampoco es un problema tan grave. Hoy has hecho unas fotos increíbles con la otra.

No llegué a responder. En aquel momento llamaron de nuevo a la puerta del bungaló.

Nos miramos.

—¿Quién será a estas horas? —preguntó Ainara en voz baja para no despertar a los niños.

Abrí con cuidado y me encontré a Martín sonriendo en el porche. Llevaba un pantalón de lino blanco, una camisa remangada del mismo color y unas alpargatas de esparto. Detrás de él, el camping estaba precioso, iluminado únicamente por las farolas y las luces cálidas de algunos bungalós.

—Espero no llegar demasiado tarde.

—Depende de lo que vengas a proponernos —respondí.

Martín asomó la cabeza al interior y bajó inmediatamente la voz al ver a los niños dormidos.

—Justo por eso he venido ahora. Esta noche hay una fiesta en la playa. Es el cumpleaños de uno de los chicos del camping y todos los veranos organizan una fiesta ibicenca. Música, hoguera, copas… Pensé que quizás os apetecería venir.

Negué casi antes de que terminara la frase.

—A mí no.

Ainara levantó la mano desde el sofá.

—Yo iría encantada.

—Pues vamos.

Mi hermana señaló a los dos pequeños, profundamente dormidos.

—Tenemos un pequeño inconveniente.

Martín sonrió con aire misterioso.

—También está solucionado.

Las dos lo miramos sin comprender.

Él entró despacio en el bungaló, se acercó primero a Teo y lo levantó en brazos con una facilidad pasmosa. El niño apenas abrió un ojo antes de apoyar la cabeza sobre su hombro y seguir durmiendo como si nada.

—¿Qué haces? —pregunté alarmada.

—El traslado.

Después hizo exactamente lo mismo con Noa, que ni siquiera se despertó.

Ainara y yo permanecimos inmóviles, observando la escena como si acabáramos de perder el hilo de la película.

Martín sonrió.

—El servicio cuesta veinte euros, diez por cada uno.

Fruncí el ceño.

—¿Qué servicio?

—Este.

Movió ligeramente los hombros para señalar a los dos niños dormidos.

—Os llevo el paquete completo.

Ainara soltó una carcajada.

—Creía que los bomberos eran gratuitos para la ciudadanía.

—Lo son.

—¿Entonces?

—Los veinte euros no son para mí.

Nos miró con expresión divertida antes de continuar.

—Hay una chica del camping que se llama Alba y tiene dieciocho años. Es la mayor de cuatro hermanos y todos los veranos monta una especie de guardería improvisada cuando hay fiestas. Se queda con sus hermanos y con los hijos de otros campistas para que los padres puedan salir un rato. Cobra diez euros por niño, les pone una película, les hace palomitas y, cuando se cansan, los acuesta en el bungaló enorme de sus padres. En este caso, ya se los llevamos fritos.

Ainara abrió mucho los ojos.

—Eso es un negocio.

—Y bastante rentable. El año pasado reunió suficiente dinero para sacarse el carnet de conducir solo con las noches de verano.

No pude evitar sonreír.

—¿Y sus padres están de acuerdo?

—Lleva haciéndolo tres años. Los niños la adoran y los pequeños se lo pasan mejor con ella que con nosotros. Además, hay otros dos adolescentes ayudándola. Está todo organizado.

Mi hermana se levantó de un salto.

—Pues entonces no hay nada más que hablar.

Me giré hacia ella.

—Perdona… Sí hay mucho más que hablar.

—No lo hay.

—Ainara, no pienso ir a ninguna fiesta. Estoy agotada.

Mi hermana cruzó los brazos.

—Lo que estás es acobardada, que no es lo mismo. Y no pienso consentírtelo.

—¿Tú y cuántas más no vais a consentírmelo?

—Yo solita.

—Vaya por Dios. Pues resulta que no tengo ganas.

—Las encontrarás cuando lleguemos.

Suspiré.

—Llevo dos días aquí y no encuentro un momento de paz. Ve tú.

—¿Quién quiere paz pudiendo tener guerra? Digo… fiesta —se corrigió, divertida.

Martín seguía sosteniendo a los niños como si pesaran lo mismo que dos almohadas.

—Tu hermana tiene toda la razón. No puedo quitársela.

Lo miré.

—Otro pesado…

—No digo que tengas que bailar encima de una mesa.

—Menos mal.

—Pero una noche de música en la playa nunca ha matado a nadie.

—Eso está por demostrar.

Ainara se acercó a mí con una sonrisa que conocía demasiado bien. Era la que ponía justo antes de convencerme para hacer algo que, en principio, yo no quería hacer.

—Escúchame. Solo un rato. Si no te gusta, nos volvemos.

—¿Y los niños?

Martín levantó ligeramente a Teo, que seguía profundamente dormido.

—Los recuperáis cuando queráis.

Miré a mis sobrinos, completamente ajenos a la conversación.

—No sé…

—Sí sabes —respondió Ainara.

Mi hermana me rodeó los hombros con un brazo y yo guardé silencio, no porque me hubiera convencido, sino porque empezaba a sospechar que terminaría haciéndolo.

Martín aprovechó aquel momento para intervenir.

—Ah… Se me olvidaba un detalle importante.

Las dos lo miramos.

—Hay una norma.

—¿Cuál?

—Todo el mundo tiene que ir vestido de blanco.

Ainara dio una palmada de emoción.

—¡Una fiesta ibicenca!

—Exacto.

Mi hermana desapareció hacia el dormitorio casi corriendo.

—Cinco minutos.

La seguí con resignación.

—Esto es un secuestro emocional.

—Llámalo como quieras.

Abrió la maleta y empezó a sacar vestidos a una velocidad imposible.

—Tú ponte este.

Me lanzó un vestido blanco de tirantes de lo más cuco.

—Ni siquiera recordaba haberlo traído.

—Porque haces las maletas como si fueras a mudarte durante un año y no sabes ni lo que metes.

Mientras ella rebuscaba entre su ropa, terminé cediendo y entré en el baño para darme una ducha rápida. Al salir, Ainara ya estaba frente al espejo intentando decidir entre unos pendientes largos y unos pequeños de plata.

—¿Qué opinas?

—Que tienes demasiados pendientes.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Los pequeños.

—Sabía que elegirías esos.

Nos arreglamos casi al mismo tiempo, compartiendo el espejo diminuto del bungaló, quitándonos el secador de las manos, intercambiando maquillaje y riéndonos.

Hacía mucho que no compartíamos un momento así, sin prisas ni preocupaciones, como cuando éramos adolescentes y nos preparábamos juntas para salir.

Ainara terminó de colocarse un collar fino y me observó de arriba abajo.

—¿Ves?

—¿Qué?

—Estás guapísima.

Negué con la cabeza.

—Estoy simplemente vestida.

—No.

Sonrió con esa ternura que solo tienen las hermanas mayores.

—Empiezas a parecerte otra vez a la Carla de siempre.

No respondí. Me limité a mirarme un instante en el espejo. Todavía no estaba segura de reconocer a aquella mujer, pero quizás, solo quizás, empezaba a dejar de reconocer a la que había sido durante los últimos meses.

Salimos del bungaló unos minutos después. Martín seguía esperando en el porche, con los niños dormidos en brazos y una paciencia que parecía no agotarse nunca. Al vernos aparecer, sonrió satisfecho.

—Ahora sí.

Ainara cerró la puerta.

—¿Nos vamos?

Martín echó a andar por el sendero iluminado mientras nosotras lo seguíamos. La música llegaba ya desde la playa, mezclándose con el rumor del mar y las voces lejanas de decenas de personas. Sobre las dunas, las guirnaldas de luces dibujaban un resplandor cálido que parecía invitar a cualquiera a acercarse.

Respiré hondo mientras caminábamos hacia allí. Seguía convencida de que aquella salida era una mala idea, aunque todavía no sabía que las malas ideas estaban empezando a convertirse en las más frecuentes de aquel verano.

Capítulo 10



Mientras avanzábamos por la pasarela de madera, las guirnaldas de luces se iban haciendo más visibles entre las dunas y el resplandor de varias antorchas dibujaba sombras cálidas sobre la arena.

Ainara y yo caminábamos ligeras, con nuestros vestidos ibicencos. El mío era corto y fresquito, pues dejaba mi espalda al aire. Habría dicho que era sexi de no ser porque, en aquel momento de mi vida, no pretendía resultarlo a los ojos de ningún hombre.

Todo el mundo vestía de blanco y, desde lejos, la escena parecía una fiesta sacada de una película en la que nadie tenía preocupaciones, facturas ni exnovios infieles.

Yo seguía sin estar convencida de que aquello fuera una buena idea, pero Ainara apretaba el paso a mi lado con una sonrisa enorme y Martín avanzaba unos pasos por delante, todavía orgulloso de haber organizado el traslado de los niños como si acabara de resolver una operación de rescate internacional.

No tardé en descubrir que el bombero había omitido un detalle bastante importante.

Una pancarta colgada entre dos postes de madera anunciaba, con letras enormes y rodeadas de globos dorados: «Feliz cumpleaños, Mauro».

Me detuve en seco y giré la cabeza hacia Martín con una lentitud que debería haberle dado tiempo suficiente para empezar a correr.

—No me habías dicho que era su cumpleaños —señalé, cruzándome de brazos mientras Ainara seguía leyendo la pancarta con una sonrisa cada vez más peligrosa.

Martín se llevó una mano al pecho, fingiendo sorpresa.

—¿No?

—No.

—Qué despiste.

—Martín, me dijiste que era el cumpleaños de un chico del camping.

Él terminó soltando una risa y levantó las manos en señal de rendición.

—Si te lo decía, no venías.

—Exacto. Ese era el objetivo.

—Por eso no te lo dije.

Ainara se echó a reír con tantas ganas que varias personas se volvieron a mirarnos.

—No pongas esa cara —dijo, enganchándose a mi brazo antes de que pudiera plantearme regresar al bungaló—. Ya estás aquí, vienes guapísima y tienes delante una fiesta en la playa.

»Fingir que no puedes soportar al cumpleañero durante unas horas tampoco debería exigirte un esfuerzo sobrehumano.

—No estoy fingiendo.

—Mucho mejor. Así todo resultará más auténtico.

Martín me dedicó una sonrisa inocente que no consiguió engañarme ni un segundo.

—Prometo mantenerlo alejado de ti.

—No te creo.

—Haces bien, porque Mauro es muy escurridizo.

—Y muy «asesinable» también.

—Afirmaría que eso es decir demasiado.

—Y yo afirmaría que me he quedado corta.

El grupo de amigos del chiringuito ocupaba varias mesas largas junto a una pequeña tarima de madera.

Habían colocado bandejas con tortilla, empanadas, ensaladas, quesos, platos de pescaíto frito y espetos recién hechos.

En un extremo había cubos de hielo repletos de cerveza y refrescos y, junto a ellos, alguien preparaba mojitos y vasos de sangría con una generosidad que explicaba por qué algunas personas ya bailaban descalzas aunque la noche apenas acabara de empezar.

Nos saludaron al vernos y, antes de que pudiera esconderme detrás de una sombrilla, varios se acercaron para abrazar a Martín y dar la bienvenida a Ainara, que tardó menos de dos minutos en integrarse como si llevara pasando los veranos con ellos desde la infancia.

Mauro apareció desde el otro lado de la mesa, rodeado de amigos que acababan de felicitarlo. Vestía de blanco, como era de esperar, y su camisa llevaba varios botones abiertos, como también era de esperar.

El pelo oscuro estaba algo despeinado por la brisa y llevaba una copa en la mano. Sonreía mientras hablaba con todo el mundo, pero, al verme, cambió de expresión y arqueó una ceja con una mezcla de sorpresa y diversión que me irritó antes incluso de que abriera la boca.

—Vaya, vaya —dijo al acercarse—. Mi náufraga favorita ha venido a mi cumpleaños.

—No sabía que era tu cumpleaños.

Mauro desvió la mirada hacia Martín, que decidió concentrarse en una bandeja de tortilla como si acabara de descubrirla.

—Ah. Entonces entiendo muchas cosas.

—Me han traído mediante engaño —le aclaré.

—Eso hace que tu presencia sea todavía más especial.

—No te emociones. La noche puede acabar mal para ti. No te las prometas tan felices.

Ainara me dio un pequeño golpe con el codo.

—Felicítalo, mujer, no seas seca.

Respiré hondo y miré a Mauro.

—Felicidades —pronuncié con evidente desgana.

—Gracias —respondió con una sonrisa amplia—. ¿Y mi regalo?

—No haber denunciado todavía la muerte de mi cámara ya lo es.

—Eso no parece un regalo.

—También puedo ahogarte. Sería algo más personal.

Mauro se llevó la mano al corazón mientras varios de sus amigos, que habían escuchado el intercambio, empezaban a reír.

—Qué detalle. Nadie se había ofrecido a organizarme una experiencia acuática.

—Yo lo haría gratis y encantada de la vida. ¿Cuándo empezamos?

—Cada vez me caes mejor.

—Y tú a mí cada vez… Mira, paso de ti. No voy a entrar en tu jueguecito infantil.

Lejos de molestarse, soltó una carcajada y me tendió una copa de sangría que acababa de coger de la mesa.

—Toma. Te vendrá bien para soportarme.

—Para eso necesitaría la jarra entera.

—Podemos negociarlo.

Acepté el vaso porque tenía sed y porque negarme habría parecido darle demasiada importancia.

Mauro saludó a Ainara con un beso en cada mejilla, bromeó con Martín por haber secuestrado invitadas y volvió con el resto de sus amigos antes de que yo encontrara otra forma de insultarlo.

Mi hermana esperó a que se alejara para mirarme con una expresión descaradamente divertida.

—No entiendo cómo puedes odiarlo tanto.

—Concentración y constancia.

—Pues él parece encantado.

—Porque no tiene instinto de supervivencia.

La fiesta fue creciendo a medida que llegaba más gente.

Había campistas de todas las edades, trabajadores que habían terminado su turno y amigos que venían desde otros pueblos de la costa.

Alguien sacó una guitarra, otro conectó un altavoz más grande y la música terminó desplazando las conversaciones hacia la arena.

Ainara desapareció en mitad de un grupo que discutía cuáles de los bomberos habían posado de verdad para un calendario y regresó cinco minutos después agarrada del brazo de Rubén y Sergio.

—Tengo información importante —anunció—. Los dos han participado.

Rubén negó con una sonrisa.

—Una sola vez.

—Eso decís todos.

—Fue por una causa benéfica —añadió Sergio.

—Claro. Y seguro que quitarse la camiseta era imprescindible para la recaudación.

—Aumentó bastante las donaciones —reconoció él.

Ainara levantó su vaso.

—Entonces agradecemos vuestro sacrificio por la sociedad.

Yo me tapé la cara mientras todos se reían.

Mi hermana llevaba dos copas y ya había adoptado a medio grupo. En menos de una hora sabía quién estaba soltero, quién se había divorciado, quién cocinaba peor y cuál de los bomberos tenía una cicatriz en un lugar que nadie quiso explicarme con detalle.

Martín se mantenía cerca de nosotras, entrando y saliendo de las conversaciones con ese humor tranquilo que conseguía relajarme incluso cuando yo seguía empeñada en no pasarlo bien.

El único problema era que Mauro aparecía en todas partes. En un momento estaba sirviendo cerveza al fondo de la mesa y, al siguiente, surgía a mi lado para preguntar si seguía viva o si debía prepararse para otro rescate.

Cada vez que se acercaba, yo encontraba una respuesta desagradable y él la recibía con una sonrisa, como si mis intentos de apartarlo fueran parte de un juego que solo él entendía.

—¿Has comprobado la profundidad de tu vaso antes de beber? —me preguntó en una de aquellas apariciones.

—Todavía no, pero, si caigo dentro, prométeme que no me sacarás.

—No puedo hacer promesas que van contra mi formación.

—Entonces aléjate de mí.

—Eso tampoco estaba en el curso.

Me giré hacia Martín.

—¿Siempre es así?

Él miró a Mauro, que ya se alejaba hacia otro grupo.

—Hoy está bastante moderado.

—Estupendo.

—Creo que le caes bien.

—Eso dice muy poco de su criterio.

Un rato después, alguien cambió la música y empezaron a sonar los primeros acordes de una salsa. Varias personas aplaudieron y se levantaron de la arena.

Yo me quedé sentada, convencida de que nadie podía obligarme a bailar, hasta que Ainara me agarró por ambas manos.

—Ni se te ocurra —advertí, clavando los pies en la arena.

—Vamos a hacer una rueda. Cambiamos de pareja cada pocos pasos.

—Yo puedo mirar. No quiero participar en la dichosa rueda de ese engreído.

—No has venido aquí para mirar.

—He venido engañada. Eso limita mucho mis obligaciones.

Martín apareció a mi otro lado y me ofreció una mano.

—Baila conmigo primero. Te prometo no pisarte.

—¿Y si te piso yo?

—Me lo tomaré como una crítica constructiva.

Entre los dos consiguieron levantarme. La gente formó un círculo desordenado sobre la arena y alguien explicó los pasos básicos a quienes no sabían bailar.

Yo recordaba algo de varias clases a las que había asistido años atrás con Samuel, aunque el suelo irregular y la sangría no ayudaban demasiado.

Martín, para mi sorpresa, bailaba bastante bien. Me guiaba sin apretar, se reía cuando perdíamos el ritmo y consiguió que durante unos segundos dejara de pensar en todo lo demás.

—No tienes remedio —le dije después de un giro que casi me hizo chocar contra Sergio.

—Y tú te estás divirtiendo.

—No exageremos.

—Has sonreído tres veces.

—Llevar la cuenta resulta un poco inquietante.

La rueda cambió y terminé frente a Rubén. Después pasé con Diego, que exageró tanto los movimientos de cadera que Ainara acabó doblada de la risa.

Mi hermana bailaba primero con Sergio y luego con Rubén y, en un momento, ambos la sujetaron por los brazos para hacerla girar entre ellos. Ella levantó una pierna, perdió el equilibrio y terminó agarrándose a sus hombros mientras gritaba que aquello superaba cualquier expectativa del calendario.

La escena provocó una carcajada general y me descubrí riendo con los demás, algo que habría negado bajo juramento si alguien me lo hubiera recordado al día siguiente.

Entonces sonó la palmada que indicaba el siguiente cambio y me encontré frente a Mauro.

Mi sonrisa desapareció.

—Qué alegría verte —me soltó, colocando una mano cerca de mi cintura sin llegar a tocarme hasta que yo acepté la posición.

—El sentimiento no es mutuo.

—No hace falta que lo disimules tanto.

Comenzamos a movernos con el resto del círculo. Mauro bailaba incluso mejor que todos los anteriores y eso me molestó de una forma absurda. Se desplazaba con soltura, marcaba el ritmo con seguridad y me guiaba como si llevara años haciéndolo.

Yo mantuve los ojos fijos en su hombro, negándome a mirarlo a la cara.

—Puedes mirarme —comentó—. No muerdo en mi cumpleaños.

—Estoy comprobando si tienes alguna mancha en la camisa.

—¿Y la tengo?

—Todavía no. Pero ahora voy a por la sangría.

Sonrió y me hizo girar. Cuando regresé hacia él, apoyé el pie sobre el suyo con bastante más fuerza de la necesaria.

Mauro soltó un quejido exagerado y se detuvo.

—Creo que me has roto tres dedos.

—Qué mala suerte.

—Ha sido a propósito.

—Demuéstralo.

—Me has mirado al pie antes de pisarme.

—Estaba intentando evitarlo.

—Pues tienes una coordinación terrible.

—O una puntería magnífica.

Él soltó una carcajada y retomó el paso sin quejarse más. Yo esperaba que se apartara o que respondiera con alguna palabra borde, pero siguió bailando como si el ataque hubiera sido una parte prevista de la coreografía.

—Debería pedir una indemnización.

—Descuéntala de la cámara.

—Eso es chantaje.

—Eso es justicia.

—Me gusta más cuando intentas ahogarme.

—Todavía queda noche.

La rueda volvió a cambiar y Martín apareció delante de mí. Mauro me soltó con una inclinación burlona y pasó a bailar con Lucía.

Yo me quedé mirando cómo se alejaba durante un segundo más de la cuenta.

—¿Te ha pisado él a ti o tú a él? —me preguntó Martín.

—Ha sido un accidente.

—Claro.

—No pongas esa sonrisa.

—No estoy sonriendo.

—Todos sois insoportables.

Martín me hizo girar con suavidad.

—Y tú estás bastante menos enfadada de lo que quieres aparentar.

No contesté. Preferí concentrarme en el baile, en la música y en la imagen de Ainara intentando seguir el ritmo entre dos chicos mientras explicaba que la maternidad le había dado unas caderas estupendas, pero ninguna oportunidad de utilizarlas.

A esas alturas, la fiesta ya era un caos maravilloso. Había gente descalza junto a la orilla, otros cantaban alrededor de una guitarra y alguien había empezado a repartir trozos de tarta en platos de cartón.

Cada vez que el viento levantaba arena sobre la comida, todos se limitaban a sacudirla y seguir comiendo.

Mauro apareció de nuevo cuando yo estaba hablando con Martín cerca de la mesa de bebidas. Traía una porción de tarta con una vela encendida y la colocó frente a mí.

—Pide un deseo por mí.

—Deseo que te alejes.

—Ese ya sabes que no se cumple.

Soplé la vela para que dejara de gotear cera sobre el pastel.

—Ya está.

—¿Qué has pedido?

—Que mañana te duela el pie.

Mauro se miró los zapatos.

—Empieza a dolerme ahora.

—Entonces funciona.

Martín negó con la cabeza, riéndose.

—Los dos tenéis cinco años.

—Yo no he empezado —protesté.

—Eso dicen todos los niños —respondió Mauro antes de llevarse un trozo de tarta a la boca.

La noche siguió avanzando entre canciones, bromas y copas que alguien rellenaba antes de que pudiera terminarlas.

Yo seguía diciéndome que no quería estar allí, aunque ya no sabía muy bien por qué. Había bailado con Martín, discutido con Mauro, reído con mi hermana y descubierto que una fiesta llena de desconocidos podía resultar menos agotadora que una noche sola pensando en Samuel.

En un momento dado, Ainara se acercó y apoyó la cabeza en mi hombro, algo achispada y muy feliz.

—Admítelo —dijo—. Te lo estás pasando bien.

Miré alrededor. Martín hablaba con Rubén junto a la mesa. Mauro bailaba con una mujer mayor que le daba órdenes como si fuera su profesora. La música seguía sonando y el mar avanzaba y retrocedía a pocos metros de nosotros.

—No está siendo horrible —concedí.

Mi hermana levantó la cabeza.

—En tu idioma eso equivale a la mejor noche del año.

—No exageres.

—Carla, llevas sonriendo media hora.

—Es la sangría.

—Pues bendita sangría…

Me rodeó con un brazo y me llevó otra vez hacia la pista improvisada antes de que pudiera protestar.

Me dejé arrastrar, convencida de que solo bailaría una canción más. Luego otra y quizás una tercera.

A lo lejos, Mauro volvió a cruzar la mirada conmigo y levantó su copa a modo de saludo. Yo señalé su pie para recordarle el pisotón.

Él respondió llevándose una mano al corazón y, aunque jamás lo habría reconocido en voz alta, tuve que contener una sonrisa.

Ese imbécil había sido el motivo de que la gente organizara una fiesta que me hizo olvidarme de todos mis males por una noche.

Y sí, la sangría tenía que ver con ello, pero también pesaba el hecho de estar lejos de Madrid, viviendo el verano en la playa gaditana de aquella particular manera.

Capítulo 11



Había descubierto el acantilado la tarde anterior, mientras revisaba uno de los mapas que me habían entregado en recepción.

En el folleto apenas aparecía señalado como un mirador natural al final de un sendero costero, pero la diminuta fotografía que acompañaba la descripción bastó para convencerme.

Desde allí se veía buena parte de la costa, el faro, la línea blanca de la playa y, más atrás, los tejados de los bungalós asomando entre los pinos.

Si conseguía llegar a primera hora, antes de que el sol estuviera demasiado alto, podría sacar una de esas imágenes capaces de justificar por sí solas un reportaje entero.

Salí del camping poco después del desayuno con mi otra cámara colgada al cuello, el trípode a la espalda y una botella de agua metida en la mochila.

El sendero ascendía entre pinos bajos y matorrales que olían a sal, romero y tierra caliente. A un lado se extendía el mar; al otro, una sucesión de pequeñas colinas cubiertas de vegetación.

Caminé durante casi cuarenta minutos sin cruzarme con nadie, agradeciendo aquella tranquilidad. Después de aquellos días compartiendo bungaló con Ainara, Teo y Noa, el silencio se había convertido en una experiencia casi religiosa.

Había dejado a los mellizos discutiendo sobre quién había escondido una zapatilla dentro del frigorífico y a mi hermana intentando averiguar si debía enfadarse o felicitarlos por su originalidad. Alejarme de allí durante unas horas no era trabajo, sino supervivencia.

Cuando alcancé la parte alta del sendero, el paisaje se abrió de golpe. El acantilado caía casi en vertical hacia una cala estrecha de agua azul, protegida por paredes claras que reflejaban la luz. Más allá, el mar parecía no terminar nunca.

El faro se alzaba a la derecha y, en la distancia, podía distinguirse el camping como un pequeño oasis verde junto a la costa.

Me quedé unos segundos quieta, olvidándome incluso de la cámara. Aquello era exactamente lo que había venido a buscar.

Elegí una zona segura a varios metros del borde y desplegué el trípode. Probé distintos objetivos, ajusté la exposición y esperé a que unas nubes finas se desplazaran lo suficiente para suavizar el contraste.

El viento era más fuerte allí arriba y me obligaba a sujetarme el pelo cada pocos segundos, pero la luz compensaba cualquier incomodidad.

Hice varias tomas del faro, otras de la cala y una panorámica en la que el mar ocupaba casi todo el encuadre.

Estaba agachada revisando las fotografías cuando escuché voces a mi espalda.

Cerré los ojos durante un instante. Por supuesto. Demasiada tranquilidad habría resultado sospechosa.

Me incorporé y vi aparecer por el sendero a un grupo cargado con mochilas, cuerdas, cascos y arneses. Reconocí primero a Rubén y a Sergio; después, a Martín, que caminaba delante con una cuerda enrollada sobre un hombro. Los había oído hablar de sus salidas de escalada, aunque no imaginaba que utilizaran precisamente aquella zona.

Pensé en fingir que no los había visto. Entonces apareció Mauro.

Llevaba una camiseta gris sin mangas, un pantalón técnico oscuro y una mochila enorme a la espalda. No esperaba encontrarme con ninguno de ellos, pero mucho menos con él, porque lo imaginaba trabajando en el camping.

El pelo se le revolvía con el viento y unas gafas de sol ocultaban sus ojos. Fuera del camping, sin bañador rojo ni silbato, parecía otra persona. Más serio, quizás. Menos pendiente de llamar la atención. Caminaba junto a un chico que no conocía, explicándole algo sobre el material que llevaba en las manos.

Martín me descubrió antes de que pudiera decidir si saludar o saltar por el acantilado.

—¡Carla!

Levanté una mano con resignación.

El grupo se acercó y Martín observó el trípode con una sonrisa.

—Sabía que terminarías viniendo aquí.

—¿Por qué?

—Porque es el mejor sitio de la zona para hacer fotos.

—Podrías haberme avisado de que también era el lugar de reunión de una excursión organizada.

Rubén soltó una risa mientras dejaba su mochila en el suelo.

—Tranquila. No vamos a estropearte mucho el paisaje.

—Eso está por ver.

Mauro se quitó las gafas de sol y dirigió la mirada hacia la cámara.

—¿Es nueva?

—Es la otra. Siempre llevo una de repuesto.

—¿La anterior no ha aprendido a nadar?

Lo miré sin sonreír.

—Qué alegría comprobar que sigues siendo igual de gracioso en tu día libre. ¿O es que te han echado?

—Y tú igual de agradecida. Y no, no has tenido esa suerte. Solo es mi día libre. ¿Quién en su sano juicio me dejaría escapar?

—¿De verdad quieres que te conteste a eso?

Martín negó con la cabeza mientras empezaba a descargar el material.

—¿Podéis dejar de discutir durante cinco segundos? Tenemos un compañero nuevo y no quiero que piense que esto es normal.

—Esto es completamente normal —aclaró Sergio—. Lo raro sería que se saludaran con educación.

El chico que acompañaba a Mauro soltó una risa algo nerviosa. Tendría poco más de veinte años y llevaba el casco puesto antes incluso de acercarse a la pared, como si temiera que el acantilado pudiera atacarlo por sorpresa.

—Él es Adrián —explicó Martín—. Es su primera salida con nosotros.

—Y probablemente la última si seguís con estos malos rollos. Creo mucho en las vibraciones y las que transmitís no son precisamente buenas —añadió el muchacho.

Mientras ellos preparaban las cuerdas, regresé a mi cámara con la intención de seguir trabajando. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de que fotografiar el paisaje con cinco escaladores entrando y saliendo del encuadre iba a resultar complicado. Martín debió de leerme el pensamiento, porque se acercó hasta donde estaba.

—Ya que estás aquí, podrías hacernos algunas fotos.

—He venido a fotografiar la costa.

—La costa no se va a mover.

—Vosotros tampoco parecéis demasiado rápidos.

—Eso es porque todavía no has visto a Mauro subir. Parece una cabra montesa. Vas a alucinar.

—A mí más bien me parece un cabrón…

—No seas injusta, es buen tío.

—¿En esta vida? Creo que no hablamos del mismo Mauro.

Giré la cabeza hacia él. Estaba ayudando a Adrián a colocarse el arnés y revisaba las hebillas una por una. No bromeaba ni se pavoneaba. Le explicaba cada gesto con calma y lo obligaba a repetir la comprobación hasta asegurarse de que lo había entendido.

—No necesito verlo —le aseguré.

Martín sonrió.

—Claro que no. Pero haznos esas fotos, por favor.

Intenté mantenerme firme durante otros dos minutos. Después, Rubén apareció diciendo que unas fotografías profesionales les vendrían genial y Sergio prometió invitarme a una cerveza. Terminé aceptando con la condición de que no se acercaran a menos de dos metros de la cámara.

—Especialmente él —añadí, señalando a Mauro.

—Hoy no hay agua cerca —respondió sin levantar la vista del nudo que estaba revisando—. Tu equipo debería sobrevivir.

—Perdona si no me doblo en dos de la risa, pero es que no me haces ninguna gracia.

—Pues eres la única con la que me ocurre —soltó, y volví a odiarlo.

Me situé en una zona lateral desde la que podía ver la pared y parte del mar. La roca tenía tramos verticales, pequeñas grietas y salientes que apenas parecían suficientes para apoyar los dedos.

Martín subió primero para colocar parte de la vía y comprobar los anclajes. Lo fotografié mientras avanzaba con seguridad, deteniéndose de vez en cuando para mirar hacia abajo y dar alguna indicación.

Después fue el turno de Adrián.

El chico empezó bien, pero, a mitad de la pared, se quedó bloqueado. Desde mi posición podía ver cómo respiraba cada vez más deprisa, pegado a la roca y sin atreverse a mover una mano. Los demás dejaron de bromear de inmediato.

Mauro, que estaba asegurándolo desde abajo, alzó la cabeza.

—Adrián, mírame.

—No puedo.

—Sí puedes. Baja la vista solo hasta donde estoy yo, nada más.

El muchacho obedeció con dificultad.

—No encuentro dónde poner el pie.

—Lo tienes a la derecha. Un poco más abajo de la rodilla.

—No lo veo.

—No hace falta que lo veas. Tócalo con la punta.

Adrián movió el pie, pero volvió a quedarse quieto.

—No puedo seguir.

—No tienes que seguir ahora. Solo tienes que respirar.

Mauro mantuvo la voz baja y firme, sin perder la paciencia. Le pidió que soltara una mano, que descansara el brazo y que confiara en la cuerda.

Durante varios minutos no ocurrió nada. Ninguno de sus amigos hizo bromas ni intentó apurarlo. Yo bajé la cámara porque me pareció un momento demasiado íntimo para fotografiarlo.

Mauro siguió hablando con él hasta que consiguió moverse. Primero un pie, luego una mano y después otro paso. Cuando Adrián alcanzó la zona más sencilla, todos lo animaron y terminó llegando arriba entre gritos y aplausos.

—Pensé que se quedaría bloqueado —comenté cuando Mauro pasó junto a mí para recoger su casco.

—Se quedó bloqueado.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Casi todo el mundo puede seguir si deja de pensar en toda la pared y se concentra en el siguiente punto de apoyo.

Me miró un instante antes de ponerse el casco.

—También sirve fuera de la escalada.

No supe si aquello iba por mí o si simplemente era una de esas frases que él soltaba sin pensar. Antes de que pudiera preguntárselo, se acercó a la pared y comenzó a subir.

Martín no había exagerado.

Mauro escalaba con una soltura que hacía parecer fácil lo que acababa de ver sufrir a Adrián. No se movía deprisa, pero cada gesto era preciso. Elegía los apoyos sin vacilar, distribuía el peso con una agilidad casi elegante y avanzaba por la roca como si conociera cada grieta.

No había nada exhibicionista en su forma de hacerlo. Ni siquiera miraba hacia abajo para comprobar si lo observábamos. Estaba concentrado en la pared, en el siguiente movimiento y en la cuerda.

Le hice varias fotografías sin pensar demasiado en ello. Una desde abajo, con el cielo abierto detrás; otra cuando quedó suspendido junto a un saliente; una tercera en la que giró la cabeza y el viento le apartó el pelo de la frente. El resultado era irritantemente bueno.

—Es fotogénico el condenado —comentó Sergio a mi lado.

—La luz ayuda.

—Claro.

—Y el paisaje.

—Por supuesto.

—Y que se esté quieto cinco segundos seguidos.

Sergio sonrió, pero tuvo el buen juicio de no insistir.

Cuando Mauro descendió, el grupo se reunió alrededor de la cámara para ver algunas imágenes.

Yo no solía enseñar el material antes de editarlo, aunque terminé cediendo ante la insistencia general.

Rubén y Sergio reaccionaron con entusiasmo a cada fotografía. Adrián se quedó mirando la imagen en la que aparecía a pocos metros de alcanzar la parte alta de la vía.

—No parece que estuviera muerto de miedo.

—Eso es porque una fotografía también puede mentir —respondí.

—Pues esta miente muy bien.

Mauro permaneció algo apartado hasta que Martín le pidió que mirara una de sus imágenes. Se acercó y se inclinó sobre la pantalla sin rozarme.

—Esa es buena —dijo.

—Ya lo sé.

—Podrías fingir modestia.

—Podrías fingir sorpresa.

Pasó a la siguiente fotografía y su expresión cambió. Era una toma en vertical, con él a mitad de la pared, el mar detrás y una gaviota cruzando el cielo justo por encima.

—Esta es impresionante.

Esperé alguna broma, pero no llegó.

Mauro observó la pantalla durante unos segundos y después me miró.

—Eres impresionante.

El comentario me descolocó más de lo que debería. No porque nadie me hubiera elogiado antes, sino porque lo dijo sin ironía, sin esa sonrisa provocadora que utilizaba siempre conmigo. Parecía hablar completamente en serio.

—Gracias —respondí casi por reflejo.

Mauro levantó las cejas.

—¿Me acabas de dar las gracias?

—No te acostumbres.

—Voy a anotarlo. Es un momento histórico.

Ahí estaba otra vez.

Aparté la cámara y empecé a guardar el equipo mientras los demás desmontaban las cuerdas. El sol ya había subido bastante y el viento arrastraba el olor del mar hasta la cima.

Martín se acercó para ofrecerme ayuda con el trípode, pero, antes de que pudiera aceptarla, Mauro lo cogió y lo colgó de su mochila.

—Puedo llevarlo yo.

—No necesito que me lleves nada.

—Lo sé.

—Entonces déjalo.

—También sé que el sendero de bajada es bastante incómodo.

—He subido sola.

—Y ahora bajas con nosotros.

Lo dijo sin darle importancia, como si no estuviera sugiriendo nada extraordinario. Podría haber insistido. Debería haberlo hecho. Sin embargo, el trípode pesaba y todavía tenía varios objetivos en la mochila, así que decidí reservar mi dignidad para asuntos más urgentes.

Empezamos a descender en grupo. Martín caminó a mi lado durante el primer tramo, preguntándome por el reportaje y comentando que quizás podrían organizar otra salida para que fotografiara una ruta más larga.

Hablaba con esa cercanía tranquila que me hacía sentir cómoda. Con él todo era sencillo. No tenía que estar preparada para un comentario inesperado ni para una discusión. Quizás por eso me sorprendí pensando que no me importaría pasar más tiempo a solas con él.

Mauro avanzaba unos metros por delante, cargado con parte de las cuerdas y con mi trípode sujeto a la mochila.

Cada vez que el sendero se estrechaba, se detenía para ayudar a Adrián o advertirnos de alguna piedra suelta. Ni una sola vez hizo referencia a que estaba transportando mi equipo; esperaba agradecimiento o aprovechó para recordarme que me estaba haciendo un favor.

Aquello resultaba mucho más inesperado que sus bromas. Era sencillo mantener una mala opinión sobre alguien cuando se comportaba como una esperaba. Lo complicado empezaba cuando, sin previo aviso, dejaba de encajar en el papel que yo le había asignado.

Al llegar a una bifurcación, Mauro se detuvo y esperó a que lo alcanzáramos.

—El camino de la derecha es más corto, pero tiene bastante pendiente —explicó—. El otro da un rodeo y llega cerca del camping.

—El corto —respondí.

—No me sorprende.

—¿Qué significa eso?

—Que pareces de las que prefieren bajar por el sitio difícil antes que admitir que están cansadas.

—Y tú pareces de los que hablan sin que nadie se lo pida.

Mauro sonrió.

—Ya echaba de menos esto.

Pasó a mi lado y empezó a bajar por el sendero más empinado.

Lo seguí después de unos segundos, todavía molesta por lo fácil que le resultaba provocarme. Sin embargo, cuando llegamos a la parte baja y me devolvió el trípode con cuidado, no pude evitar recordar cómo había ayudado a Adrián, la paciencia con la que había revisado cada cuerda y la sinceridad con la que había elogiado mi trabajo.

Quizás Mauro Santamaría no fuera exactamente el idiota que yo había decidido que era.

Lo cual, en lugar de tranquilizarme, me pareció un problema mucho mayor.

Capítulo 12



Unos días después, todo empezó de una forma tan tonta que, durante los primeros minutos, nadie pensó que se tratara de una desaparición.

Teo y Noa llevaban toda la mañana entrando y saliendo del bungaló, apareciendo de repente con cubos, palas, mapas dibujados a mano y objetos que recogían del suelo y calificaban como tesoros.

A esas alturas, yo había dejado de preguntar de dónde sacaban cada cosa. Mientras no fueran animales vivos, pertenencias ajenas o partes esenciales de alguna instalación eléctrica, había decidido aplicar una política de tolerancia razonable.

Ainara estaba sentada en el porche, hablando por teléfono con una compañera de la clínica, y yo revisaba en el ordenador las fotografías del acantilado.

Todavía me molestaba admitir que las mejores imágenes de aquella mañana eran las de Mauro escalando. La luz, la pared de roca y el mar habían hecho casi todo el trabajo, me repetía cada vez que ampliaba una de ellas. Que él tuviera un cuerpo jodidamente fotogénico y se moviera delante de la cámara con una naturalidad insultante no significaba absolutamente nada.

—¿Dónde están los niños? —me preguntó Ainara al terminar la llamada.

No levanté la vista de la pantalla.

—Jugando.

—Eso ya lo sé. Pregunto dónde.

Giré la cabeza hacia el sendero. Sus bicicletas estaban tiradas junto a un árbol, las pistolas de agua descansaban sobre la barandilla y uno de los cubos aparecía volcado cerca de la puerta.

No escuchaba sus voces, pero aquello tampoco me alarmó. El silencio, tratándose de Teo y Noa, podía significar una catástrofe o un milagro. A veces ambas cosas eran difíciles de distinguir.

—Estarán detrás del bungaló —respondí—. Hace un rato estaban construyendo una base secreta.

Ainara se incorporó y rodeó la pequeña construcción llamándolos por su nombre. Regresó al cabo de un minuto, todavía tranquila, aunque con el ceño algo fruncido.

—No están.

—Mira en el parque.

—Creía que los vigilabas tú.

—Y yo creía que los vigilabas tú.

Nos miramos durante unos segundos. Ninguna quería ser la primera en reconocer que, en realidad, ambas habíamos supuesto que estaban con la otra.

No era algo tan grave. Los niños conocían ya buena parte del camping, se movían de un bungaló a otro y habían hecho amigos desde el primer día. Aun así, cerré el ordenador y me puse en pie.

—Seguro que están con los niños de la parcela de al lado.

No estaban allí.

Tampoco se encontraban en el pequeño parque junto al supermercado, en las pistas deportivas ni en la zona de animación infantil.

Preguntamos a varios campistas que los conocían y todos respondieron que los habían visto, aunque ninguno sabía precisar dónde estaban en aquel momento.

Un hombre aseguró haberlos visto cerca de la piscina. Una niña dijo que Noa le había hablado de una expedición. Un niño con un flotador de cocodrilo afirmó que Teo se había marchado hacia «la zona prohibida», pero, cuando le preguntamos cuál era, señaló en tres direcciones distintas.

Todavía no estaba preocupada. No de verdad. Estaba molesta, nerviosa y convencida de que, cuando aparecieran, les daría una charla capaz de arruinarles las vacaciones hasta la mayoría de edad. Ainara, en cambio, había empezado a caminar más deprisa.

—Voy a mirar en la piscina —me dijo—. Tú revisa el miniclub y la playa.

—Ainara, no pueden haber ido muy lejos.

—Ya lo sé.

Lo dijo demasiado rápido.

Recorrí el camino hasta el miniclub llamándolos a voces. La monitora me aseguró que no habían pasado por allí en toda la mañana.

En la piscina infantil había decenas de niños, flotadores, gritos y chapoteos, pero ninguno de aquellos cuerpos pequeños y morenos era Teo ni Noa. Me acerqué al borde, observé la zona más profunda y sentí el primer latigazo de miedo.

No fue un pensamiento completo, solo una imagen breve y cruel que aparté de inmediato.

Pregunté al socorrista encargado, que no era Mauro, y negó haberlos visto. Después bajé hacia la playa, mirando detrás de cada sombrilla y entre los grupos que jugaban junto a la orilla.

El mar estaba tranquilo. Había familias, parejas, niños construyendo castillos y adolescentes lanzándose un balón. Ninguno era de los nuestros.

Cuando regresé al camping, Ainara me esperaba frente a recepción. Había perdido el color de la cara.

—No están.

—En la playa tampoco.

—He vuelto al bungaló. Sus mochilas tampoco están.

Aquello cambió por completo la situación.

Hasta entonces podía imaginar que se habían entretenido a cincuenta metros, que habían seguido a otros niños o que se habían escondido para gastar una broma.

Pero Teo y Noa no salían con sus mochilas por casualidad. Las utilizaban cuando jugaban a exploradores, cuando preparaban expediciones o cuando decidían que necesitaban provisiones para ir hasta el fin del mundo, que, en su caso, solía quedar detrás de la lavandería.

—¿Qué llevaban dentro? —le pregunté.

—No lo sé. Agua, galletas, juguetes… Carla, ¿y si han salido del camping?

—No han podido cruzar la barrera sin que alguien los viera.

—¿Y si se han ido por la playa?

—Vamos a encontrarlos.

No sabía si estaba intentando tranquilizarla o convencerme a mí misma.

La recepcionista avisó al responsable del camping, que puso en marcha el protocolo de búsqueda con una rapidez que me impresionó y me asustó a partes iguales.

Cerraron las salidas, avisaron al personal de mantenimiento y pidieron por megafonía que los niños se acercaran a recepción si escuchaban el mensaje. La voz recorrió todo el recinto y se perdió entre los pinos.

Teo y Noa no aparecieron.

Algunos campistas empezaron a ayudarnos. Martín llegó corriendo desde la zona de bungalós cuando alguien le contó lo ocurrido. No hizo preguntas inútiles ni intentó decirnos que mantuviéramos la calma. Se limitó a pedir una descripción de la ropa que llevaban y comenzó a organizar a varias personas para revisar las zonas por grupos.

—Rubén y Sergio van hacia las pistas y los almacenes. Yo revisaré la zona del pinar con dos trabajadores. Vosotras quedaos cerca de recepción por si vuelven —indicó.

—No voy a quedarme aquí —respondió Ainara.

Martín la miró durante unos segundos y asintió.

—Entonces vienes conmigo. Carla, revisa otra vez la zona de la playa con Lucía. No vayáis solas y llevad los móviles con sonido.

Empezábamos a separarnos cuando apareció Mauro. Llevaba el uniforme de socorrista, el pelo húmedo y una expresión que no se parecía en nada a la que usaba conmigo. No había sonrisa, bromas ni rastro de aquella provocación constante que tanto me fastidiaba.

—¿Cuánto tiempo llevan sin aparecer? —preguntó.

—No lo sabemos exactamente —respondió Ainara con la voz rota—. Quizá media hora. Puede que más.

Mauro se acercó a ella.

—¿Qué llevaban puesto?

Se lo explicamos. Después preguntó si habían desaparecido alguna vez antes, si tenían miedo a algún animal, si conocían los caminos y si alguna vez habían hablado de salir del camping. Ainara respondía a trompicones mientras yo intentaba reconstruir la mañana.

—Estaban jugando a los exploradores —le dije—. Llevaban mapas. Dibujaban cruces y rutas, pero pensé que era uno de sus juegos.

—¿Qué mapas?

—Del camping. Uno de los que dan en recepción.

Mauro frunció el ceño.

—¿Han preguntado por algún sitio concreto estos días?

Negué con la cabeza. Ainara también. Martín se quedó pensando.

—Ayer Teo me preguntó si desde el faro se veía África —recordó.

Mauro levantó la vista.

—A mí Noa me preguntó por el antiguo sendero de vigilancia.

—¿Qué sendero? —pregunté.

—Hay un camino viejo que sale cerca de las dunas y llega a una caseta abandonada. Antes se utilizaba para vigilar la costa. Está fuera de la ruta habitual y casi nadie va porque la vegetación ha cubierto parte del acceso.

Sentí que se me aflojaban las piernas.

—¿Es peligroso?

Mauro no respondió de inmediato y aquel silencio fue peor que cualquier explicación.

—Tiene zonas estrechas y una parte pasa cerca del acantilado, aunque hay una valla. Si han seguido el mapa hasta el faro, podrían haber visto la señal del sendero.

Ainara se llevó una mano a la boca.

—Dios mío.

—No sabemos si están allí —dijo él con voz firme—. Solo es una posibilidad. Yo voy al sendero.

—Voy contigo —le dije.

—No.

—Son mis sobrinos.

—Precisamente. No conoces el camino y ahora mismo no estás en condiciones de moverte por una zona complicada.

—No vas a dejarme aquí.

Mauro me sostuvo la mirada. Durante un segundo pensé que discutiríamos como siempre, pero no lo hizo. Se quitó el silbato del cuello y se lo entregó a otro trabajador.

—Entonces no te apartes de mí y haz exactamente lo que te diga.

No respondí. Eché a andar detrás de él antes de que pudiera arrepentirse.

Seguí a Mauro por el sendero que atravesaba las dunas, intentando mantener su ritmo mientras llamábamos a los niños. El sol caía con fuerza, la arena se hundía bajo mis zapatillas y el aire parecía haberse vuelto demasiado espeso.

Mauro avanzaba deprisa, pero no corría. Cada pocos metros se detenía para observar el suelo, las ramas y cualquier señal de paso reciente.

—¿Qué buscas? —pregunté.

—Huellas, envoltorios, ramas rotas. Cualquier cosa.

—Son dos niños, no fugitivos.

—Los niños dejan más pistas que los fugitivos.

Seguimos andando. A lo lejos se escuchaban las voces de otros grupos de búsqueda, pero cada vez quedaban más apagadas. El sendero principal se estrechó hasta convertirse en una franja de tierra entre matorrales. Mauro apartaba las ramas para que yo pudiera pasar y me advertía de los desniveles sin volverse.

—Los encontraremos —dijo en un momento dado.

—No puedes saberlo.

Se detuvo y se giró hacia mí.

—No te estoy prometiendo algo que no sé. Te estoy diciendo que vamos a seguir hasta encontrarlos.

Quise contestarle, pero no pude. Notaba un nudo tan fuerte en la garganta que apenas respiraba. Durante la búsqueda me había obligado a pensar en tareas concretas: mirar, preguntar, caminar, llamar. Si me detenía a imaginar lo que podía haberles ocurrido, me derrumbaría.

Mauro observó mi cara y bajó un poco la voz.

—Carla, mírame.

Lo hice.

—No te adelantes a lo que sabemos. Ahora mismo solo tenemos dos niños que han salido a explorar y no han sabido regresar. Nada más.

—¿Y si hay algo más?

—Entonces nos ocuparemos cuando llegue. No antes.

Era casi lo mismo que le había dicho a Adrián en el acantilado. Un paso, un apoyo, un problema cada vez.

Continuamos. A los pocos minutos, Mauro se agachó junto a un arbusto y recogió algo del suelo. Era un envoltorio de galletas con dibujos de dinosaurios.

—Estas son de Teo —le dije.

—¿Seguro?

—Las lleva a todas partes. Ainara compra paquetes enteros porque dice que son las únicas que no desmenuza dentro del coche.

Mauro miró el camino y señaló hacia la derecha.

—Han pasado por aquí.

El miedo volvió, pero esta vez venía acompañado de una dirección. Apuramos el paso.

El sendero subía hacia una zona de pinos bajos y desembocaba cerca de una antigua caseta blanca, medio cubierta por la vegetación. La puerta estaba cerrada. Alrededor no había nadie.

—¡Teo! —grité—. ¡Noa!

Solo respondió el viento.

Rodeamos la caseta y encontramos un pequeño camino que descendía hacia una hondonada protegida del mar. Mauro se detuvo. En el suelo había varias piedras colocadas formando una flecha.

—Eso lo han hecho ellos —le aseguré.

—Parece que querían marcar el camino de vuelta.

—Pues no les ha salido demasiado bien.

La voz se me quebró al final. Mauro no dijo nada. Se limitó a seguir la dirección de la flecha.

El terreno se volvió más irregular. A ambos lados crecían arbustos altos y apenas veíamos unos metros por delante. Yo llamaba sus nombres hasta quedarme sin voz.

En un momento dado, tropecé con una raíz y Mauro me sujetó por el brazo antes de que cayera.

—Ten cuidado.

—Estoy bien.

—No lo estás.

—No necesito que me lo recuerdes.

Unos minutos después escuchamos un ruido, algo parecido a un golpe metálico. Mauro levantó una mano para pedirme silencio.

—¿Lo has oído?

Asentí.

Esperamos. El sonido se repitió.

Esta vez llegó acompañado de una voz.

—¡Te he dicho que no le des tan fuerte!

Noa.

Eché a correr.

Mauro me llamó, pero no me detuve. Aparté las ramas con las manos y salí a un pequeño claro donde había una estructura de madera abandonada, quizás los restos de un antiguo observatorio.

Teo estaba golpeando una lata con un palo, mientras Noa se agachaba frente a un cubo lleno de conchas, piedras y algo que se movía.

Los dos levantaron la cabeza al verme.

—¡Tata! —gritó Teo con una sonrisa—. ¡Os estábamos buscando!

Me quedé completamente paralizada.

Durante un instante fui incapaz de moverme, hablar o respirar. Después corrí hacia ellos y los abracé con tanta fuerza que ambos protestaron.

—¡Nos aplastas! —se quejó Noa.

—¡No podíais marcharos así! —grité sin soltarla—. ¡No podíais desaparecer sin decir nada!

—No hemos desaparecido —respondió Teo, desconcertado—. Estábamos en una expedición.

—¡Llevamos un buen rato buscándoos!

—Pero dejamos flechas —explicó Noa, como si aquello resolviera cualquier problema—. Una se cayó y luego no sabíamos por dónde volver, así que decidimos esperar.

Miré el cubo.

Dentro había tres cangrejos pequeños que intentaban trepar unos sobre otros.

—Hemos encontrado un tesoro —anunció Teo.

—Eso no es un tesoro.

—Para ellos sí —dijo Mauro a mi espalda.

Me giré. Estaba de pie a pocos metros, respirando con fuerza y hablando por teléfono con Martín, que estaba con mi hermana.

—Están bien —informó—. Los hemos encontrado en la antigua caseta. Avisad a todos. Sí, están los dos bien.

Al escuchar aquellas palabras, algo dentro de mí se rompió. Hasta entonces había mantenido el miedo apartado mediante la acción, pero ya no tenía que buscar, correr ni pensar. Me temblaron las piernas de golpe.

Mauro guardó el teléfono y se acercó.

—Carla.

Intenté decir que estaba bien, pero no llegué a pronunciarlo. Di un paso hacia él y terminé apoyándome contra su pecho como si mi cuerpo hubiera tomado la decisión sin consultarme.

Mauro me sujetó de inmediato. Una mano se cerró alrededor de mi espalda y la otra se apoyó en mi nuca, sin apretar, manteniéndome en pie mientras yo intentaba controlar la respiración.

No hizo ninguna broma. No dijo que exageraba. No me recordó que había tenido razón.

—Ya está —murmuró—. Están bien.

Cerré los ojos. Olía a sal, a sol y a la tela limpia de su camiseta. Notaba los latidos de su corazón bajo la mejilla, rápidos a pesar de la calma que había mantenido durante toda la búsqueda.

—Creía que… —Empecé, pero la voz se me quebró.

—Lo imagino.

Permanecimos así unos segundos más. Quizás fueron muchos. No podía saberlo.

Cuando conseguí apartarme, evité mirarlo a los ojos. Me sentía agotada, avergonzada y aliviada hasta el dolor.

Mauro no hizo ningún comentario. Se agachó frente a los niños y adoptó una expresión seria.

—Escuchadme bien. Habéis asustado a todo el camping.

Teo bajó la mirada.

—Solo queríamos explorar.

—Explorar está bien. Marcharse sin avisar, no. Si queréis venir aquí, tiene que ser con un adulto. Hay caminos peligrosos y nadie sabía dónde estabais.

Noa apretó el asa del cubo.

—¿Mamá está enfadada?

—Está asustada. Y eso es peor.

Los dos se miraron con culpa.

Regresamos despacio. Mauro llevaba el cubo de los cangrejos y a Teo sobre los hombros cuando el niño dijo que le dolían las piernas.

Yo caminaba de la mano de Noa, que no paraba de preguntar si podrían quedarse con el tesoro. No tenía fuerzas para explicarle que los cangrejos no eran animales domésticos.

A mitad del sendero vimos aparecer a Ainara y Martín corriendo hacia nosotros.

Mi hermana gritó los nombres de los niños y se arrodilló para abrazarlos en cuanto los tuvo cerca. Primero lloró. Después los besó. Luego empezó a regañarlos sin dejar de abrazarlos, mezclando amenazas, preguntas y declaraciones de amor en una misma frase.

Martín se acercó a Mauro y le apretó el hombro.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir aquí?

—Por las preguntas que habían hecho. Y por el mapa.

Ainara levantó la vista desde el suelo.

—Gracias.

Mauro negó con la cabeza.

—No tienes que darme las gracias. Lo importante es que están bien.

Su camiseta estaba sucia, tenía un arañazo en el brazo y el pelo pegado a la frente. No había nada del socorrista chulo que yo había creído conocer ni del hombre que parecía tener una frase preparada para cada mujer. Solo veía a alguien que había pensado cuando todos los demás estábamos demasiado asustados para hacerlo.

Mauro se dio cuenta de que lo miraba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí.

—Sí.

—¿Seguro?

Por primera vez, la pregunta no me molestó.

—Ahora sí.

No añadí nada más. Tampoco él.

Mientras regresábamos al camping rodeados por el resto de las personas que habían participado en la búsqueda, comprendí que algo había cambiado. No de una forma espectacular ni definitiva.

Seguía pensando que Mauro era provocador, desesperante y demasiado consciente del efecto que causaba. Pero ya no podía seguir llamándolo perfecto idiota y creer de verdad que aquello lo resumía.

Había visto lo que hacía cuando las cosas dejaban de ser un juego.

Capítulo 13



La excursión en kayak empezó, como casi todas las «malas» decisiones de aquel verano, con Martín apareciendo en el porche del bungaló antes de que yo hubiera terminado el primer café.

Llevaba una gorra, una camiseta azul y la expresión satisfecha de quien traía una idea que, según él, iba a cambiarme la vida y, según mi experiencia reciente, probablemente iba a complicármela.

—Hoy hay competición —anunció mientras apoyaba un hombro en la barandilla.

Levanté la vista de la taza con cautela.

—¿Competición de qué?

—De kayak.

—No.

Ainara apareció desde el interior del bungaló con Noa agarrada a una pierna y Teo intentando colocarse una gorra que le quedaba dos tallas grande.

—Participamos —decidió por las cuatro personas presentes.

—Acabo de decir que no.

—Y yo acabo de corregirte.

Martín soltó una risa mientras Teo daba un salto de entusiasmo y preguntaba si los kayaks tenían motor.

Noa quiso saber si podía llevarse su cubo para recoger conchas y Ainara empezó a buscar bañadores, toallas y crema solar con una energía que dejaba claro que mi opinión no formaba parte del proceso de organización.

—No pienso meter otra cámara cerca del agua —advertí.

—No seas miedica —respondió Martín—. Esta vez iremos con cuidado. Además, la ruta pasa por una cala preciosa y una cueva marina. Para el reportaje te vendría genial.

Aquello me hizo dudar durante unos segundos, justo los que Ainara necesitó para dar la batalla por ganada.

—Vale. Nos vestimos y bajamos en veinte minutos.

—Yo no he dicho que vaya.

Mi hermana me lanzó el bote de crema solar.

—Pero ya tienes cara de que sí.

Una hora después estaba en la playa, rodeada de kayaks de tres plazas y preguntándome en qué momento exacto había perdido la autoridad sobre mi propia vida.

El grupo era bastante numeroso. Habían venido Martín, Mauro, Rubén, Sergio, Lucía, Diego y varias parejas del camping con sus hijos. Los kayaks descansaban sobre la arena en una fila de colores llamativos, mientras un monitor explicaba la ruta, las normas básicas y la importancia de no alejarse del grupo.

Yo escuchaba a medias. Mi verdadera preocupación era el reparto.

Había decidido que iría con Martín porque parecía la opción más sensata. Era paciente, conocía a los niños y, sobre todo, no tenía por costumbre recordarme cada cinco minutos que había intentado salvarme de una muerte imaginaria.

Sin embargo, antes de que pudiera acercarme a él, Teo se lanzó sobre su brazo.

—¡Yo voy contigo! Dijiste que me enseñarías a remar.

Martín sonrió.

—Y cumplo mis promesas.

—Entonces yo también voy con vosotros —añadió Ainara, colocándose una mano en la cadera—. Alguien tendrá que impedir que estos dos nos lleven hasta Marruecos.

Los tres se dirigieron hacia uno de los kayaks sin darme margen para protestar.

Miré alrededor buscando otra opción. Rubén ya se había colocado con Lucía y una niña de siete años. Sergio iba con Diego y otro de los chicos. Dos matrimonios ocupaban los siguientes.

Solo quedaba un kayak libre.

Mauro estaba junto a él ajustándose el chaleco salvavidas. Había conseguido librar unas horas y quería aprovecharlas como si fueran oro, según acababa de explicar al llegar, casi con la lengua fuera.

Nos miramos. Él sonrió.

—Qué casualidad.

—No creo en las casualidades.

—Yo tampoco. Para mí que Martín se las ha ingeniado para que formemos equipo.

Giré la cabeza hacia nuestro supuesto amigo. Martín levantó una mano desde su kayak con una inocencia tan exagerada que confirmó mis sospechas.

—Me voy con otro grupo —decidí.

—No queda otro grupo.

—Puedo ir sola.

—Los kayaks son de varias plazas.

En ese momento, Noa apareció corriendo por la arena con el chaleco salvavidas mal abrochado y se abrazó a mi cintura.

—¡Yo quiero ir con mi tata!

Mauro levantó una mano con satisfacción.

—Adjudicado. Familia feliz.

Lo miré con expresión amenazante.

—No somos una familia.

—Todavía no hemos salido y ya estás discutiendo. Esto promete.

Noa ocupó la plaza central, Mauro se colocó delante y yo detrás. El monitor nos ayudó a empujar el kayak hasta el agua y nos explicó cómo coordinar las palas.

Mauro, a quien debía de dársele genial aquello, escuchaba como si estuviera a punto de participar en una regata profesional, mientras yo intentaba evitar que Noa metiera la mano en el mar antes de que hubiéramos avanzado dos metros.

—¿Hay tiburones? —preguntó ella.

—No —respondí.

—¿Y medusas?

—Puede haber alguna.

—¿Y delfines?

—También.

—¿Y sirenas?

Mauro giró un poco la cabeza.

—Solo los fines de semana.

Noa aceptó aquella respuesta sin cuestionarla y empezó a buscar sirenas entre las pequeñas olas. Yo puse los ojos en blanco.

—No le cuentes tonterías.

—Tiene seis años. Es la edad perfecta para creer en ellas.

—Tiene siete.

—Entonces ya vamos tarde.

La travesía comenzó con bastante orden. El mar estaba tranquilo y la costa se extendía a nuestra izquierda, alternando pequeñas playas, dunas y tramos de roca clara.

Los kayaks avanzaban en fila mientras los niños gritaban cada vez que veían un pez cerca de la superficie.

Teo remaba con tantas ganas que salpicaba a Ainara en cada movimiento, y mi hermana le pedía que redujera la intensidad si no quería dejarla ciega antes de llegar a la cala.

Nosotros, en cambio, avanzábamos con una eficacia sorprendente. Mauro marcaba el ritmo desde delante y yo lo seguía sin demasiada dificultad. Noa colaboraba dando instrucciones que nadie le había pedido.

—Más rápido.

—No somos una lancha —le expliqué.

—Martín va delante.

Mauro miró hacia un lado.

—Eso no puede permitirse.

—¿Por qué?

—Porque hoy hay premio.

—¿Qué premio?

—Una caja de helados para el kayak que llegue primero a la cala.

Noa se puso recta.

—Tenemos que ganar.

—No tenemos que ganar nada —intervine.

—Eso lo dice la gente que va perdiendo —respondió Mauro.

Lo miré desde atrás, aunque él no podía verme.

—Qué casualidad que tengas siete años, como ella, cuando te conviene.

—He cumplido treinta. ¿Algún problema con eso?

—El problema no son tus años, sino tú —bromeé.

La noticia de la competición se extendió enseguida entre los kayaks y el orden desapareció.

Rubén empezó a gritar que su equipo tenía ventaja porque Lucía llevaba años trabajando en urgencias y sabía tratar la hipotermia.

Sergio intentó agarrarse a uno de los kayaks cercanos para que lo remolcaran, mientras Diego protestaba porque aquello no figuraba en las reglas.

Martín mantenía un ritmo tranquilo, quizás porque Teo remaba hacia el lado contrario y Ainara se había rendido después de recibir el tercer golpe de pala en el hombro.

Mauro aumentó la velocidad.

—Rema, Carla.

—Estoy remando.

—Con más ganas.

—No me gusta que me den órdenes.

—Imagínate que persigues al hombre que destrozó tu cámara.

Clavé la pala en el agua con más fuerza.

—Eso sí funciona.

Noa aplaudió.

—¡Más rápido, tata!

—En vez de animarme tanto, podrías ayudarme un poco, renacuaja.

—Es que me canso —contestó entre dientes.

Durante unos minutos estuvimos a punto de adelantar a Rubén y Lucía. La cala se distinguía ya entre dos paredes de roca y el agua se volvía más transparente a medida que nos acercábamos.

Mauro no dejaba de animarnos, satisfecho con la posibilidad de ganar unos helados que, con toda seguridad, podía comprarse sin necesidad de organizar una competición acuática.

Decidí sabotearlo.

Esperé a que marcara el siguiente movimiento y hundí la pala en el lado contrario. El kayak giró de golpe.

—¿Qué haces? —protestó.

—Remar.

—Estás remando al revés.

—No sabía que hubiera una dirección incorrecta.

—Carla, la cala está al otro lado.

—Eso es una opinión.

Noa empezó a reírse mientras el kayak daba otra vuelta torpe sobre sí mismo. Rubén y Lucía nos adelantaron entre gritos de victoria.

—Nos van a quitar los helados —se quejó mi sobrina.

—La culpa es de tu tía —dijo Mauro.

—La culpa es de quien ha convertido una excursión familiar en los Juegos Olímpicos.

—No soportas perder.

—No me importa perder.

—Entonces deja de sabotearme.

—Me importa que tú ganes.

Mauro giró la cabeza lo suficiente para mirarme por encima del hombro. Estaba sonriendo de una forma que ya no me provocaba el mismo rechazo de los primeros días.

—Eso empieza a sonar personal.

—Lo es.

Reanudamos la marcha sin ninguna posibilidad de alcanzar a los primeros.

Al llegar a la cala, varios kayaks descansaban ya cerca de la orilla y los niños saltaban al agua con ayuda de los adultos. Las paredes de roca protegían aquel rincón del viento y creaban una especie de piscina natural de color turquesa.

Al fondo se abría una pequeña cueva marina, lo bastante amplia para entrar remando despacio.

Saqué la cámara compacta que llevaba guardada en una bolsa estanca y empecé a fotografiar el reflejo de la luz sobre el techo de la cueva. El agua proyectaba destellos móviles sobre la piedra y las voces del grupo producían un eco suave.

Noa se quedó en silencio por primera vez en todo el trayecto, fascinada por los peces que se veían bajo el kayak.

Mauro dejó de remar para no movernos demasiado.

—Ahora entiendo una cosa —comentó.

—¿Cuál?

—Por qué tardas tanto en hacer una foto.

Aparté la cámara del rostro.

—¿Porque trabajo con personas que no paran de hablar?

—No. Porque no haces fotos de sitios.

Fruncí un poco el ceño.

—¿Y de qué las hago?

Mauro miró hacia la entrada de la cueva, donde Ainara intentaba fotografiar a Teo mientras él levantaba la pala como si fuera un guerrero.

—De momentos. De lo que está pasando en ellos.

No supe qué contestar. Aquella observación me sorprendió porque era cierta, aunque yo jamás la hubiera explicado de ese modo.

Buscaba paisajes, sí, pero me gustaba esperar a que alguien los habitara. Una sombra, una risa, una persona caminando, un gesto pequeño que transformara un lugar bonito en algo vivo.

—Eso ha sonado casi inteligente —repuse al final.

—No te preocupes. No volverá a ocurrir.

Sonreí antes de poder evitarlo y volví a mirar por el visor.

Mauro no insistió ni convirtió el comentario en una broma sobre nosotros. Se limitó a mantener el kayak estable mientras yo hacía varias fotografías.

Noa apoyó la cabeza contra su espalda y empezó a contarle en voz baja que quería ser exploradora marina cuando fuera mayor. Él escuchó todo el relato con una paciencia que ya había visto durante la búsqueda y en el acantilado.

La vuelta comenzó con una guerra de agua.

Nadie supo quién dio el primer palazo, aunque Rubén acusó a Sergio y Sergio aseguró que había sido uno de los niños.

En menos de un minuto, todos los kayaks se salpicaban entre sí. Ainara gritaba que tenía el pelo recién lavado mientras lanzaba agua con más fuerza que nadie. Martín terminó empapado después de que Teo vaciara sobre su espalda una pequeña botella que llevaba en la mochila.

Mauro nos acercó al kayak de Rubén para atacar por un costado.

—No pienso participar —advertí.

—Demasiado tarde.

Metió la pala en el agua y lanzó una salpicadura enorme que me alcanzó de lleno.

Me quedé perpleja, con el pelo pegado a la cara.

Mauro dejó de reír.

—Ha sido el viento.

—Claro.

Llené la pala y le devolví el golpe con tanta fuerza que el agua le cayó sobre la cabeza y el pecho.

Noa empezó a gritar de alegría y se unió a la batalla utilizando las manos. Durante los siguientes minutos dejamos de remar en línea recta y nos dedicamos a perseguir a los demás.

Yo no recordaba la última vez que me había reído así, sin pensar en quién me miraba, en cómo me veía o en cuánto tardaría en volver a sentirme mal.

Cuando alcanzamos la orilla, estábamos completamente empapados. Mauro saltó primero y tiró del kayak para acercarlo a la arena. Después ayudó a Noa a bajar y extendió una mano hacia mí.

—Puedo sola.

—Eso ya lo sé.

Aun así, acepté su mano. En cuanto apoyé un pie fuera del kayak, él inclinó un poco la embarcación y el agua me llegó hasta las rodillas.

Solté un grito.

—¡Mauro!

Él retrocedió riéndose.

—Ha sido una ola.

—No había ninguna ola.

—Una pequeña.

Cogí agua con ambas manos y se la lancé. Mauro intentó apartarse, pero le acerté en plena cara.

—Eso ha sido a propósito —protestó.

—Demuéstralo.

Nos quedamos mirándonos durante un segundo, los dos empapados y con Noa riéndose entre nosotros. Entonces, Mauro sonrió.

Yo también.

No fue una sonrisa educada ni una respuesta automática. Me reí con él de verdad y, durante unos instantes, olvidé que se suponía que aquel hombre me caía mal.

Mientras los demás arrastraban los kayaks hacia la arena y Ainara gritaba que alguien debía pagarle una sesión de peluquería, comprendí que algo había cambiado sin que yo me diera cuenta.

Mauro seguía siendo provocador, competitivo y capaz de sacarme de quicio con una sola frase, pero ya no discutíamos para hacernos daño.

Empezábamos a jugar.

Y aquello me pareció bastante más peligroso.

Capítulo 14



A la mañana siguiente me desperté con los brazos doloridos por culpa del kayak.

Remar durante casi dos horas parecía una actividad muy relajante cuando la hacían otros. Cuando lo hacía una misma, descubría músculos cuya existencia había permanecido oculta durante décadas.

Bajé al porche todavía desperezándome, con la intención de desayunar tranquila antes de empezar la jornada de fotografías, pero bastó con escuchar la música que llegaba desde la piscina para comprender que aquel plan acababa de desaparecer.

Ainara salió del bungaló con un bikini de flores, unas gafas de sol de marca y una sonrisa sospechosamente amplia.

—Hoy hacemos aquagym.

Dejé la taza de café sobre la mesa.

—Hoy haces aquagym.

—Hoy hacemos aquagym.

—No.

—Sí.

—Ayer remé diez kilómetros.

—Menos…

—Me da igual. Mi cuerpo cree que fueron veinte.

Teo y Noa aparecieron con los bañadores puestos, como si llevaran preparados desde hacía una hora.

—¡La dirige Mauro! —gritó Noa.

Aquello bastó para reforzar mi negativa.

—Entonces menos todavía, que lo estoy viendo hasta en la sopa.

Ainara se echó a reír.

—Será más bien en el salmorejo o en el gazpacho, que es lo que no dejamos de zampar.

No tuve ocasión de seguir protestando. Mi hermana ya había decidido que la sesión sería «una experiencia inolvidable», una expresión que empezaba a provocarme auténtico pánico.

Cinco minutos después, caminábamos hacia la piscina con las toallas al hombro y los niños corriendo delante de nosotras.

El ambiente era parecido al de los días anteriores, aunque nosotras todavía no habíamos acudido a ninguna de aquellas sesiones.

Sonaba música animada desde unos altavoces colocados junto al agua y casi medio camping ocupaba ya las hamacas o los bordes de la piscina.

Había matrimonios jubilados, parejas jóvenes, adolescentes que fingían no tener ningún interés por la actividad mientras observaban desde lejos y un ejército de niños dispuesto a convertir cualquier ejercicio en una guerra de salpicaduras.

En mitad de todo aquel bullicio estaba Mauro.

Llevaba el bañador rojo del servicio de socorrismo, una camiseta blanca con el logotipo del camping y el silbato colgado al cuello. Sujetaba un micrófono conectado a los altavoces y hablaba con una naturalidad que me sorprendió. No parecía el típico monitor empeñado en parecer simpático; simplemente disfrutaba de aquello.

—Muy buenos días, supervivientes del desayuno bufé —anunció mientras daba una palmada—. Veo caras de ilusión… y otras que parecen haber venido obligadas bajo amenaza.

Su mirada se cruzó un instante con la mía. Sonrió.

Yo levanté una ceja.

—No miro a nadie.

Varias personas se echaron a reír.

—Las normas son muy sencillas. Si alguien se ahoga durante la clase, intentaré rescatarlo. Si alguien finge un calambre para librarse de los ejercicios… también lo intentaré, pero con bastante menos cariño.

Una señora de unos setenta años levantó la mano desde el agua.

—¡Mauro! ¿Hoy tampoco podemos hacer trampas?

—Carmen, usted lleva tres días intentando convencerme de que mover un solo brazo cuenta como ejercicio completo.

—Es que el otro también lo moví ayer.

Las carcajadas recorrieron la piscina.

—La ciencia todavía no funciona así.

Otra mujer intervino desde el fondo.

—¡No le hagas caso! Luego es la primera que se queda tomando mojitos.

—Porque hidratarse es muy importante, Encarna.

Mauro negó con la cabeza, fingiendo resignación.

—No sé para qué me he formado en primeros auxilios si luego tengo que discutir con vosotras.

Los jubilados rompieron en aplausos mientras él saludaba de forma exagerada, como si acabara de recibir un premio.

Era curioso observarlo allí. Con los mayores tenía una paciencia infinita, los conocía por su nombre y recordaba incluso pequeñas conversaciones de días anteriores.

Cuando un señor entró despacio en la piscina ayudándose de un bastón, Mauro dejó el micrófono sobre una hamaca y se acercó para ofrecerle el brazo con absoluta naturalidad, sin hacerlo sentir incómodo ni tratarlo como si fuera incapaz de moverse solo.

—¿Cómo va esa rodilla, Emilio?

—Hoy protesta menos.

—Pues entonces hoy trabajará un poquito más.

—Abusón.

—Profesional.

Mientras tanto, Teo y Noa ya habían encontrado otros cuatro niños con los que organizar una competición para ver quién salpicaba más lejos.

Ainara hablaba con Lucía y con dos madres del camping como si las conociera de toda la vida. Yo seguía dudando entre entrar en el agua o refugiarme detrás de una sombrilla con la cámara.

Mauro volvió a coger el micrófono.

—Venga, que nadie se esconda. Incluso los fotógrafos tienen piernas.

Todo el mundo giró la cabeza hacia mí.

Resoplé.

—Te debo una.

—Ya llevamos una lista considerable.

Entré en la piscina entre los aplausos burlones de mi propia hermana.

El agua estaba agradable y me cubría aproximadamente hasta el pecho. Mauro se colocó sobre una plataforma junto al borde y comenzó los ejercicios al ritmo de la música. Los primeros movimientos eran sencillos, pero bastaron cinco minutos para que descubriera que el aquagym podía convertirse en un método de tortura perfectamente legal.

—Rodillas arriba.

Todo el grupo obedeció.

—Más arriba.

Las protestas empezaron a escucharse desde distintos puntos.

—Eso no son rodillas. Eso es entusiasmo moderado.

Carmen levantó una mano.

—¡Las mías ya no suben más!

—Pues convénzalas.

—Llevamos cuarenta años discutiendo.

Las risas hicieron que varios perdieran el equilibrio y terminaran salpicando a quienes tenían al lado.

La sesión avanzaba entre bromas constantes. Mauro corregía posturas, animaba a los más pequeños y adaptaba los ejercicios para los mayores sin perder nunca el buen humor.

Cuando Emilio no consiguió mantener el equilibrio durante uno de los movimientos, él mismo bajó al agua para hacerlo a su lado.

—Así.

—No es tan fácil.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Pues deberías.

—Entonces me despedirían.

Teo decidió que aquel era el momento ideal para imitar todos los movimientos con una exageración teatral. Cada vez que Mauro levantaba una pierna, él levantaba las dos. Si pedía mover los brazos, parecía un molino descontrolado.

Noa, que jamás aceptaba quedarse atrás, empezó a copiar también a su hermano hasta que ambos terminaron salpicando a media piscina.

—Equipo pequeño… un poquito de calma —pidió Mauro.

—Estamos haciendo deporte. Entonces no puedes regañarnos.

Mauro se quedó pensativo unos segundos.

—Buen intento.

Los niños celebraron aquella respuesta como si hubieran ganado una batalla.

En la parte final de la sesión organizó una carrera sin sentido alguno. Los participantes debían cruzar la piscina empujando un churro de espuma únicamente con la frente.

El espectáculo fue tan ridículo como cabía esperar. Los niños hacían trampas utilizando las manos; varios adultos se partían de risa antes de llegar a la mitad y Carmen aseguró que ella competía únicamente por el prestigio, porque su churro llevaba veinte años de experiencia.

Ainara terminó chocando conmigo cuando ambas intentábamos alcanzar la meta.

—¡Eso ha sido falta! —protestó.

—Ha sido justicia deportiva.

—Lo revisaremos con el VAR.

—No hay VAR en el aquagym.

—Pues debería.

Acabamos riéndonos tanto que ni siquiera conseguimos terminar la carrera.

Cuando sonó la música final, toda la piscina rompió en aplausos. Algunos mayores levantaron los brazos pidiendo otra sesión y los niños rodearon a Mauro para preguntarle qué actividad tocaba después.

Él fue respondiendo uno por uno, chocando manos, bromeando con todos y prometiendo un torneo de vóley acuático para la tarde.

Salí del agua junto a Ainara mientras me escurría el pelo.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Ha estado…

Busqué una palabra que no sonara demasiado entusiasta.

—Aceptable.

Mi hermana soltó una carcajada.

—En tu idioma eso significa que te lo has pasado de maravilla.

No respondí.

Mientras recogíamos las toallas, levanté la vista hacia Mauro. Seguía rodeado de niños y jubilados, escuchando la interminable historia que Emilio le contaba sobre una antigua competición de natación. No tenía ninguna prisa por librarse de ellos ni daba la impresión de estar trabajando por obligación.

Comprendí entonces qué era lo que empezaba a descolocarme de él. No era que supiera hacer bien muchas cosas, sino que conseguía que cualquiera que estuviera cerca —un niño de siete años, una señora de setenta o un tipo que acababa de conocer— sintiera que, durante un rato, era la persona más importante de la piscina.

Y eso, pensé mientras me colocaba la toalla sobre los hombros, resultaba bastante más explosivo que cualquier rescate improvisado.

Capítulo 15



Llevaba casi una hora revisando las fotografías del aquagym cuando llamaron a la puerta del bungaló.

Ainara había conseguido acostar a Teo y a Noa relativamente temprano, algo que en nuestra familia podía considerarse una intervención divina, y ahora leía en el sofá con las piernas recogidas mientras yo clasificaba imágenes en el ordenador.

Estaba ampliando una fotografía de Mauro ayudando a Emilio a mantener el equilibrio cuando volvieron a llamar, esta vez con dos golpes suaves, como si quien esperaba fuera consciente de que había niños dormidos al otro lado.

Me levanté sin demasiada prisa y abrí la puerta pensando que sería Martín con alguna de sus invitaciones nocturnas, pero encontré a Mauro en el porche, vestido con un pantalón corto oscuro y una sudadera gris fina remangada hasta los codos. Sostenía una linterna pequeña y una mochila, y su expresión tenía esa calma sospechosa que solía preceder a una idea capaz de complicarme la noche.

—Antes de que empieces a protestar, vengo en son de paz —anunció en voz baja.

Me apoyé en el marco de la puerta y crucé los brazos.

—Eso también lo dicen los invasores justo antes de cruzar la frontera.

Mauro sonrió, aunque esta vez no parecía tener intención de provocarme demasiado.

Me explicó que había un lugar cerca de la costa desde el que podían verse el faro, el mar y buena parte del cielo sin apenas contaminación lumínica. Según él, aquella noche estaba especialmente despejada y, si llevaba la cámara, podría conseguir unas fotografías distintas para el reportaje.

Lo observé con desconfianza, buscando en su cara el detalle que delatara la trampa, pero se limitó a añadir que su interés era exclusivamente profesional.

Aquella aclaración me hizo levantar una ceja.

—¿Exclusivamente?

—Cien por cien —me confirmó, llevándose una mano al pecho con una solemnidad bastante poco creíble.

—Qué decepción.

—Puedo reservar un uno por ciento para la curiosidad científica.

—¿Qué clase de curiosidad?

—Quiero comprobar cuánto tardas en olvidarte del mundo cuando encuentras una buena luz. En el acantilado desapareciste durante casi una hora y ni siquiera protestaste cuando me acerqué a la cámara.

—Eso es mentira. Protesté por dentro.

—Entonces lo hiciste con mucha discreción.

Ainara apareció detrás de mí con la novela todavía en la mano y no necesitó más de veinte segundos para comprender la propuesta y posicionarse a favor del enemigo.

Aseguró que los niños dormían como troncos, que ella pensaba quedarse en el bungaló y que yo debía salir antes de convertirme en parte del mobiliario.

Intenté recordarle que había ido a Cádiz para trabajar, no para aceptar excursiones nocturnas con socorristas intrépidos, pero mi hermana se limitó a empujarme hacia el interior y ordenarme que cogiera una chaqueta.

—Vete, Carla. Antes de que encuentre otra actividad familiar para mañana y pierdas cualquier oportunidad de escapar.

Mauro contempló la escena con una satisfacción irritante.

—Sabía que tu hermana me caería bien.

—No te emociones. Ainara también simpatiza con los perros que roban comida en la playa.

—Eso solo demuestra que tiene buen corazón.

Veinte minutos después caminaba con él por un sendero estrecho que se apartaba del camping y avanzaba entre pinos bajos, matorrales y dunas.

La luna iluminaba lo suficiente para distinguir el camino, aunque Mauro llevaba la linterna preparada y la encendía cada vez que el terreno se volvía irregular.

No hablábamos demasiado. De vez en cuando me advertía de alguna piedra suelta o apartaba una rama para que pasara, y yo agradecía aquel silencio porque empezaba a descubrir que su compañía resultaba más sencilla cuando no estaba empeñado en sacarme de mis casillas.

Le pregunté si iba mucho por allí y respondió que sí, sobre todo en las noches en que necesitaba pensar. Me sorprendió tanto la respuesta que no pude evitar mirarlo.

—¿Tú piensas?

—A ratos. Intento no abusar.

—Creía que solo hacías bromas.

—También duermo, como y pago impuestos. Tengo una vida interior muy completa.

La ruta terminó en una explanada de roca clara que se abría sobre el mar.

Me detuve nada más salir del sendero. El faro se elevaba a la derecha y enviaba su haz de luz sobre una superficie oscura y lisa, mientras la luna trazaba un camino plateado hasta el horizonte.

Las luces del camping apenas se distinguían entre los pinos y el cielo aparecía cubierto de estrellas con una nitidez que había olvidado después de tantos años viviendo en Madrid.

Durante unos segundos no pensé en Samuel, en la cámara estropeada, en los niños, en el reportaje ni en el hombre que había caminado hasta allí conmigo.

Solo vi la fotografía.

Dejé la mochila sobre una roca, desplegué el trípode y empecé a preparar el equipo.

Mauro se apartó sin que se lo pidiera y se sentó a varios metros, donde su presencia no interfería con el encuadre.

Cambié de objetivo, ajusté la exposición y realicé varias tomas largas mientras esperaba el momento exacto en que la luz del faro cruzaba el agua.

El paisaje cambiaba con cada disparo: una nube fina pasaba frente a la luna, una ola rompía contra el acantilado o el haz blanco aparecía en un punto distinto de la costa.

Probé varios ángulos, me agaché junto al suelo para incluir la textura de la roca y avancé hasta una zona más abierta para capturar el perfil entero del faro.

Al cabo de un rato dejé de sentir el peso de la cámara y hasta olvidé que no estaba sola.

Cuando terminé una de las últimas series, me incorporé para estirar la espalda y descubrí que Mauro seguía sentado en el mismo sitio.

No había preguntado cuánto faltaba, no había intentado mirar la pantalla ni había interrumpido una sola vez. Contemplaba el mar con los brazos apoyados sobre las rodillas, como si también él hubiera ido allí en busca de una fotografía que no necesitaba guardar en ninguna cámara.

—Ya puedes admitir que te estás aburriendo —le dije mientras me acercaba.

Él negó con la cabeza.

—Estaba comprobando mi teoría.

—¿Y cuál era?

—Que desapareces cuando haces fotos.

Fruncí el ceño y me explicó que cambiaba mi forma de respirar, que dejaba de mirar alrededor y que parecía no escuchar nada de lo que ocurría fuera del encuadre.

Nunca nadie me había descrito de aquella manera. La mayoría veía las horas de trabajo, el resultado o el equipo; pocos prestaban atención a lo que sucedía antes de apretar el disparador.

Bajé la vista hacia la cámara, incómoda por la sensación de que acababa de observarme con más cuidado del que yo había supuesto.

—Normalmente, la gente solo pregunta cuándo voy a terminar.

—Normalmente, la gente no sabe estar callada.

—Eso es bastante hipócrita viniendo de ti.

—He dicho normalmente. Yo soy una excepción extraordinaria.

Le enseñé algunas imágenes para evitar seguir hablando de mí.

Mauro se levantó y se colocó a mi lado sin invadir mi espacio.

Pasamos varias fotografías en silencio, deteniéndonos en una donde el faro se reflejaba sobre el agua y en otra en la que la luna quedaba suspendida sobre una nube fina.

No fingía conocimientos técnicos ni trataba de impresionar con opiniones grandilocuentes. Preguntaba por qué había elegido un encuadre y escuchaba de verdad la respuesta, algo mucho más raro de lo que parecía.

—Esta es increíble —opinó al llegar a una fotografía algo imperfecta, con una ola rompiendo en primer plano y el faro desplazado hacia un extremo.

—A mí también es la que más me gusta.

—¿Por qué?

—Porque parece menos preparada. La anterior es más limpia, pero esta tiene algo vivo.

Mauro observó la pantalla unos segundos antes de asentir.

—Así que este es otro de tus trucos: no buscas el sitio bonito. Esperas hasta que deja de parecer una postal.

Guardé silencio mientras pasaba a la siguiente imagen y él no insistió.

Cuando llegué al final, me di cuenta de que me faltaba una referencia humana que ayudara a entender la escala del paisaje.

Miré alrededor y después lo miré a él.

—Necesito una última fotografía.

—¿Otra del faro?

—Con una persona.

Mauro señaló hacia el sendero.

—A estas horas va a ser complicado encontrar voluntarios.

—Ya tengo uno.

Fingió sorpresa antes de señalarse el pecho.

—¿Yo?

—No te vengas arriba. Solo necesito que se vea el tamaño del acantilado.

—Eso hiere un poco mi autoestima.

Se colocó donde le indiqué, cerca de una zona segura y con el mar detrás.

Le pedí que mirara hacia el horizonte y que caminara unos pasos mientras yo ajustaba el enfoque.

Al principio se movió con una rigidez exagerada, como si posara para un catálogo de ropa náutica, pero después olvidó la cámara y su postura se volvió natural.

La luz del faro cruzó su espalda justo cuando giró la cabeza, y disparé varias veces antes de que el momento desapareciera.

—Ahora mírame —le pedí.

Mauro obedeció.

Durante un instante permaneció serio, con el viento moviéndole el pelo y la sudadera pegada al cuerpo.

Después sonrió.

No era la expresión provocadora con la que solía recibirme ni esa media mueca que utilizaba antes de soltar una broma.

Fue una sonrisa más lenta, casi íntima, que le cambió por completo el rostro.

Acerqué el zoom sin pensar y me fijé en su boca, en la ligera curva de un lado y en la pausa que parecía existir justo antes de que sonriera del todo.

Nunca había reparado demasiado en ella porque casi siempre estaba ocupada prestando atención a las barbaridades que decía, pero ahora, detrás del visor, descubrí que tenía unos labios demasiado atractivos para alguien que me había resultado tan insoportable.

Hice una fotografía.

Luego otra.

Y una tercera.

—¿Tan mal estoy saliendo? —me preguntó.

Bajé la cámara con más rapidez de la necesaria.

—No.

—Entonces, ¿por qué tantas?

Busqué una explicación profesional que sonara convincente.

—La luz cambia muy deprisa.

Mauro miró hacia el faro y después volvió a observarme, como si supiera que aquella respuesta no explicaba nada.

Sin embargo, no dijo una palabra.

Me limité a guardar el equipo, consciente de que el problema no estaba en la luz ni en el paisaje, sino en la forma en que acababa de observarlo.

Hasta ese momento había admitido que Mauro era guapo de una manera objetiva, como podía serlo un actor o un desconocido que pasaba por la calle.

Aquella noche había dejado de verlo desde la distancia.

El camino de vuelta transcurrió con una tranquilidad distinta.

Ya no necesitábamos llenar cada silencio con una pulla, y eso resultaba más inquietante que nuestras discusiones.

Mauro cargó el trípode sin pedir permiso, aunque esta vez no protesté, y avanzamos uno junto al otro mientras el mar sonaba detrás de los árboles.

Cerca del camping me preguntó si la excursión había merecido la pena.

Respondí que sí antes de recordar que debía mantener algún tipo de resistencia.

—Entonces puedo asegurar que mi interés era profesional —dijo.

—No te vengas arriba. Te lo recuerdo.

—¿Ni un poco?

Lo miré de reojo.

—Te concedo ese uno por ciento.

Soltó una risa y yo terminé acompañándolo.

Cuando alcanzamos el bungaló, Ainara había dejado encendida la luz del porche y el camping parecía dormir a su alrededor.

Me despedí sin prolongar el momento y entré con la cámara apretada contra el pecho, intentando no pensar en las últimas fotografías que había hecho.

Sabía que al día siguiente revisaría primero las del faro, la luna y el mar. Eran las que necesitaba para el reportaje y la razón oficial por la que había aceptado aquella salida.

También sabía que, tarde o temprano, terminaría abriendo el retrato de Mauro.

Y sospechaba que lo observaría durante bastante más tiempo del necesario.

Capítulo 16



El aviso apareció en mi teléfono poco después del desayuno: viento de levante con rachas que podían superar ampliamente los cincuenta nudos durante la tarde, accesos restringidos en algunos tramos de costa y recomendación de evitar acantilados, pinares y zonas expuestas.

Lo leí sentada en el porche del bungaló, mientras Ainara intentaba convencer a Teo de que no podía utilizar un cuchillo de mantequilla como catapulta y Noa vaciaba los cereales en tres cuencos distintos para comprobar cuál tenía más.

La aplicación mostraba un triángulo naranja acompañado de varias frases bastante alarmantes, pero, para ser sincera, lo único que consiguió captar mi atención fue el pequeño gráfico de nubes que anunciaba un cambio brusco de luz al final de la tarde.

Llevaba varios días oyendo hablar del levante como si fuera una persona con mal carácter.

Los trabajadores del camping decían que todavía no había llegado «el de verdad», los campistas veteranos aseguraban que una cosa era sentir viento y otra muy distinta padecerlo, y Carmen, la jubilada del aquagym, me había explicado que, durante un levante fuerte, una terminaba enfadada hasta con su propio pelo.

Yo había sonreído, convencida de que todos exageraban por esa costumbre tan española de convertir cualquier fenómeno meteorológico en una experiencia épica.

Aquella mañana, sin embargo, los pinos ya se inclinaban con violencia, las sombrillas permanecían cerradas y la arena cruzaba los caminos del camping en pequeñas ráfagas que se colaban bajo las mesas y golpeaban las piernas.

—Cuando sople fuerte, no pienso sacar a los niños del bungaló —anunció Ainara después de leer el aviso en mi móvil—. Bastante cuesta encontrarlos cuando no sopla un huracán.

—No es un huracán —respondí mientras ampliaba el mapa meteorológico—. Es levante.

—Perdona, meteoróloga. Si una silla de plástico atraviesa la ventana, explícale tú la diferencia al seguro.

—No creo que sea para tanto.

—¿Que no? ¿Tú en qué mundo vives? No va a ser un levante normal. Por lo visto, será una locura.

Dejé el teléfono sobre la mesa, aunque no pude apartar de la cabeza la idea de fotografiar el cambio de tiempo.

El viento levantaba una especie de velo dorado sobre las dunas y el cielo empezaba a cubrirse de nubes altas y alargadas que avanzaban desde el interior.

Si las previsiones acertaban, al atardecer la luz atravesaría aquella capa de polvo y humedad antes de que llegara la parte más dura del temporal.

Podía quedar espectacular. Solo necesitaba acercarme al faro, buscar un punto protegido y regresar antes de que empeorara.

No comenté mi plan. Ainara habría intentado atarme a una silla y, teniendo en cuenta el nivel de creatividad de sus hijos, probablemente habría encontrado cómplices.

Pasé la mañana trabajando dentro del bungaló mientras el viento crecía.

A mediodía ya silbaba entre las rendijas de las ventanas y hacía vibrar la barandilla del porche.

El personal del camping empezó a asegurar toldos, recoger mobiliario y pedir a los clientes que guardaran cualquier objeto que pudiera salir volando.

Varias familias desmontaban tendederos y recogían bicicletas, los niños perseguían gorras que escapaban por los caminos y un hombre corrió detrás de un colchón hinchable durante casi cien metros antes de atraparlo contra un seto.

El levante tenía una capacidad admirable para borrar cualquier resto de dignidad humana.

A eso de las seis de la tarde, el cielo adquirió exactamente el aspecto que había esperado.

Las nubes cubrían casi todo el horizonte, pero una franja de luz sobrevivía cerca del mar, amarilla y densa, tiñendo el paisaje de un color extraño.

Cogí la cámara, dos objetivos, una funda impermeable y el trípode más pesado que tenía. Me puse unos vaqueros, unas zapatillas cerradas y una chaqueta fina que sabía que no serviría de gran cosa, pero me tranquilizaba llevarla.

Ainara me descubrió cuando intentaba salir sin hacer ruido.

—¿Adónde vas con eso?

Me detuve con la mano en el picaporte.

—A trabajar.

Mi hermana miró la cámara, después la ventana, donde una rama golpeaba el cristal como si quisiera entrar, y finalmente volvió a mirarme.

—Ni hablar.

—Solo voy a acercarme al faro.

—Han dicho que no salgamos.

—Han dicho que aseguremos las cosas y evitemos las zonas peligrosas.

—El faro está junto al mar, Carla. No sé qué definición manejas tú de «zona peligrosa», pero la mía lleva olas, rocas y vientos capaces de arrancarte las pestañas.

—No voy a acercarme al borde. Haré unas fotos desde el acceso y volveré. No seas tan prudente.

Ainara se cruzó de brazos. Detrás de ella, Teo y Noa observaban la discusión con el interés de quien espera que alguien termine castigado.

—Eres una inconsciente.

—Soy fotógrafa.

—No son cuestiones incompatibles.

Le prometí que regresaría en menos de una hora, que le mandaría mi ubicación y que no saldría del camino principal.

Ainara protestó durante varios minutos, pero terminó dejándome marchar después de obligarme a guardar una botella de agua, una batería externa y un paquete de galletas que, según ella, podía utilizar para sobrevivir si el levante me arrastraba hasta Marruecos.

Nada más salir del camping comprendí que quizás había subestimado la situación.

El viento no soplaba de forma continua: embestía. Llegaba en golpes largos que me obligaban a inclinar el cuerpo y clavar los pies en el suelo.

La arena se levantaba de las dunas y cruzaba el camino a toda velocidad, golpeándome las mejillas y colándose por el cuello de la chaqueta. Cada vez que intentaba apartarme el pelo de la cara, otra ráfaga lo devolvía al mismo lugar con una perseverancia casi personal.

Aun así, la luz era extraordinaria.

El mar había perdido el azul tranquilo de los días anteriores. Estaba cubierto de líneas blancas y espuma, como si miles de pequeñas olas se persiguieran unas a otras hasta la costa.

Las nubes avanzaban con tanta rapidez que el paisaje cambiaba cada pocos segundos. En un momento, todo quedaba bajo una sombra gris; al siguiente, un haz de sol atravesaba el cielo e iluminaba el faro con una intensidad teatral.

Hice varias fotografías desde el sendero y seguí avanzando, cada vez más concentrada en lo que veía y menos en la fuerza del viento.

Al llegar a la explanada cercana al faro, encontré el acceso cerrado por una cadena y un cartel de advertencia.

No intenté cruzarlo. Me situé a varios metros, detrás de un pequeño muro que protegía parte del camino, y desplegué el trípode.

La primera ráfaga casi lo volcó antes de que lograra extender las patas. Tuve que colgar la mochila del centro para darle peso y sujetarlo con una mano mientras ajustaba la cámara con la otra.

El resultado merecía la incomodidad. El faro aparecía recortado contra un cielo oscuro, mientras el mar estallaba en espuma al fondo y la arena atravesaba el encuadre como una niebla dorada.

Disparé varias veces, cambié el objetivo y volví a buscar otro ángulo. El viento tiraba de mi ropa, me hacía llorar los ojos y rugía con tanta fuerza que apenas podía escuchar nada más: ni el mar, ni mis propios pasos, ni el teléfono vibrando dentro del bolsillo.

Lo consulté después del cuarto aviso. Tenía dos llamadas de Ainara y una de un número que no reconocía.

Le escribí un mensaje rápido para decirle que estaba bien y que regresaría enseguida, aunque, al levantar la vista, descubrí una abertura entre las nubes. La luz descendía hacia el océano en una columna casi perfecta. Solo necesitaba esperar a que alcanzara el faro.

Cinco minutos.

Siempre eran cinco minutos.

Me desplacé hasta una zona algo más elevada y me agaché detrás de unas rocas para proteger la cámara.

La siguiente ráfaga llegó con tanta fuerza que tuve que apoyar una rodilla en el suelo.

La arena chocó contra mi espalda y el trípode se sacudió a pesar del peso de la mochila.

Capítulo 17



Por primera vez pensé que tal vez debía regresar. Entonces, la franja de luz se abrió por completo y todo el paisaje quedó teñido de oro.

Levanté la cámara.

—¡Carla!

No escuché mi nombre. Lo sentí. Una voz rota por el viento, mezclada con el golpe de una puerta y el motor de un vehículo.

Giré la cabeza.

Un todoterreno del camping se había detenido al otro lado de la explanada. Mauro bajó cerrando la puerta con ambas manos para impedir que el viento se la arrancara.

Llevaba una chaqueta oscura, un pantalón de trabajo y una gorra que sujetó durante apenas dos pasos antes de quitársela y guardarla bajo el brazo. Avanzó hacia mí inclinado contra las ráfagas, con una expresión que no le había visto nunca.

No estaba sonriendo.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —gritó cuando llegó a mi altura.

Señalé el cielo como si la respuesta fuera evidente.

—Trabajar.

Mauro miró el trípode, después la cadena que cerraba el acceso y, finalmente, el mar cubierto de espuma.

—Ya hay rachas de más de cincuenta nudos y se prevé que continúen subiendo. Han cerrado este camino.

—Estoy fuera de la zona cerrada.

—Eso no significa que estés segura.

—No estoy junto al borde.

—No hace falta estar junto al borde para que una ráfaga te tire al suelo, te golpee una rama o salga volando el trípode. Incluso tú.

Intenté concentrarme de nuevo en la cámara. La luz empezaba a desplazarse y me quedaban pocos segundos.

—Cinco minutos.

Mauro se quedó mirándome como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—No.

—La fotografía está a punto de quedar perfecta.

—Me importa muy poco la fotografía.

Aquello consiguió que apartara la vista del visor.

—A mí no.

—Pues debería importarte un poco más llegar entera al bungaló.

El viento golpeó de nuevo. Mauro tuvo que sujetar el trípode antes de que se inclinara hacia un lado. Yo aproveché para intentar hacer la fotografía, pero él cubrió el objetivo con una mano.

—¡Eh!

—Se acabó.

—Aparta.

—No. No pienso hacerlo —pronunció tajante.

—Mauro, la luz va a desaparecer.

—Y tú vas a subirte al coche.

Intenté retirar su mano. Él no se movió. Estábamos tan cerca que podía ver pequeñas partículas de arena pegadas a sus pestañas y la tensión de su mandíbula. No había rastro de la diversión con la que solía discutir conmigo. Estaba furioso.

—No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—Cuando encuentro a alguien sola en un acceso cerrado durante un temporal, sí. He venido porque tu hermana está histérica. Ella me avisó de que una loca andaba suelta.

—No soy una loca.

—Entonces deja de comportarte como si fueras indestructible.

La frase me golpeó mucho más que el viento. Guardé silencio durante un instante y Mauro aprovechó para cerrar las patas del trípode. Lo hizo con cuidado, a pesar del enfado, protegiendo la cámara con su propio cuerpo cada vez que llegaba una ráfaga.

—Dámelo —exigí.

—Lo llevo yo.

—Puedo cargar con mi equipo.

—No he dicho que no puedas.

—Entonces suéltalo.

Mauro levantó la vista hacia mí.

—Carla, no estoy discutiendo por gusto. El aviso acaba de subir de nivel. Hay ramas caídas en el camino y van a cerrar también el acceso del camping. Ainara está fatal porque llevas más de una hora fuera y no contestabas.

Miré el teléfono. Mi mensaje no se había enviado. En la esquina de la pantalla apenas quedaba cobertura.

—Pensé que sí.

—Pues no.

La culpa se abrió paso entre mi enfado. Imaginé a Ainara dentro del bungaló, pendiente de los niños y mirando el móvil, y supe que había sido una irresponsable. Eso no significaba que estuviera dispuesta a reconocerlo delante de Mauro.

—Podrías haber empezado por ahí en lugar de venir a gritarme.

—Te he llamado varias veces.

—No lo he oído.

—Exacto. Ni siquiera habrías escuchado si se te caía medio faro encima.

Recogí la mochila y eché a andar hacia el todoterreno.

Mauro me siguió con el trípode bajo un brazo y una mano sobre la cámara. El trayecto de apenas cincuenta metros se convirtió en una lucha contra el viento.

En una de las ráfagas perdí el equilibrio y él me sujetó por la cintura antes de que cayera contra el suelo. Me aparté en cuanto recuperé la estabilidad, demasiado consciente de sus dedos y de la presión firme con la que me había sostenido.

—No digas nada —advertí.

—No pensaba hacerlo.

—Te conozco.

—No, todavía no.

La respuesta se perdió casi por completo bajo el rugido del levante.

Entramos en el vehículo y Mauro cerró las puertas.

El silencio repentino me dejó aturdida. Seguíamos oyendo el viento sacudir la carrocería, pero dentro todo parecía lejano, amortiguado.

Tenía arena en el pelo, en la ropa y hasta entre los dientes. Mauro dejó la cámara y el trípode en la parte trasera, comprobó que estuvieran bien sujetos y arrancó sin mirarme.

Avanzamos despacio. Varias ramas pequeñas cruzaban el camino y una papelera había volcado cerca de la salida.

Mauro conducía con las dos manos firmes sobre el volante, atento a cada movimiento de los árboles. Yo miraba por la ventana, intentando mantener el enfado a pesar de saber que tenía razón.

—No hacía falta que vinieras tú —dije al cabo de un rato.

—Estaba ayudando a cerrar los accesos.

—Podías avisar a seguridad.

—Ya estaban ocupados asegurando la zona de caravanas.

—Entonces podías haber esperado a que regresara.

Mauro soltó una risa breve, sin humor.

—Claro. Esperar tranquilamente a que tú solita pudieras con este vendaval. Un plan magnífico.

—No soy tu responsabilidad.

—No he dicho que lo seas.

—Pues actúas como si lo fuera.

Frenó al encontrarse una rama gruesa atravesada en mitad del camino. Bajó del coche antes de que pudiera detenerlo, la arrastró hacia un lado con esfuerzo y volvió a entrar con la chaqueta cubierta de polvo. Cuando cerró la puerta, se quedó unos segundos mirando al frente.

—Actúo como alguien que no quiere que te pase nada.

La frase cayó entre nosotros con una claridad incómoda.

Dejé de mirar por la ventana.

Mauro mantuvo las manos sobre el volante. Tenía un pequeño arañazo en el dorso de una y respiraba con fuerza, aunque ya no sabía si por el esfuerzo o por la discusión.

—Apenas me conoces —dije.

—Eso no significa que me dé igual lo que te pase, Carla. Deja ya de ir tan por libre.

No encontré una respuesta. La furia que había sentido unos minutos antes empezó a deshacerse poco a poco, dejando algo mucho más difícil de manejar.

Miré hacia el cielo. La luz dorada seguía cayendo sobre el mar, aunque desde el coche ya no podía fotografiarla.

—Era una imagen increíble —murmuré.

Mauro contempló también el faro, el cielo oscuro y aquella abertura luminosa que parecía partir las nubes.

—Sí —reconoció—. Lo era.

Lo miré, sorprendida.

—Entonces entiendes por qué me quedé.

—Entiendo por qué querías la foto. No entiendo por qué estabas dispuesta a jugarte el cuello por ella.

—No me estaba jugando el cuello.

Una ráfaga sacudió el todoterreno con tanta fuerza que ambos guardamos silencio.

Mauro arqueó una ceja.

—El levante tiene una opinión distinta.

A pesar de mí misma, sonreí.

Él giró la cabeza hacia mí y la tensión de su rostro cedió un poco.

—Ahora que ya hemos admirado la luz, nos vamos.

—Qué autoritario.

—Qué inconsciente.

—Qué pesado.

—Qué fotógrafa.

Arrancó de nuevo. Esta vez la discusión no llevaba filo.

Seguía molesta, pero ya no deseaba que se callara. Mauro empezó a explicarme que aquel fortísimo temporal de levante no era peligroso solo por la fuerza constante, sino por las rachas imprevisibles, las ramas y los objetos que levantaba.

Le respondí que no necesitaba una clase magistral de meteorología, y él aseguró que no parecía haber aprobado la asignatura básica de sentido común.

—Hablas como si nunca hubieras hecho una estupidez por algo que te importaba —dije.

Mauro permaneció en silencio unos segundos.

—He hecho muchas. Por eso sé reconocerlas.

Había algo en su tono que me hizo pensar que no hablaba solo de deportes o rescates. Estuve a punto de preguntarle, pero el teléfono empezó a vibrar.

Ainara.

Contesté y tuve que apartarlo un poco del oído cuando mi hermana comenzó a gritarme. Le expliqué que estaba bien, que iba con Mauro y que regresaríamos en unos minutos. Ella me llamó irresponsable, egoísta, descerebrada y otras cosas menos elegantes antes de colgar.

—Parece contenta —comentó Mauro.

—Te prohíbo disfrutar de esto.

—Ya es tarde.

Cuando entramos en el camping, el viento se colaba entre los bungalós y hacía vibrar los toldos.

Varias personas sujetaban una estructura junto al restaurante mientras los empleados terminaban de recoger las terrazas. Mauro aparcó cerca de mi alojamiento y bajó primero para sacar el equipo. Quise quitárselo, pero una nueva ráfaga me obligó a cubrirme la cara.

—Entra —ordenó.

—Puedo ayudarte.

—Puedes abrir la puerta antes de que el trípode se convierta en un arma blanca.

Corrí hacia el bungaló. Ainara apareció en el porche con el pelo recogido bajo un pañuelo y una expresión capaz de paralizar el tráfico aéreo. Detrás de ella, los niños miraban a Mauro con admiración, como si acabara de rescatarme de un naufragio.

—¿Estás loca? —preguntó mi hermana.

—No empieces.

—Llevo una hora llamándote.

—Lo siento de verdad.

—Porque te habías ido al faro en mitad de un temporal.

—Todavía no había empezado la parte fuerte.

Ainara miró hacia los pinos, que se inclinaban casi hasta tocar el suelo.

—Claro. Esto debe de ser la brisa de aperitivo.

Mauro dejó el equipo dentro y comprobó que la cámara no hubiera sufrido ningún golpe. Teo se acercó a él con los ojos muy abiertos.

—¿Has salvado a la tata?

—No —respondió Mauro, mirándome de reojo—. Solo la he convencido para que no saliera volando.

—Yo no iba a salir volando.

Noa ladeó la cabeza.

—Pesas poco. Podrías volar como Mary Poppins.

—Gracias, cariño.

Mauro ocultó una sonrisa mientras se dirigía hacia la puerta.

—Tengo que volver a ayudar con los toldos. No salgáis hasta que baje el viento.

—Lo sabemos —respondió Ainara antes de que yo pudiera protestar —. Algunos sí hacemos caso a los avisos.

Él asintió y salió al porche. Lo seguí antes de que bajara los escalones.

—Mauro.

Se volvió. El viento tiraba de su chaqueta y lo obligaba a entrecerrar los ojos.

—Gracias —murmuré.

Mi voz apenas se oyó, pero su expresión cambió. No bromeó ni fingió no haberme escuchado.

—De nada.

—Aunque podrías haber gritado menos.

—Y tú podrías haber vuelto antes.

—No estropees el momento.

Una sonrisa lenta apareció en su boca.

—No se me ocurriría.

Lo vi alejarse por el sendero, inclinando el cuerpo contra el levante mientras se dirigía hacia la zona común.

Entré de nuevo y cerré la puerta.

Ainara empezó a regañarme otra vez, los niños quisieron saber si el viento podía levantar el bungaló y una maceta chocó contra la barandilla con un golpe seco.

Respondí como pude, aunque mi cabeza seguía en el todoterreno, atrapada en una frase que Mauro había pronunciado sin mirarme:

«No quiero que te pase nada».

Más tarde, cuando el camping quedó encerrado bajo el rugido del levante y la arena golpeaba las ventanas como una lluvia seca, revisé las fotografías.

Había conseguido captar el faro bajo aquel cielo oscuro, la espuma levantándose sobre el mar y la luz dorada atravesando las nubes.

La última imagen, tomada apenas unos segundos antes de que Mauro cubriera el objetivo, era la mejor de todas.

Debería haber sentido que el riesgo había merecido la pena.

En cambio, al observarla, solo pude pensar en la expresión de su cara cuando llegó hasta mí. En el enfado que no nacía de su orgullo, sino del miedo.

Y comprendí que quizás no era yo la única que había empezado a mirar al otro de una forma distinta.

Capítulo 18



Días después, la noche de las Perseidas empezó mucho antes de que apareciera la primera estrella fugaz.

Desde media tarde, el camping entero parecía haberse puesto de acuerdo para convertir la observación del cielo en una expedición colectiva.

Había familias preparando mantas, neveras portátiles, cojines, termos de café y bolsas de comida como si fueran a pasar una semana en mitad del desierto, mientras los niños recorrían los senderos con linternas en la frente y una emoción que no tenía ninguna relación con la astronomía.

Teo aseguraba que aquella noche veríamos una nave extraterrestre. Noa, más práctica, metió en su mochila una libreta para anotar deseos porque, según ella, desperdiciar una estrella fugaz pidiendo una sola cosa era de personas poco organizadas.

Ainara llevaba un rato preparando provisiones cuando salí del dormitorio con la cámara colgada al cuello y dos objetivos guardados en la mochila. La encontré intentando cerrar una nevera en la que había metido agua, fruta, bocadillos, galletas, zumos y una tortilla de patatas que parecía pensada para alimentar a un equipo de rescate.

—Vamos a mirar el cielo, no a refugiarnos de una catástrofe —comenté mientras apartaba una bolsa de patatas que amenazaba con caer al suelo.

—Con dos niños nunca se sabe cuánto dura una actividad. Pueden aburrirse a los quince minutos o decidir que quieren vivir allí para siempre.

—¿Y la tortilla?

—La tortilla sirve para cualquier emergencia.

Teo apareció con unos prismáticos colgados del cuello y una espada luminosa en la mano. No supe de dónde la había sacado y preferí no preguntar. Noa venía detrás con tres rotuladores, la libreta de deseos y una manta doblada que arrastraba por el suelo.

—¿Las estrellas caen de verdad? —preguntó Teo.

—No —respondí—. Son partículas que entran en la atmósfera.

Mi sobrino me miró con decepción.

Ainara negó despacio con la cabeza.

—A veces conviene dejar que la magia viva cinco minutos antes de explicarle la combustión.

—Yo solo quería que lo entendiera.

—Tiene siete años, Carla. Cree que las monedas del carrito del supermercado pertenecen al carrito.

Teo siguió su camino sin prestar atención a nuestra conversación y yo decidí que quizás Ainara tenía razón. Aquella noche no era para dar lecciones. Era para tumbarse en una manta, mirar hacia arriba y fingir que el universo seguía guardando cosas que no necesitaban explicación.

Y, en mi caso, también era para fotografiar aquella maravilla natural.

El grupo se reunió junto a la entrada del camping poco después de las diez. Martín había organizado la salida con Rubén, Sergio, Lucía, Diego y varias familias que conocíamos de las actividades de los días anteriores.

Todos llevaban ropa cómoda, mochilas y una cantidad absurda de repelente de insectos. Mauro apareció el último, con una manta enrollada bajo el brazo y una pequeña caja negra que despertó de inmediato la curiosidad de los niños.

—¿Qué es eso? —le preguntó Noa, acercándose hasta él.

—Un telescopio.

Teo abrió mucho los ojos.

—¿Podemos ver extraterrestres?

—Solo si ellos quieren que los veamos.

—¿Y tú sabes dónde están?

—Tengo contactos —contestó con tanta gracia que consiguió arrancarme la más amplia de las sonrisas.

Mi sobrino, en cambio, aceptó la respuesta con una seriedad admirable.

Observé el telescopio, sorprendida. No sabía que Mauro tuviera interés por la astronomía. Hasta ese momento lo había relacionado con el mar, la escalada, el socorrismo y cualquier actividad que implicara movimiento. Y, por supuesto, con las mujeres. Con muchas mujeres.

La idea de que pasara horas observando un cielo inmóvil no encajaba con la versión que había construido de él, aunque cada vez eran más las cosas que no encajaban.

—¿Es tuyo? —pregunté cuando se acercó.

—Era de mi padre.

La respuesta fue sencilla, pero algo en su tono hizo que no bromeara. Mauro acarició un instante el borde de la caja antes de añadir que llevaba años guardándolo en casa y que solía traerlo al camping cuando coincidían noches despejadas.

No explicó nada más y yo tampoco quise preguntar. En ese momento, Martín nos llamó para empezar a caminar antes de que los niños agotaran toda su paciencia en el aparcamiento.

El lugar elegido estaba a unos veinte minutos del camping, en una playa amplia y poco iluminada, protegida por una línea de dunas.

El levante de los días anteriores había desaparecido y el aire era cálido, con una brisa suave que apenas movía la vegetación. Caminamos por un sendero de madera mientras las linternas dibujaban círculos sobre la arena.

Teo y Noa iban delante con otros niños, discutiendo sobre cuántos deseos podían pedirse por minuto, y Ainara avanzaba detrás hablando con Lucía sobre una operación complicada que había tenido en la clínica.

Martín se colocó a mi lado durante parte del trayecto y me preguntó si había conseguido entregar las fotografías del temporal.

—Vera casi se emociona cuando las vio —respondí—. Después me recordó que la revista no cubre funerales de fotógrafos imprudentes.

—Una mujer sensata.

—No os pongáis todos de acuerdo.

—No hace falta. Mauro ya nos contó que casi tuvo que meterte en el coche a la fuerza.

Lo miré con incredulidad.

—¿Os lo ha contado?

—Solo la versión breve.

—Seguro que muy objetiva.

—Dijo que la luz era espectacular y que tú estabas un poco loca.

—Qué caballero.

Martín sonrió, aunque no insistió. A unos metros, Mauro ayudaba a Noa a ajustar la linterna de la frente mientras Teo le explicaba que había decidido pedir una piscina de chocolate.

Él escuchaba con la misma atención con la que habría atendido una emergencia real. Aquella capacidad suya para adaptarse a cualquiera seguía desconcertándome. Podía pasar de bromear con los bomberos a agacharse frente a una niña y discutir con ella la viabilidad de una piscina comestible sin que ninguna de las dos versiones pareciera fingida.

Cuando llegamos a la playa, el grupo se dispersó para buscar el mejor sitio.

Extendimos las mantas cerca de las dunas, lejos de la orilla, y colocamos las mochilas alrededor para evitar que la arena lo invadiera todo.

Ainara repartió bocadillos antes incluso de que alguien tuviera hambre y los niños empezaron a perseguirse con las linternas hasta que Martín amenazó con confiscarlas si seguían apuntando a los ojos de los adultos.

Mauro montó el telescopio con ayuda de Teo y Noa, que hacían tantas preguntas que cualquier otra persona habría abandonado la tarea. Él les explicó para qué servía cada pieza, cómo se enfocaba y por qué era importante no tocar las lentes con los dedos llenos de galleta.

El cielo tardó unos minutos en imponerse sobre el resto. Al principio solo veía la playa, las sombras de las personas y el resplandor lejano de algunos pueblos de la costa.

Después levanté la cabeza y comprendí por qué Mauro había elegido aquel lugar. La Vía Láctea cruzaba el cielo como una franja blanquecina y había tantas estrellas que costaba distinguir las constelaciones.

En Madrid, el cielo siempre parecía tener un límite. Allí, en cambio, daba la impresión de que podías caer hacia arriba si lo mirabas durante demasiado tiempo.

Preparé la cámara con un objetivo luminoso y la coloqué sobre el trípode. Necesitaba exposiciones largas, un encuadre amplio y mucha paciencia.

Empecé probando varios tiempos mientras el resto hablaba a mi alrededor. Rubén aseguraba que de niño había visto una estrella fugaz durar casi un minuto, Sergio lo acusaba de inventarse la mitad de sus recuerdos y Ainara intentaba convencer a los mellizos de que los deseos no podían incluir animales salvajes, armas ni parques acuáticos dentro de su casa.

—¿Y una cabra pequeña? —preguntó Noa.

—Tampoco.

—Pero, mamá, tú trabajas con animales.

—Precisamente por eso sé lo que pasa cuando una cabra entra en una casa.

—¿Ha pasado?

—No quiero hablar de ello.

Las risas recorrieron las mantas.

Hice varias fotografías y me alejé unos metros para buscar un encuadre en el que aparecieran las siluetas del grupo bajo el cielo.

Desde allí, las linternas apagadas, los cuerpos tumbados y las voces bajas componían una escena mucho más bonita de lo que había imaginado.

Disparé una vez. Luego otra. En la tercera exposición apareció la primera Perseida.

Una línea blanca cruzó la parte superior del cielo y desapareció antes de que pudiera reaccionar.

—¡La he visto! —gritó Teo.

—¡Yo también! —respondió Noa.

Todo el grupo empezó a hablar al mismo tiempo. Algunos aseguraban haberla visto entera, otros solo el final, y Rubén declaró que había sido la mejor estrella fugaz de la historia pese a que apenas había levantado la cabeza.

Revisé la pantalla y descubrí que la cámara la había captado como una línea limpia sobre la oscuridad.

—La tienes —dijo Mauro a mi espalda.

No lo había oído acercarse.

—Por suerte.

—No ha sido suerte. Llevas veinte minutos esperando.

Se agachó junto a mí para mirar la pantalla. La cercanía ya no me resultaba incómoda del mismo modo que antes. Seguía siendo consciente de él, quizás demasiado, pero había dejado de sentir la necesidad de apartarme.

—¿Quieres verla con el telescopio? —preguntó.

—¿Una estrella fugaz?

—Eso va a ser complicado. Pero puedo enseñarte otras cosas.

Acepté más por curiosidad que por otra cosa. Mauro llevó el telescopio unos metros más lejos, hacia una zona donde el grupo apenas se escuchaba.

Lo colocó sobre una parte firme de la arena y ajustó el ángulo con movimientos seguros. Me explicó que su padre había sido aficionado a la astronomía desde joven y que, cuando él era niño, lo despertaba algunas noches para enseñarle planetas o eclipses desde la azotea de su casa.

—¿Y te gustaba?

—A veces. Otras solo quería dormir.

—Muy romántico.

—Tenía nueve años. El romanticismo competía con el colegio al día siguiente.

Sonreí mientras él buscaba el primer punto en el cielo. Después apartó la vista del ocular y me indicó que mirara.

Al principio no vi nada salvo oscuridad. Mauro colocó una mano cerca del soporte y realizó un pequeño ajuste.

—Ahora.

Volví a acercarme. Una estrella doble apareció nítida, dos puntos brillantes tan próximos que a simple vista parecían uno solo.

—¿Qué es?

—Albireo. Está en la constelación del Cisne. Una se ve más dorada y la otra más azul.

Me quedé mirando. Era extraño pensar que algo tan lejano pudiera tener colores distintos y que, desde la playa, pareciera una pequeña luz sin importancia.

—¿Tu padre te enseñó todo esto?

—Gran parte. Después seguí por mi cuenta.

—¿Y tu madre compartía la afición?

Mauro sonrió.

—No. Mi madre decía que bastante tenía con dos hombres empeñados en levantarse de madrugada para mirar el cielo. Sigue viviendo en Cádiz y todavía guarda casi todas las fotografías que él reveló.

La brisa movió el pelo sobre mi cara y tuve que apartarlo antes de volver a mirar. Mauro permanecía a mi lado sin prisa, esperando a que terminara.

No intentaba impresionarme con datos ni convertir el momento en algo más de lo que era. Compartía conmigo una afición que parecía guardar en un lugar más privado que el resto de sus cosas.

—Nunca te habría imaginado con un telescopio —admití.

—¿Qué imaginabas?

—No sé. Pesas, motos, competiciones absurdas.

—Tengo pesas.

—Lo sabía.

—Y una moto.

—También.

—Pero las competiciones absurdas las organiza Martín.

Nos echamos a reír. Desde las mantas llegó el grito de Ainara anunciando otra estrella fugaz. Giré la cabeza, pero ya había desaparecido.

Mauro señaló una zona del cielo.

—Mira hacia allí. Suelen aparecer cerca de Perseo, aunque pueden cruzar cualquier parte.

Nos tumbamos sobre una manta pequeña que había llevado aparte. Al principio mantuve una distancia prudente, con las manos apoyadas sobre el estómago y la cámara a un lado.

Mauro colocó un brazo bajo la cabeza y señaló varias constelaciones. Me enseñó Casiopea, con su forma de uve doble, el Triángulo de Verano y la línea de estrellas que dibujaba el Cisne. Yo intentaba seguir sus indicaciones, aunque muchas veces terminaba mirando donde no era.

—Esa no es Casiopea —me corrigió después de mi tercer intento.

—Desde aquí tiene forma de uve.

—Todo tiene forma de uve si eliges las estrellas que te convienen.

—Eso es muy profundo.

—Es una crítica a tu orientación espacial.

—He llegado hasta aquí sin perderme.

—Venías siguiendo a veinte personas.

Otra Perseida atravesó el cielo, esta vez más brillante.

Los dos guardamos silencio hasta que desapareció. Después llegaron dos más con pocos minutos de diferencia y la playa entera empezó a reaccionar cada vez con menos gritos, como si el asombro se hubiera convertido en algo íntimo.

Las conversaciones bajaron de volumen, los niños se cansaron de pedir deseos en voz alta y el mar quedó como único fondo constante.

—¿Pides algo? —preguntó Mauro.

—¿Tú?

—No suelo.

—Qué poco imaginativo.

—Prefiero intentar conseguir las cosas.

Giré la cabeza hacia él. El perfil de su rostro apenas se distinguía bajo la luz del cielo.

—Hay cosas que no dependen de uno.

—Esas son las que menos sentido tiene pedirle a una piedra que se quema en la atmósfera.

—Ahora eres tú quien arruina la magia.

—Pensé que era tu especialidad.

Le di un pequeño golpe con el hombro. Mauro sonrió, pero no se apartó. Nuestros brazos quedaron rozándose sobre la manta.

El contacto era mínimo, una línea de calor junto a mi piel, pero me resultó imposible ignorarlo.

—Mi padre sí pedía deseos —continuó después de unos segundos—. Nunca me decía cuáles.

—Quizás para que se cumplieran.

—O porque eran privados.

—Eso también existe.

Mauro asintió. La siguiente estrella fugaz tardó en aparecer.

Mientras esperábamos, escuché a lo lejos la risa de Ainara y la voz de Martín explicándole a Teo por qué no podía utilizar la linterna para comunicarse con aviones.

El grupo seguía cerca, lo bastante próximo para que aquel momento no pareciera una cita, pero lo bastante lejos para que tuviéramos la sensación de estar solos.

—¿Y tú? —preguntó Mauro—. ¿Qué pedirías?

Me quedé mirando el cielo.

La respuesta más fácil habría sido una cámara nueva, un reportaje perfecto o algo para los niños. Sin embargo, lo primero que pensé fue en Samuel. No en volver con él, castigarlo ni siquiera olvidarlo. Pensé en la versión de mí misma que había quedado atrapada en los últimos meses, desconfiando de todo y protegiéndose incluso cuando no existía ninguna amenaza.

—No lo sé —respondí al final.

—Eso es mentira.

—No tengo por qué contártelo.

—No te lo he pedido. Solo digo que lo sabes.

Guardé silencio porque tenía razón y porque empezaba a molestarme que me conociera lo suficiente para detectarlo.

—Querría dejar de tener la sensación de que todo lo bueno viene con una trampa —admití.

Mauro no respondió de inmediato. No hizo una broma ni preguntó quién me había hecho creer aquello.

—Eso no se pide —dijo al cabo de un rato—. Se practica.

—¿Cómo se practica?

—Dejando que alguna cosa buena ocurra sin intentar desmontarla antes de tiempo.

Giré la cabeza hacia él. Mauro seguía mirando al cielo, como si acabara de comentar algo sin importancia. Sin embargo, sentí que la frase se instalaba en un lugar incómodo dentro de mí.

—Suena fácil cuando lo dices tú.

—No he dicho que sea fácil.

Otra estrella cruzó el cielo. Esta vez ambos la vimos desde el principio. Fue larga, brillante y dejó una estela durante un segundo más de lo habitual.

—Pide algo —murmuró Mauro.

Cerré los ojos apenas un instante.

No pedí un hombre, un romance ni una vida distinta. Pedí ser capaz de reconocer lo bueno cuando lo tuviera delante. Era un deseo demasiado abstracto para una estrella fugaz, pero al menos era mío.

Cuando abrí los ojos, Mauro me estaba mirando.

—No preguntes —advertí.

—No iba a hacerlo.

—Te conozco.

—No, todavía no.

La frase me recordó la tarde del levante y sonreí. Esta vez él no apartó la vista.

Durante unos segundos nos quedamos así, tumbados bajo un cielo inmenso, con los brazos rozándose y una distancia entre nuestras caras que parecía menor de lo que era.

Teo apareció corriendo antes de que ninguno de los dos hiciera nada.

—¡Mauro! ¡Mamá dice que el telescopio está desenfocado!

Nos separamos con una rapidez que habría resultado ridícula si alguien hubiera estado observando.

—Voy —respondió él, incorporándose.

Mi sobrino me miró.

—¿Qué hacíais?

—Mirar estrellas.

Teo aceptó la explicación y salió corriendo otra vez. Mauro recogió la manta y me tendió una mano para ayudarme a levantarme.

La acepté. Sus dedos se cerraron alrededor de los míos y tardamos un segundo de más en soltarnos.

Regresamos con el grupo. Ainara me miró desde su manta con una sonrisa que prometía preguntas, pero tuvo la prudencia de no formularlas delante de todos.

Me senté junto a ella mientras Mauro ayudaba a Noa con el telescopio y Martín repartía los últimos trozos de tortilla. Los niños estaban agotados, varios adultos empezaban a recoger y el ritmo de las Perseidas había bajado.

Antes de marcharnos hice una última fotografía.

En el encuadre aparecía el grupo de espaldas, tumbado sobre las mantas, con el cielo lleno de estrellas y el perfil de Mauro inclinado sobre el telescopio junto a los niños.

No era una imagen perfecta. Había sombras, movimiento y una parte de la manta de Ainara invadía el borde inferior.

Aun así, supe que sería una de mis favoritas.

Durante el camino de vuelta, Teo se quedó dormido sobre los hombros de Martín y Noa caminó de la mano de Mauro, arrastrando los pies mientras intentaba recordar cuántos deseos había pedido.

Ainara avanzaba a mi lado en silencio. Esperó hasta que los demás se alejaron unos metros antes de hablar.

—¿Qué tal la astronomía?

—Interesante.

—Claro.

—No pongas esa cara.

—¿Qué cara?

—La de hermana que cree saber algo.

Ainara sonrió.

—No creo saber nada. Solo veo que llevas un rato mirando a Mauro.

Aparté la vista hacia el sendero.

—Estaba mirando a Noa.

—Por supuesto.

No respondí. Al fondo, Mauro se agachó para escuchar algo que mi sobrina le decía y después levantó la cabeza hacia nosotras. Sus ojos se cruzaron con los míos durante un instante.

Sonrió.

Yo también.

Y comprendí que aquella noche había pedido un deseo equivocado.

No necesitaba aprender a reconocer las cosas buenas cuando las tuviera delante.

Empezaba a reconocerlas demasiado bien.

Capítulo 19



Tenía que reconocer que nos lo estábamos pasando sensacional aquel verano.

La idea de ir a la feria surgió durante el desayuno, como casi todas las decisiones que acababan demostrándome que, pese a mis reticencias iniciales, aceptar aquellos planes terminaba viniéndome de lujo.

Ainara apareció en el porche con el teléfono en la mano y una expresión de entusiasmo que ya empezaba a reconocer como señal de peligro.

Había descubierto en internet que, muy cerca del camping, un pueblo celebraba sus fiestas de verano. Les enseñó varias fotografías de farolillos, casetas, atracciones y gente vestida de flamenca a dos niños que no necesitaban ningún estímulo adicional para revolucionarse.

—Vamos —decidió, ampliando una imagen en la pantalla—. Esta tarde.

Levanté la vista del café.

Teo y Noa empezaron a saltar alrededor de la mesa gritando que querían subir a todas las atracciones.

Noa aseguró que necesitaba un vestido de flamenca porque, sin él, no podían dejarla entrar en la feria, una información que se había inventado con una convicción admirable.

Teo, por su parte, pidió un traje de torero, una espada y un caballo. Ainara le explicó que aquella no era exactamente la indumentaria adecuada, aunque prometió buscarle algo «con estilo andaluz» antes de que se organizara una protesta infantil.

A las siete de la tarde, mis sobrinos parecían dos pequeñas figuras salidas de una postal.

A Noa le había comprado un vestido verde agua con lunares blancos, una falda corta de varios volantes y una flor amarilla que Ainara le había colocado en el pelo después de una discusión de quince minutos sobre si debía ir en el centro o a un lado.

La niña llevaba pulseras de colores, pendientes de clip y una seguridad en sí misma que habría intimidado a cualquier modelo profesional.

Teo vestía una camisa blanca, un pantalón oscuro y un chaleco beige que él consideraba «de artista famoso». Insistía en llevar un sombrero cordobés demasiado grande, que se le caía sobre los ojos cada vez que corría, aunque se negaba a quitárselo porque, según él, sin sombrero solo parecía un niño normal.

Ainara eligió un vestido rojo sencillo, ajustado en la cintura y con pequeños volantes en las mangas. No era un traje de flamenca, pero conseguía darle ese aire festivo que ella parecía capaz de encontrar incluso con una sábana bien colocada.

Yo me conformé con un vestido blanco de algodón, unas sandalias cómodas y el pelo recogido en una coleta baja. Había aprendido que cualquier actividad que incluyera niños, música y más de cien personas exigía un calzado que permitiera correr.

El grupo nos esperaba junto a la entrada del camping.

Martín había conseguido varios coches y Mauro discutía con Rubén sobre quién conduciría a la vuelta, una conversación que terminó cuando Ainara declaró que ningún hombre con más de dos cervezas tendría derecho ni siquiera a acercarse a un volante.

Mauro levantó las manos, aceptando la norma, y después se agachó ante Noa con una solemnidad exagerada.

—Señorita, está usted impresionante.

Mi sobrina hizo una pequeña reverencia y señaló su flor.

—Es auténtica.

—No lo dudaba.

Teo se interpuso entre ambos para mostrarle su sombrero. Mauro afirmó que parecía el propietario de una finca enorme, y mi sobrino pasó el resto de la tarde caminando con las manos detrás de la espalda, como si supervisara trabajadores imaginarios.

El pueblo estaba lleno cuando llegamos.

Las calles cercanas al recinto ferial aparecían decoradas con farolillos de colores, banderines y luces que empezaban a encenderse mientras caía la tarde.

Se escuchaba música desde varias casetas, el aire olía a fritura, algodón de azúcar y manzanilla, y una multitud avanzaba en todas direcciones sin una lógica aparente.

Había familias completas vestidas para la ocasión, grupos de adolescentes, mujeres con flores enormes en el pelo y hombres que parecían capaces de bailar sevillanas sin derramar una gota de la copa.

Nada más cruzar la entrada, los niños divisaron las atracciones y dejaron de prestar atención al resto del mundo. Teo señaló una montaña rusa pequeña, Noa quiso subir a unas tazas giratorias y ambos gritaron al mismo tiempo que necesitaban churros antes de hacer cualquier otra cosa.

Ainara intentó imponer un orden, pero la feria no estaba diseñada para fomentar la paciencia.

—Primero damos una vuelta —decidió—. Después comemos algo y luego vamos a las atracciones.

—Eso suena demasiado razonable —comentó Mauro.

—Por eso nadie me hará caso.

Avanzamos por la calle principal mientras yo tomaba fotografías. Había niñas bailando frente a una caseta, parejas mayores paseando del brazo y camareros atravesando la multitud con bandejas de vasos en alto.

La luz cálida de las bombillas se mezclaba con el cielo todavía azul y creaba una atmósfera perfecta.

Me detuve varias veces para capturar a Noa girando la falda, a Teo intentando mantener el sombrero en su sitio y a Ainara riéndose con Lucía mientras ambas se probaban unas gafas de sol de lo más llamativas en un puesto.

Mauro apareció con dos vasos de refresco y me entregó uno.

—Te estás quedando atrás.

—Estoy trabajando.

—Llevas media hora haciendo fotos a tus sobrinos.

—También forman parte del verano.

—Claro. El reportaje debería llamarse «Dos renacuajos madrileños conquistan Cádiz».

—Podría vender mucho.

Seguimos caminando uno al lado del otro. Cada pocos metros alguien saludaba a Mauro o a Martín y yo empezaba a sospechar que aquel grupo conocía a media provincia.

En una caseta pequeña sonaban sevillanas y varias parejas bailaban sobre un suelo de albero cubierto de marcas. Ainara se detuvo de inmediato.

—Entramos.

—No, sigamos un poco —respondí.

—No te he preguntado a ti.

—Pero sé lo que viene después.

Mi hermana me agarró del brazo, aunque esta vez Mauro se adelantó y me empujó con suavidad hacia el interior.

—Vamos.

Me giré hacia él.

—No sé bailar sevillanas, de modo que no se te ocurra intentarlo.

—Yo tampoco soy cirujano y sé poner una tirita.

—No es lo mismo.

—Tiene más riesgo la tirita.

La caseta estaba llena, pero el ambiente era informal. Nadie parecía juzgar los pasos de los demás.

Había personas que bailaban con una precisión perfecta y otras que solo giraban, daban palmas y se reían cuando perdían el compás.

Ainara encontró pareja enseguida con Sergio, que aseguró saber lo suficiente para no pisarla más de dos veces. Martín se colocó frente a Lucía y los niños empezaron a imitar los movimientos de un matrimonio mayor.

—No pienso hacerlo —advertí.

Mauro extendió una mano.

—Entonces quédate quieta y deja que yo haga el ridículo.

—Eso podría interesarme.

Acepté su mano con la única intención de demostrar que aquella idea era un desastre. Mauro se colocó frente a mí y empezó a marcar los pasos con más soltura de la que había esperado.

No bailaba como un experto, pero conocía el orden, sabía cuándo girar y tenía suficiente seguridad para disimular cualquier error.

—Me has mentido —le dije mientras intentaba copiarlo.

—¿Sobre qué?

—Sabes bailarlas.

—Sé sobrevivir.

—No voy a conseguir seguirte.

—Solo escucha el ritmo.

—Lo estoy escuchando. El problema son mis pies.

Me sonrió y se acercó lo suficiente para indicarme con una mano la dirección del siguiente giro.

—Derecha, vuelta y palmas.

—Hablas como si fuera fácil.

—Lo es cuando no piensas tanto.

Intenté girar y terminé dándole un golpe con el codo en el pecho. Mauro retrocedió un paso, se llevó una mano al corazón y puso una expresión de dolor exagerada.

—Eso no formaba parte del baile.

—Improvisación artística.

—Tienes un concepto muy agresivo del arte.

La pareja que bailaba cerca se echó a reír.

Quise abandonar, pero Mauro me tomó de nuevo de la mano antes de que pudiera apartarme. Esta vez redujo el ritmo, exageró los movimientos y consiguió que completara una parte sin tropezar.

Cuando llegó el cambio, me hizo girar y terminé demasiado cerca de él, con una mano apoyada sobre su hombro y la otra todavía entre sus dedos.

—¿Ves? —me preguntó—. No era tan difícil.

—Eso ha sido suerte.

—A todo lo bueno lo llamas suerte.

La frase me hizo perder el paso. Mauro no insistió. Se limitó a sonreír y continuar el baile mientras yo intentaba no pensar en lo cerca que estaba su boca ni en la facilidad con la que empezaba a sentirme cómoda a su lado.

Al terminar la sevillana, Ainara aplaudió como si acabara de presenciar una actuación profesional.

Teo y Noa corrieron hacia nosotros anunciando que ellos también sabían bailar, aunque su demostración consistió en girar hasta marearse y caer al suelo entre carcajadas.

Terminamos cenando en otra caseta, esta vez enorme y abierta por los cuatro costados, donde el aire olía a brasas, pescaíto frito y vino fino.

Las mesas de madera estaban ocupadas por familias enteras que hablaban a voces mientras los camareros atravesaban el salón con bandejas imposibles cargadas de platos.

Sobre el tablao sonaba un grupo de rumbas en directo y, cada vez que terminaba una canción, alguien arrancaba a dar palmas antes incluso de que empezara la siguiente.

Ainara tomó el mando de la cena como si hubiera organizado la feria ella misma.

En menos de cinco minutos ya había pedido media carta, convencida de que «las vacaciones no entienden de moderación».

Empezaron llegando unas cazuelitas de gambas al ajillo que seguían chisporroteando, una fuente enorme de puntillitas recién fritas, croquetas de choco con una bechamel tan cremosa que casi se deshacían antes de llegar a la boca y un plato de tortillitas de camarones tan finas y crujientes que desaparecieron en cuestión de segundos, sobre todo porque Teo decidió que podía comerlas «como si fueran patatas fritas».

Después aparecieron unas bandejas de cazón en adobo, dorado por fuera y jugoso por dentro, unas tiras de pollo adobado para los niños, un surtido de quesos de la sierra con mermelada de tomate y una ensalada de tomate rosa aliñado con aceite, sal en escamas y ventresca que, según Ainara, servía para tranquilizar su conciencia antes del siguiente plato.

Mauro insistió en que nadie podía marcharse sin probar el atún rojo a la plancha y, cuando llegó, entendí perfectamente por qué. Apenas necesitaba un golpe de calor; el centro permanecía rosado, brillante y tan tierno que casi podía cortarse con el tenedor.

Los niños alternaban bocados con carreras alrededor de la mesa.

Noa aparecía cada pocos minutos para beber agua y volvía a desaparecer con el vestido de lunares, levantándose detrás de ella como un pequeño remolino verde.

Teo regresaba siempre con algún descubrimiento nuevo: un globo con forma de espada, una pulsera luminosa o la historia completamente inventada de un caballo blanco que, según él, pertenecía al alcalde.

Ainara acabó rindiéndose y dejó de intentar mantenerlos sentados.

—Si vuelven con las dos piernas y el mismo número de hermanos, doy la cena por buena —concluyó mientras partía un trozo de pan para mojar en el aceite que quedaba de las gambas.

Cuando ya pensábamos que no podía caber nada más sobre la mesa, apareció una ración de lagrimitas de pollo para los pequeños, unas patatas aliñadas con melva y cebolla morada que Mauro juró que eran obligatorias en cualquier feria que se respetara y, para rematar, una fuente de churros recién hechos con chocolate espeso que hizo que los niños regresaran milagrosamente sin necesidad de llamarlos.

No recuerdo haber probado un postre mejor aquella semana, aunque sospechaba que la compañía, las risas y el ambiente tenían bastante culpa de ello.

A nuestro alrededor seguían sonando rumbas y también sevillanas, alguien brindaba en la mesa vecina y los farolillos se balanceaban despacio sobre nuestras cabezas mientras la feria continuaba creciendo con la noche.

Tras la cena, nos marchamos a la zona de las atracciones.

Las primeras fueron sencillas. Los niños nos obligaron a subir a unos coches, a un tren pequeño y a las tazas giratorias, donde Ainara terminó pidiendo que pararan porque Teo descubrió que podía hacerlas rotar más rápido si giraba la rueda central.

Después llegaron las atracciones para adultos y el grupo empezó a dividirse entre quienes querían subir y quienes preferían conservar la cena dentro del estómago.

Mauro señaló una estructura enorme que giraba mientras levantaba las cabinas a varios metros del suelo.

—Esa.

Negué de inmediato.

—Ni hablar.

—¿Te da miedo?

—No.

—Entonces sube.

—No necesito demostrarte nada.

—Perfecto. Me alegra que lo admitas.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Eso ha sido manipulación.

—Y ha funcionado.

Cinco minutos después estaba sentada a su lado, ajustándome una barra de seguridad y preguntándome por qué seguía cayendo en todas sus provocaciones.

La atracción empezó a moverse despacio. Mauro parecía encantado, mientras yo agarraba la barra con ambas manos.

—Todavía puedes decir que tienes miedo —comentó.

—Todavía puedes callarte.

El movimiento aumentó y la cabina subió. Las luces de la feria quedaron debajo de nosotros, formando un laberinto de colores.

Durante unos segundos, antes de que la velocidad se desbocara, pude ver el pueblo entero, las calles iluminadas y la oscuridad del campo más allá.

—Mira —dijo Mauro.

—Estoy mirando.

—No la barra. Fuera.

Le hice caso justo cuando la atracción descendía de golpe. Grité sin poder evitarlo y él empezó a reírse.

Un segundo después volvimos a subir y fui yo quien se rio al ver su pelo completamente desordenado por el viento.

Cuando bajamos, me temblaban las piernas. Mauro caminaba como si no hubiera ocurrido nada.

—Ha estado bien —admití.

—En tu idioma eso significa que quieres repetir.

—Ni loca.

—Entonces dentro de diez minutos.

Me agarró del brazo cuando casi tropecé con un escalón y no me soltó hasta que recuperé el equilibrio.

A unos metros, Ainara nos observaba con una sonrisa que fingió ocultar bebiendo de su vaso.

La siguiente atracción fue una casa del terror.

Teo insistió en entrar porque aseguraba que nada le daba miedo, pero terminó abrazado a Martín a los treinta segundos.

Noa, en cambio, caminó delante de todos preguntando a los actores dónde compraban las máscaras.

Mauro y yo cerrábamos el grupo. En uno de los pasillos oscuros, una figura saltó detrás de una cortina y me agarré a su brazo por reflejo.

—¿No te daba miedo nada? —susurró.

—Eso lo dijo Teo.

—Pero tú te ríes de él.

—Soy su tía. Está en el contrato.

No solté su brazo hasta que salimos, aunque podría haberlo hecho varios metros antes.

La noche continuó entre atracciones y puestos y, por si hubiera sido poco, también con más comida en forma de manzanas caramelizadas y algodón de azúcar de todos los colores.

Mauro ganó un peluche enorme en una caseta de tiro después de que yo afirmara que todos aquellos juegos estaban amañados. Falló el primer intento, acertó los tres siguientes y recibió un flamenco rosa de tamaño XXL.

—No pienso cargar con eso —advertí.

—Nadie te lo ha pedido.

Se agachó y se lo entregó a Noa, que lo abrazó con tanta fuerza que casi desapareció detrás de él.

—Es para ti.

Mi sobrina dio un grito, lo besó en la mejilla y salió corriendo para enseñárselo a su hermano.

Mauro se incorporó con una sonrisa algo avergonzada.

—Podrías habérmelo regalado a mí —bromeé.

—Has dicho que no pensabas cargar con él.

—Era una prueba.

—La he suspendido con dignidad.

Seguimos andando mientras el resto se adelantaba. Por primera vez en toda la noche, quedamos unos metros por detrás del grupo.

La música llegaba desde varias casetas y los farolillos se mecían sobre nuestras cabezas.

—Te lo estás pasando bien —dijo.

—Quizás un poco.

—Has bailado, has subido a tres atracciones y te has agarrado a mi brazo en una casa del terror.

—Eso último fue instinto de conservación.

—Claro.

—Y las sevillanas fueron una humillación pública.

—No estabas tan mal.

—Casi te rompo una costilla.

—He tenido parejas peores.

Giré la cabeza hacia él.

—¿Muchas?

Mauro sonrió sin responder de inmediato.

—Las suficientes para apreciar una que al menos intenta seguir el ritmo.

No supe por qué aquella frase me molestó un poco. Quizás porque me recordó que la versión de él rodeado de mujeres no había desaparecido del todo de mi cabeza.

Mauro pareció darse cuenta del cambio en mi expresión, pero, antes de que pudiera decir nada, Teo regresó corriendo y nos informó que Ainara quería una foto de todos juntos.

Nos colocamos frente a una entrada iluminada. Los niños ocuparon el centro, Noa abrazada a su flamenco y Teo sujetando el sombrero con ambas manos.

Ainara se puso junto a Martín, el resto se apretó alrededor y Mauro terminó a mi lado.

En el momento en que un feriante tomó la fotografía, él apoyó una mano en mi cintura para acercarme al grupo. Es cierto que me había ofrecido a hacerla yo, pero declinaron mi propuesta porque, entonces, no habría salido en ella.

Por parte de Mauro, fue un gesto breve, natural y quizás necesario para entrar en el encuadre.

Aun así, sentí el calor de su palma incluso después de que se apartara.

Regresamos al camping pasada la medianoche. Los niños se durmieron en el coche antes de salir del pueblo y Ainara condujo en compañía de Martín.

Yo iba en el coche de Mauro porque el reparto de pasajeros había terminado siendo tan caótico como todo lo demás.

Durante parte del camino no hablamos. El silencio no pesaba. Afuera, las luces de la carretera cruzaban su rostro por momentos.

—¿Cuál ha sido tu parte favorita? —preguntó al cabo de un rato.

—Verte sufrir en las tazas.

—No sufrí.

—Estabas verde.

—Era la iluminación.

—Ya…

Mauro sonrió y miró hacia delante.

—La mía han sido las sevillanas.

—Eso es porque disfrutas humillando a la gente.

—No.

Volvió la cabeza hacia mí.

—Porque durante un rato dejaste de pensar.

Me quedé callada. Hacía tiempo que alguien me observaba demasiado bien y aquello ya no me producía ganas de esconderme.

Apoyé la cabeza contra el asiento y miré por la ventanilla.

La feria se había quedado atrás, pero todavía llevaba en el cuerpo la música, las luces y la sensación de su mano en mi cintura.

Había ido convencida de que sería una noche más del verano.

Empezaba a sospechar que, con Mauro, ninguna noche iba a ser solo una noche más.

Capítulo 20



Aquella tarde había conseguido avanzar más trabajo que durante toda la semana anterior.

Vera había llamado para decirme que el reportaje empezaba a tomar forma, que las fotografías del levante le parecían las mejores del conjunto y que, si seguía así, tendría material de sobra para la portada.

Colgué con una satisfacción que hacía mucho tiempo que no sentía y me permití el lujo de cerrar el ordenador antes de que anocheciera. Ainara estaba en el porche peinando a Noa, mientras Teo intentaba enseñarle a Martín un truco de magia que consistía, básicamente, en esconder una piedra detrás de la espalda y fingir sorpresa cuando volvía a aparecer.

No había terminado de sentarme cuando alguien carraspeó con suavidad al otro lado de la barandilla.

Levanté la vista.

Mauro llevaba un pantalón vaquero claro, una camisa blanca remangada y las manos metidas en los bolsillos. Por alguna razón, verlo sin el uniforme del camping ni ropa deportiva seguía resultándome extraño, como si acabara de descubrir que también sabía existir fuera de aquel escenario.

—Buenas tardes —me saludó.

—Depende.

Él arqueó una ceja.

—¿De qué?

—De si vienes a meterme en otro coche contra mi voluntad.

Ainara soltó una carcajada antes incluso de que Mauro respondiera.

—Hoy no hace viento.

—Eso juega a tu favor.

Él sonrió despacio y apoyó un hombro en la barandilla.

—He pensado que igual te apetecía venir conmigo al mercado marinero del puerto.

Lo dijo con una naturalidad desarmante, como si me estuviera preguntando la hora.

—¿A mí?

—A ti, a ti. ¿Tan raro te parece?

—También depende. Y, además, ¿qué se me ha perdido a mí en el mercadillo?

En realidad, me apetecía ir con él y me sentía halagada por la invitación. Lo que no me gustaba era demostrárselo.

—Hay artesanos muy buenos. Pintores, ceramistas, gente que trabaja el cuero, la plata… Creo que te gustaría hacer fotos allí.

—¿Solo por eso me invitas?

Mauro sostuvo mi mirada con una media sonrisa.

—Mi interés continúa siendo profesional.

—¿Seguro?

—Noventa y nueve por ciento.

—Vas mejorando.

—El otro uno por ciento es curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Quiero saber cuántas fotografías eres capaz de hacer antes de volver a la carga contra mí.

Mauro giró sobre sus talones y se marchó, como si tuviera la certeza absoluta de que aceptaría y, por tanto, mi respuesta le diera igual. Su seguridad me resultaba tan atractiva como insultante.

Ainara dejó el cepillo sobre la mesa.

—Vete. No te lo digo dos veces.

Giré la cabeza.

—No puedes organizar mi vida, hermanita. No sé si eres consciente de que no soy uno de tus renacuajos. No seas mandona.

—No estoy organizando nada. Solo intento que salgas de este bungaló antes de que eches raíces.

—De acuerdo, iré. Pero que conste que no es una cita.

—Vale, no lo es.

Resoplé.

Una hora más tarde caminábamos por el paseo marítimo mientras el sol terminaba de esconderse detrás del horizonte.

El mercado ocupaba una explanada junto al puerto deportivo y estaba formado por decenas de puestos de madera iluminados con guirnaldas de bombillas cálidas.

Sonaba música en directo desde una pequeña tarima donde un chico tocaba la guitarra acompañado de un cajón flamenco. El olor a sal se mezclaba con el de las velas artesanales, el cuero recién trabajado y el azúcar tostado de unos puestos de dulces que hacían imposible pasar de largo.

Aquello era un paraíso para cualquier fotógrafo.

Había ancianos trenzando redes de pesca, una mujer pintando acuarelas del litoral sobre pequeños cuadernos, un hombre que fabricaba barcos en miniatura utilizando madera recogida en la playa y una pareja que moldeaba vidrio mientras un pequeño horno teñía el aire de reflejos anaranjados.

Me olvidé enseguida de Mauro. Saqué la cámara y empecé a moverme de un lado a otro buscando gestos, manos, sonrisas y pequeños detalles.

Él no dijo absolutamente nada. Ni una sola vez me pidió que me diera prisa. Se limitaba a caminar unos metros por detrás, observando los puestos o respondiendo con paciencia cuando algún artesano lo reconocía del camping.

Después de casi una hora, terminé frente a un anciano que trabajaba pequeñas piezas de plata. Sobre la mesa descansaban pendientes, pulseras y colgantes inspirados en el mar. Había conchas, timones, pequeñas anclas y faros diminutos.

Entre todas las piezas encontré una que me obligó a detenerme.

Era un pequeño cristal de mar.

No tendría más de un centímetro. El tiempo había redondeado todos sus bordes y la superficie conservaba ese acabado mate que solo consigue el océano después de muchos años. Estaba engarzado en una montura sencilla de plata, sin adornos, como si el artesano hubiera comprendido que el verdadero protagonista era aquella diminuta piedra verde azulada.

Lo cogí entre los dedos.

—Es precioso —murmuré.

—Ese cristal apareció después de un temporal hace más de quince años —explicó el artesano—. El mar tarda mucho en convertir un trozo de vidrio roto en algo así.

Sonreí sin apartar la vista del colgante y pregunté el precio. Era muy razonable, aunque lo cierto era que medía mucho mis gastos. No sabía muy bien por qué, pero me costaba darme caprichos.

Lo dejé otra vez sobre la mesa.

—Otro día.

El hombre no insistió. Mauro tampoco.

Seguimos caminando.

Nos detuvimos frente a un pintor que retrataba barcos pesqueros utilizando únicamente tres colores. Más adelante encontramos a un fotógrafo jubilado que revelaba imágenes antiguas y vendía copias analógicas de playas gaditanas tomadas cuarenta años atrás.

Mauro se quedó hablando con él.

Para mi sorpresa, la conversación no giró alrededor de la playa ni del camping.

Hablaron de cámaras, carretes, ampliadoras, papel baritado y del olor de los líquidos de revelado.

Los escuché completamente desconcertada.

Cuando el hombre se marchó para atender a unos clientes, miré a Mauro.

—¿Cómo sabes todo eso?

Él sonrió.

—Mi padre revelaba fotografías.

—¿En serio? Tu padre era una cajita de sorpresas, por lo que veo…

Asintió.

—Tenía un cuarto oscuro montado en casa. De pequeño me dejaba ayudarle.

—Nunca me lo habías contado, serás bobo…

—Nunca me lo habías preguntado.

No supe qué responder. De repente, entendí muchas cosas: por qué observaba mi manera de trabajar con tanta atención, por qué había descrito tan bien lo que me ocurría cuando hacía fotografías y por qué nunca tocaba mi cámara sin preguntarme antes, salvo cuando decidió que me estaba ahogando, claro.

No era casualidad.

Había crecido junto a alguien que miraba el mundo como yo.

Seguimos paseando hasta terminar de recorrer el mercado. Cuando ya nos alejábamos hacia el paseo, escuché una voz detrás de nosotros.

—¡Eh! ¡La fotógrafa!

Me volví. Era el artesano de la plata.

Se acercó despacio y me tendió una pequeña bolsa de papel.

—Tu amigo me dijo que esperara a que os marcharais.

Fruncí el ceño y miré a Mauro.

Él ya contemplaba el mar con una expresión tan inocente que resultaba hasta ofensiva.

Abrí la bolsa. Dentro estaba el colgante.

Me giré inmediatamente hacia él.

—Eres idiota.

—Eso me suena.

—No puedo aceptar esto.

—Claro que puedes.

—No.

Le tendí la bolsa.

Él no hizo el menor intento por cogerla.

—Entonces tíralo al mar.

—No seas tonto.

—Pues póntelo. Y deja de enfadarte por todo, a ser posible.

Resoplé.

Saqué el colgante. El cristal brillaba bajo la luz de las farolas. Intenté cerrar el broche detrás del cuello, pero no llegaba. Lo intenté otra vez y el cierre volvió a escaparse.

—Maldita sea…

Mauro extendió la mano.

—Ven.

Dudé unos segundos, pero terminé entregándoselo. Él dio un paso hasta colocarse detrás de mí.

Sentí cómo apartaba mi pelo con una delicadeza inesperada, dejando la nuca al descubierto. Sus dedos rozaron mi piel apenas un instante y, aun así, un escalofrío me recorrió despacio desde el cuello hasta la espalda.

—Quieta.

—Lo estoy.

—No tanto.

No podía verlo. Solo notaba su respiración muy cerca de mi oído y el ligero roce de sus manos intentando encontrar el pequeño cierre. Se le escapó una vez.

—Es diminuto.

—No pongas excusas.

—Estoy empezando a pensar que lo has hecho aposta.

Sonreí sin querer. Él volvió a intentarlo y, esta vez, el broche encajó.

—Ya está.

Giré la cabeza casi al mismo tiempo que él daba un paso hacia atrás.

No llegó a hacerlo.

Nuestras caras quedaron demasiado cerca. Muchísimo.

Podía distinguir las pequeñas motas doradas de sus ojos, el leve movimiento de su respiración y aquella sonrisa que parecía debatirse entre quedarse o desaparecer.

Bajé la vista sin querer, hasta su boca. Él hizo exactamente lo mismo.

Ninguno habló.

El tiempo pareció detenerse durante un segundo interminable. No había ruido, mercado ni farolas. Solo aquel silencio suspendido entre los dos.

Fue Mauro quien terminó de recorrer la distancia.

No fue un beso, sino apenas un roce.

Sus labios tocaron los míos con una suavidad casi tímida, como si estuviera preguntando en lugar de responder. Apenas duró un instante, un suspiro compartido, el contacto más breve del mundo.

Cuando se separó, seguíamos igual de cerca. Ninguno dio un paso atrás. Yo tardé varios segundos en volver a respirar.

Sentía el corazón golpeándome con una fuerza inusitada y una certeza ocupándome la cabeza.

No quería que aquel beso hubiera terminado. Quería otro. Uno de verdad.

Mauro apoyó la frente un instante contra la mía y sonrió muy despacio.

—Creo… —murmuró casi sin voz— que ese uno por ciento acaba de crecer un poco.

No supe qué contestar.

Me limité a levantar una mano hasta el pequeño cristal que descansaba ya sobre mi pecho.

El mar había tardado años en transformar un trozo de vidrio roto en algo hermoso.

Mientras caminábamos de regreso hacia el coche, con nuestras manos rozándose de vez en cuando sin llegar a entrelazarse, pensé que quizás las personas no éramos tan diferentes del cristal.

Algunas también necesitábamos mucho tiempo, muchas mareas… y a alguien dispuesto a descubrir la belleza que seguía escondida debajo de todas las heridas.

Capítulo 21



Me desperté con la sensación de haber hecho algo que, en cuanto terminara de abrir los ojos, iba a exigir una explicación.

Durante unos segundos permanecí quieta, bocarriba, mirando el techo del bungaló mientras el ventilador giraba con una lentitud exasperante.

Afuera ya se escuchaban los primeros ruidos del camping: una cremallera que se abría, alguien arrastrando unas sillas sobre la grava, un niño llamando a su madre desde una parcela cercana y el golpe metálico de unas cucharillas contra las tazas.

Todo parecía exactamente igual que el día anterior y, sin embargo, yo tenía la impresión de que algo se había desplazado durante la noche. Una pieza pequeña. Apenas unos milímetros. Lo suficiente para que ya nada encajara del mismo modo.

Llevé una mano hasta el colgante que seguía descansando sobre mi pecho.

No me lo había quitado para dormir.

El cristal pulido por el mar estaba tibio contra mi piel y, en cuanto mis dedos lo rozaron, regresaron las imágenes que llevaba toda la noche intentando colocar en algún rincón poco comprometido de la memoria: las luces del mercado, las manos de Mauro apartándome el pelo, su respiración tan cerca de mi cara que, por un instante, no había sabido si estaba respirando yo o lo hacía él por los dos. Después, aquel roce de labios.

Ni siquiera había sido un beso de verdad.

Eso era lo peor.

Si Mauro me hubiera besado con decisión, si me hubiera agarrado por la cintura, si hubiera ocurrido algo rotundo y evidente, quizás habría podido enfadarme, analizarlo, colocarle una etiqueta y dedicar el resto de la mañana a decidir por qué había sido una mala idea.

Pero había sido tan breve, tan suave, tan parecido a una pregunta, que no podía acusarlo de nada. Ni siquiera estaba segura de quién se había acercado primero. Solo sabía que, cuando se apartó, yo me había quedado con ganas de seguir.

Me cubrí la cara con las manos.

—Estupendo —murmuré—. Fantástico, Carla.

Había venido a Cádiz para trabajar, respirar y recordar quién era antes de Samuel, no para complicarme la vida con un hombre que llevaba el uniforme de socorrista como si se lo hubieran diseñado a medida, entendía de fotografía analógica y, para empeorar todavía más las cosas, parecía haber aprendido a tratarme con una paciencia que yo no le había concedido al principio.

Me incorporé y permanecí un momento sentada en el borde de la cama.

Tal vez no significaba nada. La noche, el mar, las bombillas cálidas, la música y el colgante podían haber creado una especie de emboscada sentimental.

La gente hacía tonterías en verano. Se besaba en las playas, prometía escribir, volvía a casa y olvidaba el nombre de la persona antes de deshacer la maleta. Aquello podía ser exactamente eso: una pequeña irresponsabilidad estacional.

La idea debería haberme tranquilizado.

No lo hizo.

Cuando salí al porche, Ainara y los niños llevaban despiertos el tiempo suficiente para haber convertido la mesa en el almacén de una mercería que hubiera sufrido un terremoto.

Había hilos elásticos, cuentas de madera, abalorios con forma de estrella, corazones de plástico, letras, pompones y una cantidad increíble de piezas diminutas desperdigadas entre las tazas del desayuno.

Noa estaba sentada de rodillas sobre la silla, con el vestido todavía arrugado de dormir y el pelo recogido en dos coletas torcidas que seguramente se había hecho ella sola.

Teo llevaba puesta una camiseta del revés y trabajaba sobre una pulsera formada por cuentas marrones, verdes y naranjas que, según pude comprobar nada más acercarme, incluía tres dinosaurios, una pelota de fútbol y una letra W.

Ainara levantó la vista. No dijo nada. Sonrió.

Fue una sonrisa pequeña, contenida, pero me bastó para saber que mi hermana llevaba esperándome desde que se había despertado.

—Buenos días —dije, procurando que mi voz sonara normal.

—Buenos días —respondió ella con una amabilidad sospechosa.

Me dirigí hacia la cafetera.

—No empieces.

—No he dicho nada.

—Precisamente por eso.

Ainara se encogió de hombros y volvió a concentrarse en el hilo que sostenía entre los dedos.

Me serví café, añadí azúcar y empecé a removerlo, aunque todavía no me había sentado. Sentía su mirada en la espalda.

No hacía falta girarse para comprobarlo. Mi hermana tenía un talento especial para ejercer presión sin abrir la boca. Podía quedarse quieta durante minutos, fingiendo estar ocupada, hasta que la otra persona acababa confesando incluso cosas que no había hecho.

—Mamá —dijo Noa—, Teo está estropeando todos los colores.

—No los estoy estropeando —protestó él—. Estoy haciendo camuflaje.

—Una pulsera no necesita camuflaje.

—Esta sí, porque es de supervivencia.

Ainara examinó la creación de su hijo con absoluta seriedad.

—¿Y para qué sirve exactamente?

—Para que, si te pierdes en la selva, los dinosaurios te protejan.

—Eso tiene muchísimo sentido.

Noa puso los ojos en blanco de una forma tan parecida a la de su madre que tuve que contener una sonrisa.

Me senté frente a ellos y tomé un sorbo de café. Ainara no me miró enseguida. Ayudó a Noa a hacer un nudo, apartó varias cuentas de debajo del plato de tostadas y evitó que Teo introdujera un trozo de galleta en el hilo porque, según él, la pulsera necesitaba provisiones.

Solo entonces levantó la cabeza.

—¿Qué tal el mercado?

—Bien.

—¿Bien solo?

—Sí.

—Qué descripción tan completa. Casi siento que he estado allí.

—Había puestos, luces, artesanos… Lo normal en un mercado.

—Ya.

Volvió a bajar la vista y empezó a separar unas cuentas azules.

Me irritaba muchísimo aquel «ya». Contenía más preguntas que un interrogatorio.

—¿Qué quieres saber exactamente?

Ainara fingió sorpresa.

—Nada. Estoy haciendo pulseras con mis hijos.

—Estás esperando a que te cuente algo.

—También.

Noa alzó una pequeña estrella rosa.

—Tata, ¿esta te gusta?

—Mucho.

—Es para tu pulsera.

—No hace falta que me hagas una, cariño.

La niña me miró como si acabara de rechazar una joya de la corona.

—Todos tenemos una.

Señaló la muñeca de Ainara, donde ya colgaban dos pulseras desiguales, y después la de Teo, cubierta hasta casi el codo por sus propios diseños.

Incluso había una preparada sobre la mesa para Martín, reconocible porque incluía letras que formaban «MATIN» y una cuenta con forma de perro.

—Me encantaría tener una —rectifiqué.

Noa asintió, satisfecha, y empezó a buscar piezas.

Ainara esperó unos segundos antes de inclinarse hacia mí.

—Volviste muy tarde.

—No tanto.

—Los niños estaban dormidos.

—Eso ocurre todas las noches.

—Y tú entraste en el bungaló andando como si intentaras que el suelo no se enterara.

—No quería despertaros.

—Yo estaba despierta.

—Eso no lo sabía.

—Pues deberías saber que no puedo dormir si estoy esperando noticias.

—Eres una cotilla.

—Y tú muy injusta conmigo. Solo me preocupo por ti.

Miré mi café. El azúcar llevaba disuelto varios minutos, pero continué haciendo girar la cucharilla.

Ainara siguió trabajando sin insistir. Ese era otro de sus trucos. Cuando quería saber algo, no tenía prisa. Podía dejar que una conversación se cocinara a fuego lento hasta que resultara imposible escapar de ella.

—Te ha regalado eso —dijo al cabo de un rato.

Su mirada había descendido hasta el colgante.

Lo sujeté de forma inconsciente.

—Sí.

—Es bonito.

—Lo hizo un artesano del mercado.

—No te he preguntado quién lo hizo.

Le lancé una mirada de advertencia.

Ainara sonrió.

—Solo digo que es bonito.

—Lo vi en un puesto. Pregunté cuánto costaba y lo dejé porque no quería gastar más dinero. Mauro volvió después y lo compró sin decirme nada.

—Qué poco considerado.

—Ainara.

—Un monstruo. Supongo que le echarías una buena charla.

Teo levantó la cabeza.

—¿Quién es un monstruo?

—Nadie —respondimos las dos.

—Mauro no es un monstruo —aclaró Noa, que parecía que no, pero tenía las antenas puestas—. Los monstruos no salvan gente.

—Algunos sí —replicó Teo—. Godzilla salva ciudades.

—También las rompe.

—Porque es muy grande y no ve bien dónde pisa.

Ainara aprovechó que los dos iniciaban una discusión sobre las responsabilidades urbanísticas de Godzilla para acercarse un poco más a mí.

—¿Y cómo terminó la noche?

Bajó la voz lo suficiente para que la pregunta quedara entre nosotras.

—Volvimos al camping.

—Carla.

—¿Qué?

—Llevas desde que has salido evitando mirarme. Estás removiendo un café que debe tener la consistencia del cemento y no has dejado de tocar ese collar. O te ha ocurrido algo o has cometido un delito.

—No he cometido ningún delito.

—Entonces ha ocurrido algo.

Me apoyé en el respaldo y miré hacia la parcela de enfrente. Una familia intentaba cerrar una tienda de campaña mientras un perro pequeño corría alrededor de ellos con una zapatilla en la boca.

Pensé que quizás podía cambiar de tema. Preguntarle por los planes del día. Comentar que hacía calor. Fingir un interés repentino por el desayuno.

Ainara esperó.

—Nos besamos —admití al fin, casi en un susurro.

No reaccionó de inmediato. Sus labios se curvaron despacio y, durante unos segundos, hizo un esfuerzo visible por mantener la compostura. Después soltó una risa ahogada y tuvo que cubrirse la boca para que los niños no la oyeran.

—Lo sabía.

—Baja la voz.

—Estoy hablando bajo.

—Te estás riendo como una hiena.

—Porque llevas días negando que te atrae.

—Porque no tengo que reconocer nada.

Ainara arqueó las cejas.

—Lo has llamado chulo, arrogante, irresponsable y golfo.

—Una cosa no elimina la otra.

—Por fin dices algo sensato.

Noa dejó caer varias cuentas sobre la mesa y dos de ellas rodaron hasta el suelo. Teo se lanzó a recogerlas con tanto entusiasmo que chocó la cabeza contra la pata de la mesa.

Después de comprobar que seguía entero, Ainara le recordó que las cuentas no podían meterse en la nariz, una advertencia que él consideró completamente innecesaria y, por tanto, profundamente ofensiva.

—No fue un beso de verdad —continué cuando los niños volvieron a entretenerse.

—¿Cómo que no?

—Fue un roce.

Ainara se inclinó un poco más.

—¿Un roce accidental?

—No.

—Entonces fue un beso.

—Duró un segundo.

—La duración no invalida el acto.

—Pareces una notaria.

—Solo intento entender por qué tienes cara de haber firmado una hipoteca.

Solté el aire y apoyé los codos sobre la mesa.

—Porque me dejé llevar.

—Eso suele ocurrir cuando dos personas se besan.

—No debería haberlo hecho.

Ainara dejó el hilo sobre la mesa y me observó con atención. La diversión no desapareció del todo de su cara, pero su expresión se suavizó.

—¿No querías?

La pregunta me pilló desprevenida.

—Sí.

—¿Te incomodó?

—No.

—¿Él te presionó?

—En absoluto.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Miré hacia el colgante.

—Que no sé qué significa.

—Puede no significar nada.

Aquello me molestó más de lo esperado y Ainara lo notó enseguida.

—O puede significar algo —añadió—. Pero no tienes que decidirlo esta mañana. Mauro no te ha pedido matrimonio, ni te ha hablado de vivir juntos, tener hijos o abrir una cuenta bancaria compartida. Te ha dado un beso.

—Ya lo sé.

—No lo parece. Estás reaccionando como si tuvieras que elegir los centros de mesa de la boda.

Tuve que morderme el interior de la mejilla para no reírme.

—No me hace gracia.

—Un poco sí.

Teo levantó una pulsera.

—Esta es para Martín.

Ainara giró la cabeza demasiado rápido.

—¿Para Martín?

—Sí. Tiene un dinosaurio bombero.

—Eso no existe —dijo Noa.

—Ahora sí.

La pulsera era una mezcla de cuentas rojas y amarillas con un tiranosaurio verde en el centro. Ainara la sostuvo entre los dedos como si estuviera valorando una pieza de alta joyería.

—Seguro que le encanta.

—Martín es tu novio —declaró Noa.

Mi hermana casi dejó caer la pulsera.

—No, cariño.

—Pero te ríes mucho con él.

—También me río con la tata.

Noa me miró.

—Pero la tata no puede ser tu novio.

—Gracias por la aclaración.

La niña retomó su trabajo mientras Ainara fingía estar muy ocupada ordenando cuentas. La observé durante un momento.

—¿Te gusta Martín?

Ella levantó la vista con una expresión cautelosa.

—Estamos hablando de ti.

—Ahora estamos hablando de ti.

—No hay nada que contar.

—Eso no ha sido una respuesta.

Ainara suspiró y comprobó que los niños estaban discutiendo por un corazón amarillo antes de contestar en voz baja.

—Sí. Me gusta.

Abrí los ojos.

—¿En serio?

—No lo anuncies por megafonía.

—¿Desde cuándo?

—No sé. Es guapo, divertido y tiene una paciencia con estos dos que debería contar como una titulación universitaria. El otro día dejó que Teo le explicara durante cuarenta minutos por qué los tiburones ganarían una guerra contra los cocodrilos.

—Ganarían los cocodrilos —intervino Teo sin mirarnos.

—No estamos hablando de eso —dijo Ainara.

—Pero ganarían los tiburones si la guerra fuera en el agua.

—Gracias por la precisión.

Mi hermana volvió a mirarme.

—Martín me gusta, sí. Pero no voy a convertirlo en un drama. Estamos de vacaciones. Él tiene su vida, yo tengo la mía y, además, cualquier intento de seducción pierde bastante fuerza cuando dos niños aparecen para preguntar si pueden dormir en tu cama porque han visto un mosquito sospechoso.

—Podrías conocerlo mejor.

—Podría. Y quizás lo haga. Pero no estoy planificando nada.

Sonrió con malicia.

—Aunque, si no fuera por los niños, probablemente ya me habría liado con él.

—Ainara.

—Estoy susurrando.

—Siguen teniendo oídos.

—También creen que los dinosaurios protegen pulseras. No están prestando atención.

Noa levantó la cabeza.

—Sí estamos prestando atención.

Las dos nos quedamos inmóviles.

—¿A qué? —preguntó Ainara con cautela.

—A que la tata necesita un anillo para su novio.

Respiramos aliviadas.

Noa sostuvo un hilo lleno de cuentas azules y verdes.

—Le estoy haciendo uno a Mauro.

—Mauro no es mi novio.

—Todavía —repitió ella.

—Ni todavía ni después.

—Te mira como un novio.

La seguridad con la que lo dijo me dejó sin respuesta.

Ainara se llevó la taza a los labios para esconder la sonrisa.

—¿Y cómo mira un novio? —pregunté.

Noa se encogió de hombros.

—Como si fueras la única que está hablando, aunque haya más gente.

Sentí algo extraño en el pecho.

Teo intervino sin apartar la atención de su pulsera.

—También te mira cuando no hablas.

—Eso no ayuda —murmuré.

—Y ayer te esperaba fuera del baño —añadió Noa.

—Porque íbamos juntos al mercado.

—Mamá dice que los hombres no esperan nunca fuera de los baños si no están enamorados.

Me giré despacio hacia Ainara.

—¿Yo he dicho eso? —preguntó ella, horrorizada.

—Cuando papá se fue a comprar helados y tú dijiste que era un milagro que esperara, hace dos años, cuando estabais juntos.

—Eso no significa lo mismo.

Noa decidió que la conversación había terminado y retomó su anillo. Yo apoyé la frente en una mano.

—Esto es una pesadilla.

—A mí me está pareciendo una mañana estupenda —dijo Ainara.

Negué con la cabeza.

—Mauro es una buena pieza.

Mi hermana dejó de sonreír.

—No creo que lo sea.

—Se pasa el día dando conversación a todas las mujeres del camping.

—Trabaja de cara al público.

—Y sabe perfectamente el efecto que causa.

—También sabe nadar. No significa que esté obligado a fingir que no.

—Tiene demasiadas tablas.

—Porque lleva años tratando con gente: familias, turistas, adolescentes, mujeres que coquetean con él, hombres que quieren demostrar algo delante de sus amigos… Si fuera seco, dirías que es un borde. Como es simpático, decides que es una buena pieza.

No contesté.

Ainara apoyó los antebrazos sobre la mesa y bajó un poco más la voz.

—¿Lo has visto faltar al respeto a alguna?

Pensé en ello.

—No.

—¿Lo has visto prometerle cosas a alguien?

—No.

—¿Se aprovechó de ti anoche?

—No.

—Entonces quizás estás buscando defectos porque así te resulta más fácil mantenerlo lejos.

La observé en silencio. Odiaba cuando tenía razón, sobre todo porque nunca mostraba la más mínima elegancia al tenerla.

—Además —continuó, acercándose todavía más para que los niños no pudieran oírla—, aunque solo fuera un rollo de verano, tampoco ocurriría nada. No estás firmando un contrato. Podrías dejarte llevar, besarlo, pasarlo bien y regresar a Madrid sin ponerle nombre.

—No soy capaz de hacer eso.

—No lo sabes. Llevas tanto tiempo comportándote como si disfrutar fuera una irresponsabilidad que ya ni siquiera recuerdas lo que eres capaz de hacer.

—Hablas como si fuera tan sencillo.

—No lo es. Pero tampoco tiene que ser una tragedia griega.

Señaló mi collar.

—Te gusta. Él te gusta. Te regaló algo precioso y te besó como si tuviera miedo de asustarte. No parece precisamente el comportamiento de un depredador.

—Es muy salado —admití antes de poder evitarlo.

Ainara sonrió de oreja a oreja.

—Eso ha sonado casi a cumplido.

—Puede ser…

Noa se levantó de su silla y se acercó a mí con el anillo terminado. Era enorme, estaba formado por cuentas azules, verdes y blancas y tenía una letra M que quedaba torcida en el centro.

—Para Mauro —anunció.

—No voy a darle un anillo.

—Pues se lo das como pulsera.

—Tampoco.

—Entonces me lo quedo yo hasta que sea tu novio.

—Vas a guardarlo muchos años.

Noa me observó con una paciencia preocupantemente adulta.

—Eso dices ahora.

Ainara soltó una carcajada; Teo anunció que había terminado la pulsera de supervivencia más poderosa del mundo y, en ese mismo instante, el hilo se rompió.

Una lluvia de dinosaurios y cuentas de colores cayó sobre la mesa, rebotó contra las tazas y terminó desperdigada por todo el porche.

Los niños se lanzaron al suelo para recogerlas mientras discutían sobre quién tenía la culpa, y mi hermana se agachó para evitar que una cuenta acabara dentro de la boca del perro de la parcela vecina, que había aparecido atraído por el caos.

Durante unos minutos no hablamos más de Mauro.

Ayudé a buscar abalorios debajo de las sillas, encontré un corazón rosa dentro de una sandalia y tuve que convencer a Teo de que una galleta no podía incorporarse de forma segura a ninguna joya.

Cuando volvimos a sentarnos, mi café estaba frío y el porche parecía todavía más desordenado que antes.

Ainara me miró una última vez.

—No tienes que decidir nada hoy —dijo, esta vez sin bromas—. Solo intenta no salir corriendo antes de averiguar qué quieres.

Bajé la vista hacia el cristal de mar y lo hice girar entre mis dedos. Había tardado años en perder los bordes afilados. Quizás por eso Mauro lo había escogido. O quizás solo le había parecido bonito y yo estaba convirtiéndolo en una metáfora porque analizar las cosas siempre se me había dado mejor que vivirlas.

Al otro lado de la mesa, Noa examinaba el anillo destinado a Mauro.

—Creo que necesita otra M —concluyó.

—¿Por qué?

—Una de Mauro y otra de marido.

Ainara se atragantó con el café. Yo cerré los ojos.

Tal vez dejarme llevar no fuera tan mala idea.

Sobrevivir a aquella familia, en cambio, empezaba a parecerme bastante menos probable.

Capítulo 22



Mauro apareció en la puerta del bungaló cuando el cielo empezaba a perder el último azul de la tarde y el camping se llenaba de ese ruido extraño de las horas tranquilas: cubiertos chocando contra platos, niños agotando la energía que les quedaba antes de la cena, cremalleras de tiendas de campaña y conversaciones que llegaban desde parcelas distintas sin que pudiera entenderse ninguna palabra completa.

Yo estaba sentada en el porche con el portátil abierto sobre las piernas, aunque llevaba casi diez minutos observando la misma fotografía sin hacer nada con ella.

Era una imagen del mercado marinero, una de las últimas que había tomado antes de que él comprara el colgante, y en un rincón aparecía Mauro desenfocado, hablando con uno de los artesanos.

No se le distinguía bien la cara, pero sí la postura relajada, una mano metida en el bolsillo y la cabeza ligeramente girada hacia mí.

Había ampliado la fotografía tres veces, intentando averiguar si realmente me estaba mirando o si aquello era otra de las historias que mi cabeza había decidido inventarse desde el beso.

El golpe suave de sus nudillos contra la barandilla consiguió que diera un pequeño respingo.

Levanté la vista y lo encontré al otro lado, vestido con unos vaqueros claros y una camisa azul con las mangas remangadas.

No llevaba el uniforme de socorrista ni lucía aquella sonrisa descarada con la que parecía haber nacido. De hecho, durante un instante se limitó a mirarme como si no supiera muy bien cuál era la frase correcta para empezar.

—Hola —dijo al fin.

Cerré el portátil demasiado deprisa y estuve a punto de atraparme los dedos.

—Hola.

Ainara, que estaba dentro intentando convencer a Teo de que los macarrones no podían utilizarse como proyectiles aunque estuvieran fríos, apareció en la puerta en cuanto oyó una voz masculina.

Llevaba un paño de cocina al hombro, una mancha de tomate en la camiseta y esa expresión de interés desvergonzado que solo adoptaba cuando el asunto tenía que ver conmigo.

—Mauro —saludó, mirando primero hacia él y después hacia mí—. Qué casualidad.

—No es casualidad —contestó él—. He venido a buscar a Carla.

Mi hermana sonrió de una forma tan amplia que sentí deseos de encerrarla en el baño.

Antes de que pudiera intervenir, Noa asomó la cabeza por debajo del brazo de su madre y gritó hacia el interior:

—¡Teo, ha venido el novio de la tata!

Desde dentro llegó la respuesta de mi sobrino.

—¡Pregúntale si quiere mi pulsera!

—No es mi novio —aclaré, aunque nadie parecía especialmente interesado en mi opinión.

Mauro bajó la cabeza para disimular la risa.

—Buenas noches, Noa.

—Te he hecho un anillo —anunció ella—. Pero mi madre dice que todavía no te lo dé porque la tata se pone nerviosa.

Me giré despacio hacia Ainara. Mi hermana levantó ambas manos.

—Eso no es exactamente lo que he dicho.

—Has dicho que no la presione.

—Noa.

—¿Qué?

Mauro terminó soltando una carcajada y se agachó frente a la niña.

—Guárdamelo. Ya encontraremos un buen momento.

—Cuando seáis novios.

—Mauro —le advertí para que no añadiera nada más a aquella emboscada.

Él se incorporó con una expresión inocente.

—No discuto con artesanas.

Ainara nos observaba como si acabara de empezar una película por la que había pagado una entrada carísima.

Me puse de pie, agarré el portátil y lo dejé sobre la mesa antes de cruzarme de brazos.

—¿Para qué has venido?

—Quiero enseñarte una cosa.

—Esa frase nunca trae nada bueno.

—¿No serás un poco quejica? —preguntó, sabiendo la respuesta y enarcando una ceja.

Sus ojos descendieron un instante hasta el cristal de mar que seguía llevando al cuello. El gesto fue tan breve que quizás nadie más lo habría notado, pero yo sentí una pequeña corriente bajo la piel.

Ainara soltó una risita que intentó convertir en tos cuando la miré.

Mauro me pidió que cogiera algo de abrigo y calzado cómodo. No quiso explicar adónde íbamos ni cuánto tardaríamos, aunque prometió que me devolvería antes de que los niños fueran a la universidad.

Teo apareció entonces con una pulsera de cuentas rojas y verdes colgando de una mano y una albóndiga pinchada en un tenedor en la otra.

Le hizo entrega de la joya con solemnidad y le explicó que servía para protegerlo de incendios, tiburones y mujeres enfadadas.

Mauro se la puso sin hacer ninguna pregunta, cosa que aumentó de forma preocupante la admiración de mi sobrino.

—La última protección te va a hacer falta —murmuré.

—Es la que más confianza me da —respondió, levantando la muñeca para enseñarme la pulsera.

Diez minutos más tarde me encontraba en su coche, observando cómo las luces del camping desaparecían por el retrovisor mientras intentaba convencerme de que aquello no era una cita.

La conversación con Ainara regresaba a mi cabeza sin permiso: no tenía que decidir nada, no debía convertir un beso en un compromiso y, sobre todo, necesitaba dejar de comportarme como si cada emoción fuera una trampa.

El problema era que resultaba muy fácil defender aquella teoría sentada en el porche, rodeada de cuentas de colores y niños hablando de dinosaurios.

Estar a solas con Mauro, con la noche cayendo alrededor y la certeza de que había preparado algo que no quería contarme, era muy diferente.

Durante los primeros kilómetros, él dejó que la radio llenara el silencio. Sonaba una canción lenta que no conocía y las ventanillas estaban ligeramente bajadas, de modo que el aire cálido entraba en el coche mezclado con olor a pino y tierra seca.

Mauro conducía con una mano sobre el volante y la otra apoyada cerca de la palanca de cambios.

Llevaba la camisa remangada hasta los antebrazos y, cada vez que cambiaba de marcha, la luz intermitente de las farolas dibujaba sombras distintas sobre sus manos.

Nunca me había fijado en ellas. Eran grandes, fuertes, ligeramente morenas por el sol del verano y con pequeñas marcas blancas que no parecían cicatrices importantes, sino esas heridas diminutas que solo conservan quienes trabajan con el cuerpo.

Me sorprendí observándolas más de la cuenta y, como si hubiera sentido mi mirada, sonrió sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Qué?

Negué con la cabeza demasiado deprisa.

—Nada.

—Has dicho «nada» muy rápido.

—Porque no era nada.

—Estabas mirándome.

—Estaba mirando cómo conduces.

—Eso sigue siendo mirarme.

Resoplé y apoyé un brazo en la ventanilla.

—Eres insoportable.

—Y tú muy mala mintiendo.

La carretera comenzó a estrecharse hasta convertirse en un camino rodeado de pinos.

Las luces del camping habían desaparecido hacía rato y ahora solo nos acompañaba la claridad blanquecina de la luna, que se colaba entre las ramas dejando manchas de luz sobre el asfalto.

Bajé un poco más la ventanilla. El aire olía a sal, a monte y a esa mezcla de plantas secas que siempre me hacía pensar en los veranos de cuando era pequeña.

—¿Nos estamos perdiendo?

—No.

—¿Seguro?

—Claro que seguro.

—Porque llevamos bastante tiempo sin cruzarnos con nadie.

—Precisamente por eso.

Lo miré de reojo.

—¿Pretendes tranquilizarme?

—No. Pretendo que dejes de intentar sacarme información.

—No pienso dejar de hacerlo.

—Lo presiento.

—Entonces dime dónde vamos.

Él negó despacio, divertido.

—Si te lo digo, me cargas la sorpresa.

—¿Y si no me gustan las sorpresas?

—Mentira.

—¿Cómo que mentira?

—Las fotografías son una sorpresa constante. Nunca sabes exactamente qué vas a encontrar hasta que revelas o descargas la imagen. Si no te gustaran las sorpresas, no te dedicarías a eso.

Aquella respuesta me dejó unos segundos sin réplica.

Odiaba que tuviera razón con tanta frecuencia.

Continuamos avanzando mientras la música seguía sonando muy baja.

Hablamos de cualquier cosa menos de nosotros: de un restaurante que Ainara insistía en probar antes de volver a Madrid, del empeño de Teo en convencer a medio camping de que existían los dinosaurios bomberos y de cómo Noa parecía haber decidido organizar nuestras vidas sentimentales antes incluso de aprender a multiplicar.

Cuando el coche abandonó definitivamente el asfalto y empezó a recorrer un camino de tierra, levanté una ceja.

—Ahora sí que me preocupa.

—Ya casi hemos llegado.

Las ruedas crujían sobre la grava. A ambos lados solo distinguía troncos oscuros y matorrales que el viento hacía moverse como sombras. No había casas, luces ni rastro de personas.

Mauro detuvo el motor.

De repente, el silencio fue absoluto.

Un silencio lleno de grillos, de hojas agitándose muy arriba y del rumor lejano del mar rompiendo contra la costa.

Permanecimos unos segundos dentro del coche sin hablar.

—Baja.

Obedecí.

Nada más cerrar la puerta, el aire fresco de la noche me envolvió por completo. Respiré hondo. Aquel lugar tenía un olor distinto al de la playa. Más limpio. Más salvaje.

—¿Dónde estamos?

—Todavía no.

Lo vi rodear el coche y acercarse con algo en la mano.

Un pañuelo azul marino.

Solté una carcajada incrédula.

—Ni hablar.

—Por favor.

—¿Pretendes vendarme los ojos?

—Solo un ratito.

—Mauro…

—Confía en mí.

Aquellas tres palabras quedaron suspendidas entre nosotros.

No las dijo sonriendo ni jugando. Simplemente las pronunció con una tranquilidad que hizo desaparecer cualquier rastro de broma.

—No sé si debería.

Él tampoco respondió enseguida. Dio un paso más hasta quedarse muy cerca de mí y sostuvo el pañuelo entre las manos, sin intentar colocármelo todavía.

—Si en algún momento te incomodas, me lo dices y paramos. Si quieres quitártelo antes de llegar, te lo quitas. No pasa absolutamente nada.

Aquello terminó de convencerme. No insistía ni presionaba. Me estaba dejando elegir.

Suspiré.

—Como aparezca un precipicio…

—No aparecerá.

—Como haya un jabalí…

—Tampoco.

—Como esto acabe en un vídeo para reírte de mí…

Por fin volvió aquella sonrisa ladeada que tanto empezaba a conocer.

—Eso sí me lo estoy planteando.

Le di un golpecito en el brazo.

—Idiota.

Recogí el pelo hacia un lado.

—Venga.

Vi cómo levantaba despacio el pañuelo y lo colocaba sobre mis ojos. La tela olía ligeramente a suavizante y a colonia. Noté sus dedos apartando un mechón que había quedado atrapado junto a la oreja mientras hacía el nudo detrás de mi cabeza.

Todo desapareció.

La oscuridad fue inmediata.

Al principio resultó extraña. Después, curiosamente, dejó de darme miedo.

—¿Ves algo?

—No.

—Perfecto.

—No me parece perfecto.

Escuché su risa muy cerca.

—Dame la mano.

Busqué a tientas hasta encontrar sus dedos.

No me sujetó de golpe.

Fue un contacto lento, casi tímido, como si quisiera comprobar que realmente era yo quien elegía entrelazar la mano con la suya.

Lo hice.

Y, de repente, todo resultó mucho más sencillo.

—Vamos despacio.

Empezamos a caminar.

El primer tramo era firme. Después, el terreno cambió bajo mis zapatillas.

—Ahora hay arena.

Asentí.

—Dentro de dos pasos encontrarás una piedra.

La esquivé.

—Muy bien.

—¿Me estás felicitando?

—Estoy reforzando conductas positivas.

—Eres insufrible.

—Eso dicen.

Seguimos avanzando.

El viento movía las copas de los pinos sobre nuestras cabezas. Sin poder ver, cada sonido parecía mucho más cercano. El rumor del mar llegaba y desaparecía según cambiaba la dirección de la brisa. Olía a romero, lentisco y tierra caliente que todavía conservaba el calor del día.

—Hay una pequeña subida.

Noté cómo reducía el ritmo para adaptarlo al mío.

—Levanta un poco más el pie.

Obedecí. Tropecé igualmente.

Antes de perder el equilibrio, sentí su otra mano sujetándome con firmeza por la cintura.

Solo un instante. El suficiente.

—Perdón.

—No tienes que pedirme perdón por tropezar.

—Es que parezco torpe.

—No.

Su voz sonó tan cerca que casi pude sentir su respiración.

—Solo estás caminando sin ver. Lo raro sería que no tropezaras.

Continuamos.

Ya no preguntaba cuánto faltaba. Había dejado de pensar en el destino.

Me concentraba únicamente en el recorrido, en la textura del suelo, en el calor de su mano y en la forma en que me iba avisando de cada pequeño desnivel antes incluso de que yo lo encontrara.

Resultaba extraño descubrir que confiar podía sentirse exactamente así. No como un salto, sino como una sucesión de pasos pequeños. Uno detrás del otro.

Hasta que, sin darte cuenta, ya no necesitas preguntar adónde vas porque sabes quién camina a tu lado.

Nos detuvimos.

Él soltó despacio mi mano.

—No te muevas.

Escuché cómo daba un par de pasos a mi alrededor. Sonó el clic metálico de un mechero. Después, otro. Y otro más.

Fruncí el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Un segundo.

El aire olía ahora a cera caliente, a llama y a algo que no supe identificar.

Volvió a colocarse frente a mí.

Sentí sus dedos rozando otra vez mi nuca mientras deshacía el nudo del pañuelo.

—¿Preparada?

—Creo que sí.

—Abre los ojos.

Abrí los ojos.

Durante unos segundos fui incapaz de comprender lo que estaba viendo.

La oscuridad no había desaparecido; simplemente había cambiado de forma.

La noche seguía envolviéndolo todo, pero decenas de pequeños farolillos suspendidos entre las ramas de los pinos la habían llenado de una luz cálida, dorada e irregular, como si las estrellas hubieran decidido bajar un rato a descansar sobre los árboles.

Algunos colgaban muy bajos, balanceándose con la brisa casi a la altura de los hombros; otros parecían flotar mucho más arriba, escondidos entre las copas.

El viento los movía despacio y las sombras danzaban sobre el suelo con una suavidad casi hipnótica.

Frente a nosotros, el terreno terminaba en un mirador natural.

Más allá solo estaba el mar. Inmenso. Oscuro.

La luna había dibujado un camino de plata sobre el agua y, muy a lo lejos, las luces de varios pueblos parecían suspendidas entre el cielo y el horizonte. Desde allí arriba, el ruido de las olas llegaba amortiguado, grave y constante, como una respiración que no terminaba nunca.

No fui capaz de decir nada.

Sentí que el aire abandonaba mis pulmones poco a poco mientras giraba sobre mí misma, intentando abarcar aquel lugar con la mirada.

Las jarapas estaban extendidas formando una especie de pequeño salón improvisado sobre la tierra. Había cojines grandes, una cesta de mimbre, una neverita, una botella de vino blanco, dos copas y una lámpara de aceite cuya llama temblaba al ritmo del viento.

Todo parecía sencillo. No era una decoración perfecta ni buscaba serlo. Precisamente por eso resultaba tan hermosa.

Era evidente que alguien había dedicado horas a prepararlo.

Para mí.

Me giré lentamente hacia Mauro. Él no estaba mirando el paisaje. Me estaba mirando a mí.

Y, por primera vez desde que lo conocía, parecía mucho más nervioso que yo.

Se pasó una mano por la nuca y sonrió con cierta timidez.

—Bueno… Ahora ya puedes decir que ha sido una mala idea.

No respondí. Seguía intentando encontrar las palabras.

—Martín decía que era demasiado cursi.

Aquello consiguió arrancarme una sonrisa.

—¿Martín ha participado en esto?

—Obligado.

—Pobre.

—No te imaginas cuánto protestó. Luego fue el primero en discutir dónde quedaban mejor los farolillos.

Bajé la vista hacia una de las pequeñas luces que colgaban muy cerca de mí. La toqué con la yema de los dedos. El papel estaba tibio por la bombilla del interior.

—¿Lo has preparado tú?

—Sí, con ayuda, como ya he dicho. Quería enseñarte este sitio antes de que terminara el verano.

—¿Por qué?

Mauro tardó unos segundos en contestar.

No parecía buscar una frase brillante. Solo una sincera.

—Porque aquí vengo cuando necesito ordenar la cabeza.

Levantó la vista hacia el mar.

—Cuando murió mi padre, vine muchas noches. Cuando me sentí perdido, también. Cuando necesitaba estar solo… venía aquí.

Guardó silencio un instante.

—Y hace unos días pensé que me apetecía muchísimo dejar de venir solo.

Aquellas palabras hicieron mucho más que los farolillos. Muchísimo más.

Noté un nudo extraño bajo el esternón. Uno de esos que no duelen, solo aprietan.

Avancé un paso. Luego, otro.

Hasta quedarme justo delante de él.

—Creo que nunca nadie había preparado algo así para mí.

Mauro sonrió muy despacio.

—Pues ya era hora.

Negué con la cabeza.

—No.

—¿No?

—Ya era hora de que alguien pensara en regalarme un recuerdo y no una cosa.

Él bajó la mirada unos segundos.

—Las cosas se rompen.

Mis dedos buscaron el cristal de mar que descansaba sobre mi pecho.

—Eso ya me lo enseñó el océano.

Durante un instante, ninguno habló.

El viento seguía moviendo los farolillos, las olas continuaban rompiendo abajo y yo sentía que aquella noche estaba ocurriendo demasiado deprisa y, al mismo tiempo, exactamente a la velocidad que necesitaba.

Fui yo quien dio el último paso y apoyé una mano sobre su pecho.

Sentí el latido firme bajo la tela de la camisa. Él no se movió. Esperó, como había esperado con la venda, como había esperado para cogerme de la mano, como parecía esperar siempre que la decisión tuviera que ser mía.

Me puse de puntillas.

Nuestros labios se encontraron despacio, sin prisa, como si ninguno quisiera estropear el momento intentando correr más de la cuenta.

El primer contacto volvió a ser apenas un roce. Después llegó otro. Y otro más.

Hasta que dejó de existir cualquier espacio entre nosotros.

Noté la mano de Mauro subir lentamente hasta mi mejilla. Su pulgar acarició mi piel con una delicadeza que me hizo cerrar los ojos. La otra mano encontró mi cintura y me acercó un poco más, sin imponerse, dejándome sitio incluso cuando ya estaba abrazándome.

Respondí rodeándole el cuello con los brazos. No recordaba haber besado nunca a nadie con aquella tranquilidad. No había necesidad de demostrar nada ni urgencia.

Solo una felicidad extraña, silenciosa, que parecía ir creciendo con cada segundo.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, los dos sonreíamos.

—¿Sabes una cosa? —murmuró.

—¿Cuál?

—Llevo todo el día intentando adivinar cuándo volverías a besarme tú.

—¿Y?

—He perdido todas las apuestas.

No pude evitar reírme.

—¿Hacías apuestas contigo mismo?

—Soy bastante competitivo.

—Y bastante tonto.

—Eso también.

Volví a besarlo antes de que pudiera responder. Aquella vez, el beso fue más largo. Más profundo.

Las palabras desaparecieron.

Solo quedó el roce de nuestras respiraciones, el olor del mar mezclado con el vino frío que acababa de sacar de la nevera portátil y el sonido de los farolillos golpeándose muy suavemente unos contra otros.

Cuando por fin nos sentamos sobre las jarapas, seguía sintiendo el cosquilleo de sus labios.

Mauro sirvió el vino en las dos copas.

—Brindemos.

—¿Por qué?

Se quedó pensándolo.

—Por haber conseguido traerte sin que llamaras a la Guardia Civil.

—Todavía estoy a tiempo.

Chocamos las copas.

El vino estaba frío y tenía ese punto afrutado que invitaba a beber despacio.

Fuimos picando queso, pan y fruta mientras hablábamos sin un orden concreto. De la infancia. De los veranos en los que todo parecía eterno. De la primera cámara que tuve, una compacta azul con la que fotografié absolutamente todo durante meses.

Él me habló de su padre revelando fotografías en un cuarto oscuro improvisado y de cómo, cuando era pequeño, estaba convencido de que las imágenes nacían por arte de magia dentro de aquellas cubetas.

Yo le conté que, durante mucho tiempo, había pensado que una fotografía podía detener el tiempo.

—¿Y ahora?

Miré el mar.

—Ahora creo que solo consigue recordarte que ha pasado.

Él permaneció unos segundos en silencio.

—Aun así, merece la pena.

—Sí.

—Porque hay momentos que da miedo olvidar.

Lo miré. Sabía perfectamente que no estaba hablando de fotografía.

El viento empezó a refrescar y Mauro extendió la manta sobre las jarapas. Nos tumbamos bocarriba.

Las luces de los farolillos quedaban justo por encima de nosotros, mezclándose con las estrellas.

—Nunca habría imaginado la belleza de este lugar.

—Muy poca gente sube.

—Es precioso.

—Lo es.

Giré la cabeza.

Él ya me estaba mirando.

—¿Qué?

—Nada.

—Otra vez «nada».

—Estoy pensando que esta imagen te gustaría fotografiarla.

Sonreí.

—No.

—¿No?

—Si sacara la cámara ahora, dejaría de vivirla.

Aquella frase pareció sorprenderlo. Buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Entonces no la fotografíes.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué?

Cerré los ojos un instante.

—Porque hay recuerdos que prefiero guardar aquí.

Le di un pequeño golpecito en el pecho.

—No dentro de una tarjeta de memoria.

Mauro levantó nuestra mano entrelazada y besó mis nudillos.

Fue un gesto tan sencillo que consiguió emocionarme mucho más de lo que habría imaginado.

Apoyé la cabeza sobre su hombro. Su brazo me rodeó con naturalidad.

Nos quedamos así durante un largo rato, hablando cada vez menos. Las conversaciones empezaban y morían solas. Comentábamos una estrella, después una nube y luego el sonido de una gaviota nocturna.

Al final, simplemente permanecimos callados.

Aquel silencio era tan cómodo que ninguno sentía la necesidad de llenarlo.

En algún momento empecé a notar el sueño. Quizás fuera el vino. Quizás el cansancio acumulado.

O quizás la tranquilidad inmensa que sentía allí, escuchando el corazón de Mauro bajo mi mejilla y el rumor constante del mar al mismo tiempo.

—Carla.

—¿Mm?

—Gracias por compartir este momento conmigo.

Levanté apenas la cabeza.

—Soy yo quien tiene que agradecerlo.

Él sonrió.

—Recuérdame este sitio si alguna vez se me olvida.

—¿Yo?

—Sí. Ojalá estés cerca.

Me quedé sin palabras.

Solo me acerqué un poco más y volví a besarlo despacio, con esa mezcla de ternura y deseo tranquilo que solo aparece cuando dejas de tener miedo de estar cerca de alguien.

Después apoyé otra vez la cabeza sobre él.

No sé cuánto tiempo pasó.

El viento siguió moviendo los farolillos. El mar continuó respirando allá abajo y, casi sin darnos cuenta, la conversación fue apagándose hasta convertirse en murmullos inconexos.

La última imagen que recuerdo antes de quedarme dormida fue la luz cálida balanceándose entre las ramas y la mano de Mauro acariciándome el pelo de forma distraída.

Cuando abrí los ojos de nuevo, una claridad muy tenue empezaba a dibujar el horizonte.

Seguíamos exactamente donde nos había vencido el sueño.

La manta nos cubría hasta la cintura y mi mano seguía entrelazada con la suya.

Entonces comprendí, con una serenidad que no recordaba haber sentido desde hacía mucho tiempo, que el lugar más seguro en el que había estado desde que abandoné Madrid no era una ciudad, una casa ni siquiera aquella cala escondida.

Era el hueco que había encontrado entre el brazo de Mauro y su corazón.

Capítulo 23



Habían pasado tres días desde la noche de los farolillos y, aunque Mauro y yo habíamos vuelto a vernos, a besarnos e incluso a quedarnos a solas durante algunos minutos que siempre acababan pareciéndonos demasiado pocos, ninguno había mencionado todo lo que aquella noche había despertado entre nosotros.

No era necesario: se había quedado como una promesa silenciosa, adherida a cada mirada y a cada roce aparentemente casual.

Yo la sentía cuando lo veía cruzar la piscina con el silbato colgado al cuello, cuando se acercaba a preguntarme cualquier tontería mientras trabajaba o cuando me escribía por la noche para comprobar si había llegado bien al bungaló.

Bastaba con que estuviera cerca para que mi cuerpo recordara sus manos con una precisión que empezaba a resultar bastante poco práctica.

La fiesta de aquel viernes tampoco ayudó demasiado.

El camping celebraba cada verano una noche temática que, según la dueña, servía para fidelizar clientes y, según Ainara, para que los adultos hicieran el ridículo con la tranquilidad de saber que sus vecinos estarían demasiado ocupados haciendo exactamente lo mismo.

Habían colocado guirnaldas de bombillas alrededor de la explanada, varias mesas junto al escenario y una barra improvisada bajo unos toldos blancos.

Desde primera hora de la tarde sonaba música, los niños corrían con pulseras luminosas y una pareja de animadores trataba de enseñar una coreografía colectiva a cualquiera que cometiera el error de pasar cerca.

Yo había trabajado durante buena parte de la celebración haciendo fotografías para las redes sociales del camping.

Cuando guardé por fin la cámara, la noche llevaba un buen rato instalada sobre nosotros y la explanada estaba llena.

Ainara apareció con dos vasos de plástico, me entregó uno y me aseguró que contenía una mezcla inofensiva.

Después de probarla, llegué a la conclusión de que su definición de «inofensiva» habría hecho llorar a cualquier agente de tráfico.

—¿Qué lleva esto?

—Fruta —contestó con absoluta convicción.

—También lleva alcohol.

—Pero con fruta. Eso lo convierte prácticamente en una ensalada veraniega.

Le lancé una mirada, aunque bebí otro sorbo.

La mezcla estaba dulce, fría y peligrosamente buena. Ainara sonrió satisfecha y señaló con la barbilla hacia el extremo de la barra.

Mauro acababa de llegar después de terminar su turno. Llevaba unos pantalones claros y una camisa rosa con las mangas dobladas hasta los codos.

El pelo aún estaba húmedo de la ducha y, cuando me encontró entre la gente, se quedó mirándome durante unos segundos antes de sonreír.

—Ya está —murmuró Ainara—. Acaba de olvidar que existen el resto de las mujeres del planeta.

—No digas tonterías.

—No las digo. Es un don que tengo.

Mauro vino directamente hacia nosotras.

Saludó a Ainara, pero sus ojos volvieron enseguida a mí.

Yo llevaba un vestido coral sencillo, bastante más corto de lo que solía ponerme para trabajar, y unas sandalias que empezaban a parecerme una pésima decisión. Él bajó la mirada un instante y, cuando volvió a levantarla, había algo distinto en su expresión.

—Estás preciosa.

—Tú tampoco estás mal.

—Qué entusiasmo.

—No quiero que te acostumbres a los cumplidos.

Se inclinó y me besó junto a la comisura de los labios.

Fue un beso breve, pero su mano se apoyó en mi cintura y permaneció allí un poco más de lo necesario.

Noté el calor de sus dedos incluso a través de la tela. Ainara carraspeó con tanto dramatismo que varias personas se volvieron a mirarla.

—Voy a buscar a alguien que no me haga sentir como una lámpara —anunció, alejándose con su vaso.

Mauro rio y me preguntó qué estaba bebiendo. Le ofrecí el vaso para que lo probara y frunció el ceño nada más hacerlo.

—Esto podría arrancar la pintura de una pared.

—Ainara dice que es poco más que una ensalada.

—Entonces procura comértela despacio.

No lo hice. Tampoco él tuvo demasiado cuidado con las cervezas que fueron pasando por su mano durante la noche, aunque ninguno de los dos llegó a perder el control.

Estábamos alegres, relajados y un poco achispados, lo suficiente para reírnos más de la cuenta y olvidar la existencia del pudor, pero no para ignorar lo que hacíamos.

Bailamos entre los demás al principio, rodeados de familias, trabajadores y campistas que aplaudían cada vez que cambiaba la canción.

Mauro lo estaba dando todo. Me hacía girar, me acercaba a él y fingía no darse cuenta de que sus manos siempre acababan un poco más abajo de donde habían empezado.

Al mismo tiempo, mi hermana bailaba con Martín. La veía de lo más contenta y eso me alegraba.

A medida que avanzó la noche, la música se volvió más lenta y la gente comenzó a dispersarse.

Yo llevaba los brazos alrededor de su cuello y él me sostenía por la cintura. Nuestros cuerpos se rozaban con cada movimiento. Podía sentir su respiración cerca de mi sien y el leve olor a jabón de su piel.

Habíamos dejado de hablar. Cada vez que me separaba unos centímetros, encontraba sus ojos fijos en mis labios.

—No me mires así —advertí.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras pensando en desnudarme.

La sonrisa que apareció en su cara fue lenta y descarada.

—No tengo que mirarte para pensar en eso.

El calor me subió desde el pecho hasta las mejillas. Tal vez por la bebida, por la música o por los tres días que llevaba imaginando qué habría ocurrido si aquella noche ninguno de los dos se hubiera detenido, no bajé la vista ni hice una broma para disimular.

Me acerqué hasta rozar sus labios.

—Entonces quizá deberíamos ir a un sitio donde puedas pensarlo con más tranquilidad.

Mauro dejó de moverse. La expresión divertida desapareció de su cara, sustituida por una intensidad que hizo que el estómago me diera un vuelco.

—Carla…

—¿Dónde está tu bungaló?

Él sabía perfectamente que yo conocía la respuesta, pero no lo señaló.

Entrelazó los dedos con los míos y nos alejamos de la explanada sin despedirnos de nadie.

Las luces y la música fueron quedando atrás mientras avanzábamos por los caminos del camping.

Yo llevaba las sandalias en una mano y caminaba descalza sobre el suelo aún tibio. De vez en cuando chocaba contra su hombro y los dos nos reíamos, aunque debajo de aquella ligereza había una expectación tan poderosa que me costaba respirar con normalidad.

Su bungaló se encontraba en una zona reservada a los trabajadores, un poco apartada de los alojamientos destinados a los campistas.

Era pequeño y ordenado, con un salón unido a la cocina, un dormitorio al fondo y una terraza estrecha en la que había una tabla de surf apoyada contra la pared.

Al entrar, Mauro encendió una lámpara y puso música a un volumen bajo. Yo dejé las sandalias junto a la puerta y recorrí la estancia con la mirada mientras él sacaba dos botellas de agua del frigorífico.

—Bebe —me pidió, entregándome una—. La ensalada de tu hermana era bastante contundente.

Obedecí, divertida. Mauro bebió también y dejó su botella sobre la encimera. Cuando se acercó, pensé que iba a besarme, pero se detuvo delante de mí sin tocarme.

—Todavía podemos volver a la fiesta.

—No quiero volver a la fiesta.

—También puedo acompañarte a tu bungaló.

—Tampoco quiero ir al mío.

—¿Y qué quieres?

Le sostuve la mirada. La música llenaba el silencio que se había abierto entre nosotros. Aquel hombre había conseguido que me temblaran las piernas con una pregunta formulada en voz baja, y la bebida me había robado justo la cantidad necesaria de vergüenza para no fingir que no lo sabía.

—Quiero bailar contigo.

—Ya hemos bailado.

—No así.

Retrocedí un paso y empecé a moverme al ritmo de la canción. Mauro se quedó quieto, mirándome con una mezcla de sorpresa y fascinación.

Nunca habría hecho algo semejante completamente sobria. Probablemente, a la mañana siguiente, desearía emigrar a un país donde nadie conociera mi nombre. En aquel momento, sin embargo, me sentía atrevida, libre y poderosamente consciente de la forma en que sus ojos recorrían mi cuerpo.

Me moví despacio, dejando que las caderas siguieran el ritmo mientras me soltaba el pelo. Mauro apoyó las manos en el borde de la encimera como si necesitara aferrarse a algo.

Su expresión bastó para animarme. Me acerqué hasta quedar frente a él, pasé un dedo por el borde de su camisa y volví a alejarme antes de que pudiera tocarme.

—Esto no es jugar limpio —murmuró.

—Nunca he dicho que supiera jugar.

Giré sobre mí misma y deslicé las manos por mis costados. El vestido se ajustaba a mi cuerpo y, cuando volví a mirarlo, Mauro tenía la mandíbula tensa.

Me llevé las manos a la espalda y bajé lentamente la cremallera. La tela cedió y quedó suelta alrededor de mis hombros.

—Carla, como sigas así…

—¿Qué?

—Voy a olvidar todas las cosas sensatas que llevo tres días intentando recordar.

Dejé que uno de los tirantes resbalara por mi brazo y después hice lo mismo con el otro. El vestido cayó hasta mi cintura y luego descendió por mis piernas, formando un círculo alrededor de mis pies.

Me quedé frente a él con la ropa interior que había elegido aquella tarde sin querer admitir, ni siquiera ante mí misma, que esperaba que él acabara viéndola.

Mauro cerró los ojos un instante y soltó una risa incrédula.

—Me vas a matar.

—Eres socorrista. Supongo que sabrás reanimarte.

Me acerqué de nuevo, todavía moviéndome al compás de la música, y le rodeé el cuello con los brazos.

Esta vez permitió que mi cuerpo se pegara al suyo, aunque mantuvo las manos quietas en mi cintura.

Le besé junto al oído, descendí por su cuello y noté cómo se tensaba bajo mis labios.

—Puedes tocarme —susurré.

Sus manos recorrieron mi espalda con lentitud. Me estremecí y busqué su boca, pero él me sostuvo el rostro antes de besarme.

—Mírame.

Lo hice. Sus ojos habían perdido cualquier rastro de diversión.

—Los dos hemos bebido —dijo—. No estás borracha, pero necesito preguntártelo ahora, antes de que sigamos. ¿Estás completamente segura?

La pregunta atravesó la neblina agradable que me envolvía sin destruirla.

Sabía dónde estaba, con quién y qué deseaba. Lo había sabido desde mucho antes de beber aquella primera copa.

Apoyé una mano sobre su pecho y sentí el latido acelerado de su corazón.

—Sí, Mauro. Estoy segura.

—No quiero que mañana pienses que esto ocurrió porque habías bebido.

—Mañana seguramente pensaré que mi baile ha sido espantoso y trataré de fingir que nunca existió. Pero no me voy a arrepentir de estar contigo.

—Tu baile no ha sido espantoso.

—¿Es lo único que has entendido?

—No. He entendido que estás segura.

—Entonces deja de hablar.

Mauro me besó con una intensidad que me obligó a aferrarme a sus hombros. Toda la contención de los últimos días desapareció de golpe. Sus manos recorrieron mi espalda mientras yo empezaba a desabrocharle la camisa, torpe por las prisas y por los besos que no me permitían concentrarme.

Mauro se rio contra mi boca, me ayudó con los últimos botones y se quitó la prenda sin dejar de mirarme. Le acaricié el pecho, los hombros y la espalda, disfrutando de la libertad de tocar todo aquello que tantas veces había contemplado desde lejos.

Retrocedimos hacia el dormitorio entre besos, tropezando con una silla y riéndonos como adolescentes. La risa desapareció cuando caímos sobre la cama y Mauro se inclinó sobre mí, observándome una vez más y concediéndome una última oportunidad de detenerlo. En respuesta, lo atraje hacia mi cuerpo.

Lo que siguió tuvo toda la intensidad que llevábamos días conteniendo. No hubo prisa a pesar del deseo acumulado, ni duda de que sobreviviera a la paciencia de sus caricias. Mauro estuvo pendiente de mí, de cada gesto y cada respuesta, y yo dejé de pensar en cómo me veía, en lo que debía hacer o en lo que ocurriría a la mañana siguiente.

Solo existían su boca, sus manos y la manera en que pronunciaba mi nombre como si llevara demasiado tiempo deseando hacerlo de aquel modo.

Cuando por fin hicimos el amor, tuve la sensación de que toda la tensión de las últimas semanas encontraba su lugar. Me aferré a él y olvidé el camping, la música lejana y todas las razones por las que aquello podía complicarlo todo.

Mauro me besó mientras nuestros cuerpos aprendían a entenderse y yo me abandoné a él sin reservas, segura de que, a partir de entonces, algunas canciones me llevarían de vuelta a aquella habitación.

Después permanecimos tendidos en silencio, todavía abrazados. La música continuaba sonando en el salón y, a lo lejos, alguien gritó el estribillo de una canción con un entusiasmo muy superior a su talento.

Yo tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Mauro y una de sus manos dibujaba círculos distraídos en mi espalda.

—Tengo una pregunta importante —dijo al cabo de unos minutos.

—Como sea sobre el estriptis, voy a negarlo todo.

—Precisamente quería saber si aceptas reservas para fiestas privadas.

Le di un golpe suave en el pecho y él rio, atrapando mi mano antes de que pudiera repetirlo.

—Sabía que me arrepentiría.

—Has dicho que no te arrepentirías.

—De acostarme contigo. Del baile no prometí nada.

Mauro se giró hasta dejarme debajo de él. Su sonrisa seguía allí, pero sus ojos se habían vuelto más suaves.

—A mí me ha parecido el mejor baile de mi vida.

—Eso dice muy poco de tu vida.

—O mucho de ti.

Me besó despacio, sin la urgencia de antes. Yo le rodeé la cintura con una pierna y comprendí, por la manera en que volvió a acercarme a él, que ninguno de los dos tenía intención de dormir todavía.

Afuera, la fiesta comenzaba a apagarse. Dentro de aquel bungaló, nuestra noche no había hecho más que empezar.

Capítulo 24



Dos noches después, el camping organizó otra fiesta, esta vez para los trabajadores, en un chiringuito de la playa.

No era nada oficial, aunque algunos de nuestros amigos llevaban todo el día anunciándola como si hubieran contratado a un famoso disc-jockey y reservado media costa para nosotros. En realidad, lograron que el dueño les cediera la terraza después del cierre, compraron varias botellas aprovechando una oferta del supermercado y convencieron a uno de los animadores para que se ocupara de la música.

Aun así, cuando llegamos, tuve que reconocer que se lo habían montado bastante bien. Habían apartado las mesas hacia los extremos, las guirnaldas de colores permanecían encendidas sobre la pista improvisada y el mar se extendía detrás de la barandilla como una enorme mancha negra atravesada por reflejos de luna.

No había niños —los habíamos dejado con la canguro—, clientes reclamando atención ni horarios que cumplir. Solo una veintena de trabajadores dispuestos a celebrar que llevaban medio verano sobreviviendo juntos sin haberse asesinado.

Y luego estábamos todos los demás.

Ainara y yo llegamos de las últimas porque habíamos pasado más de una hora decidiendo qué ponernos. Mi hermana sostenía que una fiesta sin niños constituía un acontecimiento histórico y debía vestirse en consecuencia. Ella llevaba un mono rojo que le sentaba de maravilla; yo había elegido unos pantalones blancos, un top negro de tirantes y unas sandalias planas con las que pudiera bailar sin terminar la noche solicitando asistencia médica.

Nada más aparecer en la terraza, localicé a Mauro junto a la barra. Estaba hablando con Sergio y Martín, con una cerveza en la mano y una camiseta blanca que resaltaba el bronceado de sus brazos. Me descubrió casi al mismo tiempo y aquella sonrisa lenta, descarada y ya demasiado familiar se dibujó en su cara.

Desde la noche que habíamos pasado juntos, todo entre nosotros parecía haber cambiado y, al mismo tiempo, seguía siendo igual. Mauro no había tratado de convertir aquello en una conversación solemne ni me había preguntado qué éramos, algo que agradecía porque yo tampoco tenía una respuesta, sobre todo teniendo en cuenta que ya no me quedaba demasiado tiempo para marcharme de allí.

Sin embargo, me escribía cada mañana, buscaba cualquier excusa para pasar por mi bungaló y aprovechaba cada rincón apartado para besarme. Aquel mismo día me había acorralado durante unos minutos detrás del almacén de material deportivo y todavía llevaba en la piel el recuerdo de sus manos. Después se marchó a trabajar como si nada, dejándome con la respiración alterada y unas fotografías de tumbonas que, por motivos evidentes, habían salido bastante torcidas.

—No mires ahora —murmuró Ainara mientras avanzábamos hacia la barra—, pero el socorrista está a dos segundos de empezar a babear.

—Me has dicho que no mire cuando llevamos mirándonos desde que he entrado.

—Entonces podrías disimular un poco. Esto es una fiesta de trabajadores, no el preludio de un documental sobre apareamiento.

—Qué suerte tengo de haberte traído.

—No me has traído. He venido sola y pienso regresar acompañada si el bombero deja de hacerse el interesante.

Martín, como si la hubiera oído, levantó su vaso a modo de saludo y le dedicó una sonrisa. Ainara compuso una expresión de indiferencia que habría resultado mucho más convincente si no hubiera acelerado el paso.

Mauro se separó del grupo cuando llegamos y se inclinó para besarme en la mejilla. Sus labios rozaron mi piel demasiado cerca de la boca y una corriente cálida me bajó por el cuello.

—Pensaba que llegarías antes —murmuró, dejando una mano en mi cintura.

—Mi hermana se ha puesto muy pesadita con la ropa. Al parecer, una noche sin niños debe aprovecharse, aunque haya que cruzar un campo de minas.

—No he dicho tanto —se defendió ella.

—Claro que lo has dicho.

—Calla. ¿Dónde están los chupitos?

Martín le siguió el juego con entusiasmo y nos entregó dos vasos pequeños antes de que pudiéramos preguntar qué contenían. El líquido era de un color azul eléctrico que no existía en la naturaleza y olía como una mezcla de golosina y desinfectante.

Mauro examinó el mío con desconfianza.

—No te bebas eso.

—¿Por qué?

—Porque Sergio lo ha preparado dentro de una jarra de cinco litros y le ha echado cosas sin medir.

—Eso es falso —protestó Sergio—. Lo he medido todo perfectamente. Una botella de cada cosa.

—Magnífico método —dije.

—No seas cobarde, fotógrafa. La ronda se bebe de una vez.

Mauro trató de quitarme el vaso, pero lo aparté entre risas. Sergio comenzó una cuenta atrás y todos levantamos los chupitos. El mío sabía aún peor de lo que olía; tragué haciendo una mueca y Mauro me pasó su cerveza para que pudiera quitarme aquel sabor de la boca.

—Como mañana amanezca ciega, voy a denunciarlo —le advertí.

—Estaré encantado de ayudarte a reconocerlo en una rueda de identificación.

—Será complicado si estoy ciega.

—Entonces iré describiéndote a los sospechosos.

—Tú serías un testigo terrible. Te distraerías mirándote en el cristal.

Mauro soltó una carcajada y me atrajo hacia él. Durante un rato permanecimos junto a la barra, hablando con los demás y robándonos algún beso cuando creíamos que nadie prestaba atención.

Más tarde, al empezar una canción que conocíamos todos, Sergio nos empujó hacia la pista. Ainara ya bailaba con Martín, aunque fingía que no estaban juntos y se movía a una distancia de él que fue reduciéndose a medida que avanzó la canción.

Mauro me tomó de la mano, me hizo girar y me acercó hasta que mi espalda quedó pegada a su pecho.

—Procura comportarte —le advertí cuando sus manos se acomodaron sobre mis caderas.

—Me estoy comportando.

—Me estás tocando el culo.

—Te he dicho que me estaba comportando, no que fuera a convertirme en un santo.

Me volví dentro de sus brazos y le rodeé el cuello. Había bebido un par de chupitos y parte de una copa, lo suficiente para sentirme ligera sin perder la claridad. Mauro también estaba más alegre de lo habitual: reía por cualquier cosa, cantaba frases sueltas junto a mi oído y me besaba cada vez que la música o los gritos de los demás podían ocultarlo.

En un momento determinado, Sergio cambió la canción por una salsa y Mauro me sacó a bailarla. El caso es que, a pesar de su habitual destreza, tropezó, me pisó y estuvo a punto de derribar una mesa, por lo que bromeé diciendo que su talento no alcanzaba todas las disciplinas.

—¿Seguro que tu trabajo consiste en salvar vidas? —pregunté, apoyándome en la barra para recuperar el equilibrio—. Porque acabas de intentar acabar con la mía.

—Tú no te has dejado llevar.

—Me has hecho girar hacia el lado contrario.

—Eso es discutible.

—Mauro, casi me lanzas al mar.

—Pero te habría rescatado. Tengo práctica.

—Ah, claro. Todo formaba parte de tu estrategia para lucirte.

—Mis estrategias contigo son bastante más sencillas.

Se acercó hasta dejar su boca a un suspiro de la mía. Yo sabía perfectamente a qué se refería y también que, si continuaba mirándome de aquel modo, terminaríamos escapándonos mucho antes de que acabara la fiesta.

—¿En qué consisten? —lo provoqué.

—En besarte hasta que dejes de discutir conmigo.

—Entonces no están funcionando.

—Necesito más tiempo.

Me besó antes de que pudiera responder. Fue un beso lento, profundo y sin demasiado interés por la discreción. Alguien silbó a nuestra espalda y yo me separé riendo, escondiendo la cara contra su pecho, mientras Mauro me rodeaba con los brazos y apoyaba la barbilla sobre mi cabeza.

Por un instante me sentí tan cómoda allí que me asusté. Aquello ya no se parecía a una aventura de verano, al menos no a las aventuras ligeras y sin consecuencias que yo había imaginado alguna vez. Había empezado a acostumbrarme a encontrarlo al final de cada día, a buscar su rostro entre la gente y a reconocer sus pasos antes de verlo.

Sin embargo, me negué a estropear la noche pensando en el futuro. Todavía faltaba un poco para que terminara el reportaje y ya tendría tiempo de preocuparme cuando el calendario empezara a apretarnos contra la realidad.

La tercera ronda de chupitos llegó poco después. Me negué a beberla entera y dejé medio vaso sobre la barra, pero Sergio se tomó aquello como una ofensa personal.

—Qué decepción, Carla. Yo pensaba que, después de tantos días aquí, ya eras una de los nuestros.

—¡Lo mismo digo! —añadió Rubén.

—Lo soy. Por eso sé que no debo aceptar nada que hayas mezclado tú.

—Mauro sí se lo bebe.

—Mauro se pasa el día al sol. Tiene el cerebro cocido.

—Pero bien que te gusta —replicó Sergio.

Varias personas se echaron a reír. Yo también lo hice y Mauro le lanzó una servilleta arrugada. Todo habría quedado en una broma más si Sergio no hubiera levantado las manos, fingiendo inocencia, y añadido en un tono demasiado alto:

—Tranquilo, hombre, que aquí todos sabemos guardar secretos. Aunque hay dos en el camping que, por lo visto, se lo pasaron de maravilla la otra noche, estriptis incluido.

Las risas no llegaron a desaparecer del todo, pero adquirieron ese matiz incómodo que aparece cuando alguien ha dicho algo que no debía. Durante un segundo nadie habló. Volví la cabeza hacia Mauro y vi cómo enrojecía de golpe. No fue un cambio sutil: el color le subió desde el cuello hasta las mejillas mientras fulminaba a Sergio con la mirada.

—¿Qué coño estás diciendo? —preguntó.

Sergio abrió mucho los ojos, consciente quizás demasiado tarde de que había traspasado un límite.

—Nada, tío. Era una broma.

—Pues no tiene ninguna gracia.

—Venga, no te pongas así. Si tampoco he dicho nombres.

No necesitaba hacerlo. Martín dejó de bailar y Ainara me buscó con la mirada. Por la tensión de su rostro, supe que había comprendido exactamente lo mismo que yo: aquella frase no había surgido de la nada.

Miré de nuevo a Mauro. Seguía colorado y parecía querer estrangular a Sergio, pero, en aquel momento, su vergüenza pesaba para mí mucho más que su enfado. Pensé en la noche de los farolillos, en aquel lugar que había creído solo nuestro y en todo lo que había ocurrido entre besos y caricias cuando nos tumbamos bajo las luces. Después pensé en su bungaló, en el estriptis y en todo lo que vino tras él.

Recordé mi cuerpo entre sus manos y la confianza con la que me había entregado a él. Algo se me cerró en el estómago.

—Ven conmigo —ordené.

—Carla…

—He dicho que vengas conmigo.

Me alejé de la barra sin comprobar si me seguía. Crucé la terraza, bajé los tres escalones que conducían a la arena y continué hasta quedar fuera del alcance de las guirnaldas. La música todavía llegaba hasta nosotros, aunque el rumor del mar empezaba a imponerse.

Mauro me alcanzó unos metros más allá y trató de cogerme del brazo, pero me aparté antes de que pudiera tocarme.

—¿Se puede saber qué le has contado?

—Nada.

—No me mientas.

—No te estoy mintiendo. No le he contado nada a Sergio ni a nadie.

—Entonces, ¿cómo sabe que lo hicimos? ¿Y que bailé desnuda para ti?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. Te has puesto colorado en cuanto lo ha dicho.

—Me he puesto colorado porque ha soltado esa mierda delante de todos y sabía que estabas a mi lado. ¿Cómo querías que reaccionara?

—Podrías haber reaccionado como alguien que no sabe de qué están hablando.

—¿Y qué se supone que tenía que hacer? ¿Reírme mientras ese imbécil insinuaba cosas sobre nosotros?

—Lo que no tenías que hacer era ir aireando nuestras cosas. No me creo nada de lo que estás diciendo.

Mauro se pasó las manos por el pelo y soltó el aire con fuerza, visiblemente alterado.

—Te juro que no he dicho una sola palabra.

—¡Y una mierda!

—Carla, por favor, escúchame. Jamás haría algo así.

—No sé lo que harías. En realidad, no sé nada de ti.

—Sabes bastante más de lo que quieres reconocer.

—Sé que te gusta hacerte el gracioso, presumir delante de tus amigos y actuar como si todo te diera igual. También sé que acabamos de entrar en una fiesta y uno de ellos ha hecho una broma sobre algo que solo conocíamos tú y yo. ¿Cómo explicas eso?

—No tengo ni idea. Déjame preguntárselo.

—¿Para que os pongáis de acuerdo con la versión? No, perdona, pero no. Igual te parezco ingenua, aunque no lo soy tanto.

La mandíbula de Mauro se tensó. Durante unos segundos permaneció callado, mirándome como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por no responder desde la rabia.

—Eso es muy injusto.

—Injusto es descubrir delante de todo el mundo que el hombre con el que te has acostado va contando los detalles.

—Yo no he contado nada —repitió, elevando por fin la voz—. Puedes enfadarte, gritarme o llamarme lo que quieras, pero no voy a permitir que me acuses de algo que no he hecho.

—¿No vas a permitírmelo? —pregunté con una risa amarga—. No eres nadie para permitirme o prohibirme nada, Mauro. Tampoco eras nadie para airear mi intimidad como si fuera una anécdota divertida que contar entre cervezas.

—¡No la he aireado! ¿Qué parte no entiendes? Lo que ocurrió entre nosotros es nuestro. No se lo contaría a Sergio ni aunque me arrancara las uñas una por una.

—¡Y dale!

—Tienes que dejar de mirarme como si fuera un miserable, Carla.

—Tal vez porque siempre has sido un chulo. Lo fuiste desde el primer día y yo fui tan estúpida como para creer que debajo de toda esa pose había un hombre en quien podía confiar.

El dolor cruzó su rostro antes de que pudiera ocultarlo. Lo vi con claridad y, aun así, no me detuve. Por supuesto que no. Estaba demasiado enfadada, demasiado avergonzada y, sobre todo, demasiado asustada por lo mucho que me importaba lo que él pudiera haber hecho. Me había jodido, esa era la verdad, por mucho que lo compartido entre ambos no estuviera etiquetado.

—Debajo de esa pose hay un hombre que no te ha mentido —dijo en voz baja—. Ni una sola vez.

—Un hombre de verdad no necesita ir contando a sus amigos con quién se acuesta.

—No vuelvas a decir eso.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Me molesta que hayas decidido creer antes a Sergio que a mí.

—Sergio no ha tenido que convencerme de nada. Ha hablado y tú te has puesto como un tomate. Ha sido bastante esclarecedor. Además, no podría saberlo por otra boca. Fin de la historia.

—Me he puesto así por ti. Porque sabía que ibas a sentirte expuesta y porque quería partirle la cara, no porque me hubiera pillado contando nada.

Negué con la cabeza y me volví hacia la terraza. Desde allí distinguía a Ainara junto a la barandilla. Martín le decía algo y ella lo escuchaba con una mano apoyada en su brazo.

Poco después regresaron a la pista y comenzaron a bailar, seguramente porque mi hermana había entendido que no quería que viniera a rescatarme o porque Martín había logrado tranquilizarla. Los observé durante unos segundos, unidos por una complicidad que parecía sencilla y limpia. Entonces pronuncié lo peor que podía decir, precisamente porque sabía que haría daño.

—Míralo —murmuré, señalando hacia ellos—. Martín sí que es un hombre de verdad. No necesita montar un espectáculo ni presumir de cada mujer que se acerca a él. Mi hermana puede confiar en que no convertirá lo que ocurra entre los dos en el chiste de la siguiente fiesta. Deberías aprender un poco de él.

Mauro palideció. La rabia desapareció de su cara y dejó en su lugar algo mucho más difícil de soportar.

—No metas a Martín en esto.

—¿Por qué no? Es la prueba de que se puede ser divertido sin comportarse como un crío.

—Carla, sabes perfectamente que estás diciendo eso para hacerme daño.

—Entonces quizás lo hayas entendido mejor de lo que creía.

Me di la vuelta y empecé a caminar hacia el camping. Mauro tardó unos segundos en reaccionar, pero enseguida escuché sus pasos sobre la arena.

—No te vayas así.

—Déjame en paz.

—No. Puedes marcharte de la fiesta si quieres, pero no después de acusarme, compararme con Martín y dar por hecho que soy una basura sin dejarme demostrarte nada.

Aceleré el paso. Él volvió a alcanzarme y se colocó delante de mí, obligándome a detenerme. Tenía los ojos brillantes de furia y dolor.

—Quítate de en medio.

—No hasta que me mires y me repitas que de verdad crees que he contado algo.

—Lo creo.

—No es verdad.

—¿Ahora también sabes lo que pienso?

—Sé lo que haces cuando tienes miedo. Atacas antes de que puedan atacarte. Llevas haciéndolo desde que llegaste.

Aquello me hirió porque se acercaba demasiado a la verdad.

—No utilices lo que sabes de mí para darle la vuelta a esto.

—No le estoy dando la vuelta. Estoy intentando que entiendas que no te he traicionado.

—La única persona que me ha traicionado ha sido siempre la que juraba que jamás lo haría. Así que perdona si tus juramentos no me impresionan.

Mauro bajó la voz.

—Yo no soy tu ex.

—No, tú eres peor, porque al menos de él ya sabía qué podía esperar. Contigo he cometido el error de confiar.

—No me compares con el hombre que te destrozó la vida.

—No necesito compararos. Acabas de demostrarme que sois exactamente iguales en lo importante.

—Eso no te lo permito.

—Te he dicho que no puedes prohibirme nada.

—Pues esto sí. Te prohíbo que digas que soy como él cuando sabes que no es verdad. Te prohíbo que utilices todo lo que te hizo para castigarme por algo que no he hecho y, sobre todo, te prohíbo que conviertas lo que pasó entre nosotros en un error solo porque ahora tienes miedo.

Sentí que las lágrimas me quemaban detrás de los ojos. La rabia se mezcló con la humillación y necesité herirlo antes de que pudiera ver hasta qué punto me estaba afectando.

—No tengo miedo. Lo único que tengo es arrepentimiento. No debí acostarme contigo.

Mauro se quedó paralizado.

—No digas eso.

—¿Por qué? Es la verdad. Fue una noche, nada más. Habíamos bebido, me dejé llevar y tú estabas allí. No significó nada.

La mentira quedó suspendida entre nosotros, enorme y cruel. Él la recibió sin pestañear, aunque vi cómo se le endurecía la expresión poco a poco, como si estuviera levantando una pared delante de mí.

—Entiendo —dijo finalmente.

—Espero que, al menos, te lo pasaras bien. Así tendrás algo más que contar cuando vuelvas con tus amigos.

—No voy a contestarte a eso.

—Mejor. De hecho, no vuelvas a dirigirme la palabra. Olvídate de mí, de lo que ocurrió la otra noche y de todo lo vivido. Para ti no debería ser difícil. Al fin y al cabo, el verano está lleno de distracciones.

Pasé a su lado antes de que las lágrimas pudieran vencerme. Esta vez Mauro no me siguió.

Continué por la orilla con las sandalias hundiéndose en la arena y la música alejándose a mi espalda. Durante varios minutos deseé que corriera tras de mí, que volviera a detenerme, que insistiera hasta derribar cada una de las mentiras que acababa de arrojarle.

Sin embargo, cuando miré por encima del hombro, él seguía en el mismo lugar, solo frente al mar, con las manos cerradas a ambos lados del cuerpo.

Me obligué a continuar. Había conseguido exactamente lo que pretendía: alejarlo antes de que pudiera hacerme más daño.

El problema era que, con cada paso que daba, el dolor me golpeaba el estómago.

Capítulo 25



A la mañana siguiente me desperté antes de que amaneciera, aunque apenas podía decir que hubiera dormido.

Había pasado la noche dando vueltas en la cama, repitiendo la discusión con Mauro y encontrando, a cada nueva vuelta, una frase todavía más cruel que la anterior. Esperaba que la rabia se apagara con el paso de las horas y me permitiera pensar con claridad, pero no fue así.

Seguía sintiéndome humillada por la broma de Sergio, traicionada por Mauro y avergonzada por haber creído que lo nuestro podía ser algo más que un entretenimiento de verano. Sin embargo, por debajo de todo aquello, había una duda mucho más incómoda que no conseguía silenciar.

Mauro había jurado que no había contado nada. Lo había hecho mirándome a los ojos, sin vacilar, y eso me dolía mucho más de lo que quería reconocer.

A las ocho ya estaba sentada frente al ordenador, con una taza de café que se enfrió sin que llegara a probarla. Revisé las fotografías que había realizado durante aquellos días, organicé varias carpetas y envié a Vera una selección mucho más completa de la que me había pedido.

Después me quedé mirando el icono de su contacto durante unos segundos antes de pulsarlo.

No tenía sentido alargarlo. Mi trabajo en aquel camping estaba prácticamente terminado y el siguiente destino de la ruta se encontraba en Asturias. En principio, debía disfrutar de unos días libres antes de viajar hacia el norte, pero ya no quería quedarme en Cádiz.

No quería cruzarme con Mauro en la piscina, verlo hablar con sus amigos ni fingir que la noche anterior no había sucedido.

Vera atendió al tercer tono con una voz que dejaba claro que mi llamada había interrumpido su sueño.

—Dime que no se ha incendiado el camping.

—Que yo sepa, no.

—Entonces son las ocho y cuarto de la mañana y estoy tratando de averiguar qué clase de emergencia fotográfica justifica que me hayas despertado. Es sábado, joder.

—Quiero adelantar el viaje a Asturias.

Al otro lado se produjo un silencio. Escuché el ruido de una cucharilla contra una taza y después la voz de Vera sonó mucho más despierta.

—¿Cuánto quieres adelantarlo?

—Hoy.

—Carla, ayer me enviaste el calendario y tenías previsto quedarte todavía varios días en Cádiz.

—El reportaje está terminado. Acabo de mandarte una carpeta con el material definitivo y puedo hacer las correcciones que necesites desde el siguiente camping. Si llamas para avisar, estoy segura de que no tendrán ningún problema en recibirme antes.

—El problema no es el camping. El problema es que tú me estás llamando a esta hora para recorrer media España a la carrera sin necesidad. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—A mí no me engañas con ese «nada». Te contraté cuando todavía creías que un balance de blancos era una enfermedad y sé perfectamente cuándo estás huyendo.

—Nunca he creído eso.

—Entonces no niegas que estés huyendo.

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana. El camping comenzaba a despertarse. Una mujer caminaba hacia los baños con una bolsa de aseo, dos hombres montaban una mesa en la parcela de enfrente y, a lo lejos, las primeras voces de los trabajadores llegaban desde la zona de la piscina.

—Solo quiero irme, Vera. No me apetece seguir aquí y el siguiente reportaje me servirá para adelantar trabajo. No voy a pedirte vacaciones ni cambiar la ruta. Únicamente quiero saltarme los días de descanso.

—Lo cual resulta todavía más preocupante, porque nadie renuncia a unos días libres ni aunque esté a punto de caer un meteorito.

—¿Puedes hacerlo o no?

Vera soltó un suspiro.

—Llamaré al camping de Asturias. Si tienen preparado tu alojamiento, puedes incorporarte cuando llegues, pero no pienso responsabilizarme de que conduzcas doce horas después de no haber dormido. Te conozco bien y tú no has pegado ojo.

—Haré una parada por el camino si estoy cansada.

—Eso espero. Y cuando dejes de comportarte como una fugitiva, me contarás qué demonios ha ocurrido en Cádiz.

—No ha ocurrido nada.

—Sí, claro. Y yo te he llamado esta mañana para ofrecerte un aumento. Te escribiré en cuanto hable con ellos.

Le di las gracias y colgué antes de que pudiera seguir interrogándome. La decisión estaba tomada.

Lo único que debía hacer era comunicárselo a Ainara, recoger mis cosas y marcharme sin coincidir con Mauro. Me repetí que aquello no era una huida, aunque ni yo misma fui capaz de creerlo.

Encontré a mi hermana desayunando en la terraza del bungaló, sosteniendo una taza de café con ambas manos. Su aspecto revelaba que tampoco había descansado demasiado, aunque sospeché que sus motivos eran bastante distintos de los míos.

Cuando me vio, bajó las gafas de sol que ya se había colocado hasta la punta de la nariz y me examinó con detenimiento.

—Tienes una cara horrible.

—Gracias. Tú siempre encuentras las palabras exactas.

—No has dormido, ¿verdad?

—No mucho.

Me senté frente a ella. Ainara dejó la taza sobre la mesa y su expresión perdió toda la ligereza.

—Quería ir detrás de ti anoche, pero Martín me dijo que Mauro te había seguido y pensé que era mejor dejaros hablar. Después volvió solo. Estaba destrozado, Carla. ¿De verdad crees que ha sido capaz de algo así?

—No quiero hablar de Mauro.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Me voy a Asturias.

Ainara parpadeó varias veces, convencida quizá de que no me había oído bien.

—¿Cuándo?

—Hoy. He hablado con Vera para adelantar el siguiente reportaje y estoy esperando que me confirme que pueden recibirme.

—Pero todavía nos quedaban varios días aquí.

—A ti te quedan. Yo tengo que trabajar.

—No tenías que marcharte todavía.

—Ahora sí.

Mi hermana me observó en silencio. Después se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa con cuidado.

—Te vas por lo que ocurrió anoche. Pero igual Mauro no quiso…

—Ainara, por favor, no empieces.

—No estoy empezando nada. Solo trato de entender por qué Mauro parecía haber recibido una paliza cuando regresó a la fiesta. Puede que se fuera de la lengua, pero mucha gente lo hace y eso no la convierte automáticamente en una criminal.

»Mira, el mismo Sergio se largó antes de que él regresara. El mal rollo era evidente. Debió de sentirse fatal después de soltar aquello y Mauro, de verdad, estaba destrozado.

—¿Es impresión mía o de verdad lo estás defendiendo?

Ainara bajó la mirada durante un instante tan breve que no llegué a concederle importancia.

—Mi conclusión es que parecía muy, pero que muy disgustado. Debes de importarle.

—No quiero analizar su actitud. Le dije que se olvidara de mí y eso es exactamente lo que voy a hacer yo.

—Marcharte a Asturias no hará que lo olvides.

—Me ahorrará verlo.

Ainara se reclinó en la silla y me observó con una tristeza que consiguió atravesar todas mis defensas.

—Entonces nos iremos contigo.

—No.

—Los niños y yo vinimos para acompañarte. No tiene sentido quedarnos aquí si tú te marchas.

—Claro que lo tiene. Se lo están pasando de maravilla y tú también. No voy a arruinaros las vacaciones porque mi tiempo aquí haya terminado antes de lo previsto.

—No me parece bien que conduzcas sola hasta Asturias estando así.

—He conducido sola cientos de veces. Además, no estoy «así». Solo estoy enfadada.

—Y triste.

—Eso se me pasará.

—Carla…

—Quédate tú, Ainara —le pedí, inclinándome sobre la mesa para cogerle la mano—. Quédate unos días más en Cádiz, deja que los niños disfruten y disfruta tú también.

»Sé que te gusta Martín y no tienes por qué interrumpir lo que sea que está empezando entre vosotros solo porque yo haya metido la pata con Mauro.

Una sonrisa pequeña y avergonzada asomó a sus labios, aunque desapareció enseguida.

—No sé qué está empezando entre nosotros.

—Pues quédate y averígualo. Martín parece un buen hombre.

Pronunciar aquello me hizo recordar las palabras que había utilizado para herir a Mauro: «Martín sí que es un hombre de verdad». Sentí una punzada de culpa, pero la aparté antes de que pudiera hacerme cambiar de opinión.

—No me gusta que te vayas así —insistió Ainara.

—Lo sé, pero necesito hacerlo. No te estoy pidiendo que lo entiendas, solo que no conviertas mi marcha en un drama familiar.

—Viajar doce horas para huir de un socorrista ya es bastante dramático. Yo no necesito añadir nada.

Solté una risa sin ganas y me levanté. Ainara también lo hizo y me abrazó con fuerza.

—Llámame durante el camino —me pidió junto al oído—. Y, si cambias de opinión antes de arrancar el coche, prometo no decir «te lo dije» más de tres veces.

—Qué generosa.

Vera confirmó poco después que podía instalarme aquella misma noche en el camping de Asturias.

Hice el equipaje con la rapidez que proporcionan las ganas de escapar. Fui guardando ropa, zapatos, cargadores y material de trabajo mientras intentaba no mirar hacia la puerta cada vez que escuchaba pasos en el camino.

Una parte de mí temía que Mauro apareciera; otra, mucho más difícil de admitir, deseaba que lo hiciera.

No vino.

Cerca del mediodía, mis pertenencias descansaban junto a la entrada y la cámara permanecía protegida dentro de su mochila. Revisé dos veces los armarios y regresé para despedirme de Ainara y de los niños.

Los pequeños sintieron mucho mi marcha, pero mi hermana y yo la disfrazamos de urgencia laboral y no tuvieron más remedio que conformarse.

Ya había cargado casi todo en el coche cuando escuché el revuelo.

Al principio pensé que se trataba de una discusión entre campistas. Varias voces llegaban desde el camino principal y un pequeño grupo de trabajadores se había congregado cerca del edificio de recepción. Entonces reconocí un grito de Sergio y, por encima de él, la voz de Mauro.

—¡Dime quién te lo contó!

Dejé la última bolsa en el suelo y me dirigí hacia allí. Ainara salió del bungaló al mismo tiempo y ambas apretamos el paso.

Cuando alcanzamos al grupo, encontré a Mauro sujetando a Sergio por la pechera de la camiseta y empujándolo contra la pared lateral de recepción. Sergio trataba de apartarle las manos, pero Mauro parecía no sentir sus golpes. Tenía el rostro desencajado y una furia en los ojos que nunca le había visto.

—¡Suéltame, joder! —protestó Sergio.

—Te soltaré cuando digas quién te habló de mi intimidad con Carla. Anoche dijiste que era una broma, pero alguien tuvo que contártelo. Quiero un nombre.

Me sorprendió muchísimo, porque su actitud dejaba claro que había dicho la verdad la noche anterior.

—¡Mauro! —grité, abriéndome paso entre los demás—. Déjalo.

Él volvió la cabeza hacia mí. Durante un segundo su expresión vaciló, pero no soltó a Sergio.

—Te dije que averiguaría la verdad.

—Y yo te digo ahora que lo dejes. No quiero saber nada más de este tema —le pedí entre la sorpresa y la vergüenza.

El dolor endureció de nuevo sus facciones. Se volvió hacia Sergio y le dio otro tirón de la camiseta.

—Ya has visto lo que has conseguido. Y te juro que no voy a parar hasta…

Estaba realmente enfurecido y, para estupor general, levantó el puño.

—Vale, vale —cedió Sergio, alzando las manos—. Fue Martín.

El nombre cayó sobre todos nosotros y provocó un murmullo. Ainara se quedó rígida a mi lado y Mauro soltó lentamente la camiseta de Sergio, aunque no se apartó de él.

—¿Martín? —pregunté.

—Sí. Martín me habló de lo vuestro, de lo que pasó entre los dos.

—Eso es mentira.

La voz llegó desde detrás del grupo. Martín acababa de aparecer y avanzaba hacia nosotros con el rostro tenso. Apartó a dos de los trabajadores que se interponían en su camino y se encaró con Sergio.

—Eres un puto mentiroso. Yo no te he contado nada.

—No empieces —le advirtió Sergio—. Bastante he hecho ya por ti.

—¿Por mí? Lo que has hecho ha sido soltar una impertinencia delante de todo el mundo y ahora quieres cargarme el muerto porque Mauro te va a partir la cara.

Ainara dio un paso al frente. Había palidecido y sus ojos buscaban los de Martín con una mezcla de temor y desconcierto.

—¿Es verdad? —le preguntó—. ¿Tú le contaste a Sergio lo de Carla y Mauro?

—Claro que no —respondió él de inmediato—. No te habría delatado.

Mi hermana se puso roja. No fue un rubor leve, sino una oleada de color que le cubrió las mejillas y el cuello. Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos durante un instante.

—¡Fuiste tú! Qué maldito…

Martín la miró como si acabara de traicionarlo.

—Ainara, no.

—Yo se lo conté —confesó ella, volviéndose hacia mí—. Carla, fui yo. Cuando antes te dije que la gente era muy bocachancla, no quise incluirme, pero lo soy.

»Me fui de la lengua y le comenté a Martín lo que había pasado entre Mauro y tú. Te juro que, en ningún momento desde anoche, se me ha pasado por la cabeza que él pudiera haberme delatado.

Tardé varios segundos en reaccionar.

—¿Qué hiciste?

—Lo siento muchísimo. Estábamos hablando y… no sé, confiaba en él. Le dije que habías estado con Mauro, que habíais pasado la noche juntos y que por fin parecías feliz. Además, me pareció tan cómico lo del estriptis…

»Jamás pensé que Martín fuera a contárselo a nadie, mucho menos que fuera a utilizarlo para haceros daño.

—Yo no he utilizado nada —insistió Martín—. Ainara me lo contó, sí, pero no se lo repetí a Sergio.

—¿Qué has hecho, tío? —preguntó Mauro, todavía desconcertado.

—Nada. No le hagáis ni puto caso.

—¡Venga ya! —estalló Sergio—. Confiesa de una vez y deja de hacerte el santo, porque me estás dejando a mí como el único cabrón cuando todo esto fue idea tuya.

Martín giró la cabeza hacia él.

—Cierra la boca.

—No. Se acabó. Te debía un par de favores y me los has cobrado de la forma más miserable posible, pero no voy a dejar que después digas que me lo he inventado todo.

Sergio se recolocó la camiseta, deformada por las manos de Mauro, y miró a quienes nos rodeaban como si necesitara asegurarse de que todos iban a escucharlo.

—Martín me contó lo que Ainara le había dicho. Me pidió que soltara la broma durante la fiesta, delante de Carla y de Mauro, para que pareciera que este iba presumiendo de haberse acostado con ella. Quería que Carla se cabreara, que discutieran y que todo se fuera a la mierda.

El rostro de Martín cambió. Hasta entonces había fingido indignación, pero una sombra de miedo cruzó sus ojos.

—Estás loco.

—No tanto como tú. Porque también podrías explicar por qué querías separarlos.

—No quería separar a nadie.

—Claro que sí. Estás colado por Carla desde que llegó y no soportas verla con Mauro. Te has pasado semanas fingiendo que solo te preocupabas por ella mientras tonteabas con su hermana. Todo para estar cerca, enterarte de lo que hacían y esperar a que apareciera una oportunidad.

Ainara retrocedió como si Sergio acabara de abofetearla. Martín trató de acercarse, pero ella levantó una mano para mantenerlo lejos.

—No le hagas caso —le pidió él—. Está diciendo cualquier cosa para salvarse.

—Entonces mírame y dime que no estás enamorado de Carla.

—Ainara, esto no tiene nada que ver contigo.

—Acabas de responderme.

La voz de mi hermana se quebró y yo sentí que el mundo se inclinaba bajo mis pies. Miré a Martín, a aquel hombre al que la noche anterior había utilizado como ejemplo para humillar a Mauro, y todas las piezas empezaron a recolocarse de una manera nauseabunda: sus consejos, su presencia constante y aquellas intervenciones disfrazadas de preocupación. Incluso su acercamiento a Ainara adquiría ahora un significado distinto.

—Es asqueroso —admití.

Martín sostuvo mi mirada.

—Yo siempre he querido que estés bien —confesó finalmente.

—¿Montando una mentira para que yo creyera que Mauro me había traicionado?

—Tú no sabes cómo es Mauro.

—Tú tampoco sabes cómo soy yo si pensaste que tenías derecho a manipularme.

—Lo hice porque me preocupo por ti.

—No. Lo hiciste porque eres incapaz de aceptar que yo eligiera a otro.

—¡Exactamente! —intervino Sergio, cada vez más alterado—. Y no es la primera vez que hace algo así. Confiesa también eso, Martín. Cuéntales lo que le hiciste a tu ex cuando quiso dejarte o cómo te dedicaste a enviar mensajes desde otro número para que creyera que su nuevo novio se reía de ella.

»Eres un experto en joderles la vida a las mujeres cuando no hacen lo que tú quieres. Siempre has sido un tóxico, solo que esta vez me has utilizado a mí para hacer el trabajo sucio.

—¡Cállate! —rugió Martín.

Se abalanzó sobre Sergio, pero Mauro se interpuso y lo empujó hacia atrás. Martín recuperó el equilibrio y trató de devolverle el golpe. En un instante, los dos quedaron frente a frente, con los cuerpos tensos y la rabia a punto de estallar.

—Así que fuiste tú —dijo Mauro en voz baja—. Me dejaste quedar como un miserable delante de ella porque no soportabas que estuviera conmigo.

—Carla estaría mucho mejor lejos de ti.

—Eso no te corresponde decidirlo.

—Tú solo querías acostarte con ella. No finjas ahora que te importa.

Mauro cerró los puños. Vi cómo el brazo derecho se tensaba y supe que iba a golpearlo. Me lancé hacia él antes de que levantara del todo el puño y le sujeté la muñeca con ambas manos.

—No —le pedí—. Mauro, no lo hagas.

Él intentó soltarse sin hacerme daño.

—Apártate, Carla.

—No voy a dejar que te metas en un problema por él.

—Se lo merece.

—Puede que sí, pero tú no mereces pagar las consecuencias.

Mauro me miró. Toda la furia de su rostro tropezó con mis ojos y, poco a poco, el puño comenzó a aflojarse. Aproveché para colocarme delante de él, obligándolo a dejar de mirar a Martín. Tenía el pecho agitado y la mandíbula tan tensa que parecía dolerle.

—Mírame —le pedí—. Por favor.

Lo hizo, aunque en sus ojos no encontré el calor de los días anteriores, sino dolor, cansancio y una distancia que yo misma había colocado allí.

—Tenías razón —murmuré—. No contaste nada.

Mauro no respondió.

—Me lo juraste y no te creí. Preferí pensar lo peor de ti porque era más fácil que admitir que podía confiar en alguien otra vez. Te acusé, te comparé con la persona que más daño me ha hecho y dije cosas horribles solo para herirte. No tengo ninguna justificación.

—Carla…

—Déjame terminar, por favor. Sé que pedirte perdón no va a borrar lo que dije. También sé que no puedo exigirte que olvides que convertí nuestra noche en algo sin importancia cuando significó muchísimo para mí.

»Lo dije porque estaba enfadada y porque necesitaba hacerte daño antes de que pudieras hacérmelo tú. Pero tú no me habías hecho nada. Fui yo quien no confió en ti.

A nuestro alrededor se había hecho un silencio absoluto. Ni siquiera recordaba que seguíamos rodeados de gente hasta que escuché a Ainara llorar a pocos metros, pero no fui capaz de apartar la mirada de Mauro.

—Perdóname —le pedí—. Por no haberte creído, por tratarte como si fueras culpable sin darte ninguna oportunidad y, sobre todo, por decirte que no había significado nada.

»Era mentira. Todo fue mentira menos una cosa: tenía miedo. Muchísimo. Y he estado a punto de echarte a los leones por culpa de él.

Mauro dejó caer la mano a un lado del cuerpo. Durante unos segundos pensé que se marcharía sin decir nada, pero entonces miró por encima de mi hombro hacia el coche, donde las maletas podían verse a través del maletero abierto.

—¿Te ibas?

—A Asturias.

—Entiendo.

—Mauro, ya no quiero irme. Quiero quedarme unos días.

Sus ojos regresaron a los míos y encontré alivio en ellos, un alivio que ambos compartimos. Lo besé delante de todo el camping, que se había congregado allí.

El único que no debió verlo fue Martín, que se apresuró a salir corriendo. Supuse que había ido a recoger sus cosas, porque dignidad ya no le quedaba por recoger. Sergio también se apartó con lentitud, haciendo un gesto con las manos para pedirnos perdón.

Más tarde, Rubén nos explicó que no era la primera vez que Martín utilizaba a otras personas. Esperábamos que fuera la última.

Capítulo 26



A principios de octubre regresé a Madrid después de terminar los reportajes de Asturias y el Pirineo aragonés. Llevaba casi dos meses fuera del lugar donde conocí a Mauro, aprendiendo a reconocer la calidad de un camping por la presión de sus duchas.

Cuando abrí la puerta de mi piso y dejé las maletas en mitad del salón, tuve la sensación de estar entrando en una fotografía antigua. Todo seguía exactamente donde lo había dejado: las plantas medio supervivientes junto a la ventana, los libros apilados sobre la mesa y aquella taza desconchada que no recordaba haber abandonado en el fregadero. Sin embargo, yo ya no era la misma mujer que se había marchado a Cádiz convencida de que el amor era una enfermedad de la que había quedado definitivamente inmunizada.

Mauro me llamó mientras deshacía el equipaje. Apareció en la pantalla con el pelo revuelto, una camiseta gris y una pared blanca detrás que no reconocí. Respondí incapaz de contener la sonrisa que llevaba todo el día intentando reprimir.

—Por fin en casa —dijo—. Ya empezaba a pensar que Vera te obligaría a dormir dentro del coche para ahorrar dietas.

—Vera me obligaría a dormir en una tienda de campaña instalada en una rotonda si consiguiera buenas fotografías.

—No le des ideas. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Largo. Estoy considerando seriamente no volver a conducir hasta Navidad.

—Perfecto, porque dentro de pocos días llegaré yo y podré hacerte de chófer.

—¿Dentro de pocos días cuánto es?

—Pocos.

—Mauro, esa no es una unidad de tiempo.

—Entre tres y cinco, dependiendo de cuánto tarde en organizarlo todo. Mañana termino en el camping, recojo mis cosas y dejo resueltos un par de asuntos. Después soy completamente tuyo.

—Eso ha sonado inquietante.

—Pues espera a verme instalado en Madrid. Pienso visitarte a todas horas.

—Tendré que mudarme sin dejarte la dirección.

—Te encontraría. Tienes demasiadas maletas para pasar desapercibida.

Me reí y me senté sobre una de ellas. Llevaba semanas imaginando aquel momento, aunque todavía me costaba creer que Mauro fuera a cumplirlo.

Desde que nos despedimos en Cádiz no habíamos pasado un solo día sin hablar. Habíamos compartido amaneceres por videollamada, cenas a través de una pantalla y conversaciones que empezaban con una tontería y terminaban dos horas después, cuando alguno de los dos se quedaba dormido. Aun así, verlo marcharse de su ciudad, abandonar su trabajo y empezar de nuevo en Madrid era distinto, porque esta vez era real.

Después de descubrir la verdad sobre Martín, me quedé varios días más en Cádiz. Cancelé el viaje anticipado a Asturias, deshice de nuevo el equipaje y me obligué a permanecer cerca de Mauro sin miedo.

Primero hablamos, después volvimos a reírnos y, una noche, sentados en la playa, me pidió que dejara de anticipar el desastre.

—No te estoy pidiendo promesas para toda la vida —me había dicho mientras dibujaba líneas en la arena—. Solo que me conozcas de verdad y que intentemos tener una relación sin que decidas de antemano cómo va a terminar.

Yo le expliqué que no veía la manera. Mi vida estaba en Madrid, su trabajo en Cádiz y mis reportajes me obligaban a viajar durante buena parte del año.

Mauro respondió que pensaba trasladarse. Al principio creí que se trataba de uno de sus impulsos, pero llevaba meses preparando una idea. Había recibido una pequeña herencia de su padre y conservaba ahorros suficientes para emprender sin endeudarse.

Quería crear una plataforma digital dirigida a campings, alojamientos rurales y pequeños negocios turísticos que no podían permitirse grandes agencias de publicidad. El proyecto combinaría visitas virtuales, reportajes fotográficos, vídeos breves y rutas interactivas para que cada establecimiento pudiera mostrar su entorno y permitir que los viajeros reservaran experiencias desde el mismo lugar.

Lo había llamado Fuera de Ruta.

—La mayoría de los campings tienen páginas que parecen diseñadas cuando Internet todavía hacía ruidos para conectarse —me explicó—. Tú consigues que un sitio apetezca con una sola imagen. Yo quiero crear una herramienta para que esos negocios puedan enseñarse de verdad, no limitarse a poner cuatro fotos torcidas de una piscina vacía.

La idea era buena, mucho más de lo que esperaba, aunque no se lo confesé de inmediato porque su ego ya ocupaba suficiente espacio, como le decía entre bromas.

Mauro había trabajado durante años en el sector, conocía las necesidades de los campings y llevaba tiempo aprendiendo sobre gestión digital. Había hablado con un programador y una diseñadora, estudiado costes y preparado un plan de negocio. No pretendía que yo financiara nada ni que abandonara mi trabajo. Solo quería contar conmigo para seleccionar fotógrafos, definir el estilo visual y realizar algunos de los primeros reportajes.

—¿Me estás proponiendo una relación o contratándome? —le pregunté entonces.

—Las dos cosas, pero pienso pagarte por una de ellas.

—Espero que te refieras al trabajo.

—Eso dependerá de tus tarifas.

Aquel fue el momento en que comprendí que iba en serio. No se trasladaba únicamente por mí. Madrid le ofrecía contactos, posibles inversores y acceso a profesionales con los que desarrollar el proyecto. Yo formaba parte de su decisión, pero no era su única razón. Mauro no venía a renunciar a su vida, sino a construir otra.

Dos días después de mi regreso, el telefonillo sonó poco antes de las seis de la tarde. No esperaba que Mauro llegara hasta la noche siguiente, así que abrí sin preguntar, convencida de que se trataba del repartidor que debía traerme un trípode.

Cuando llamaron a la puerta, aparecí con el pelo recogido en una coleta baja, unos pantalones viejos y una mascarilla verde extendida por la cara. Mauro esperaba al otro lado con dos maletas, una mochila y una sonrisa imposible de disimular.

—Espero que eso no sea permanente —dijo después de examinarme.

—¿Qué haces aquí tan pronto?

—Yo también me alegro de verte.

Me lancé a sus brazos antes de que pudiera añadir nada. Mauro soltó las maletas y me levantó del suelo, riéndose mientras yo le rodeaba el cuello.

Lo besé sin importarme la mascarilla, el pasillo ni la vecina que acababa de abrir su puerta para averiguar el motivo del escándalo. Él me devolvió el beso con tanta fuerza que todos los kilómetros y semanas de espera desaparecieron de golpe.

—Me has llenado la cara de algo verde —murmuró al separarse.

—Es hidratante.

—Parece guacamole.

—Pues estás guapísimo.

—Tú también. Como una tostada moderna.

Le di un golpe en el hombro y él volvió a besarme. Después recogimos sus maletas y entramos en casa.

Mauro había alquilado un pequeño estudio a veinte minutos del mío, aunque tardó menos de una hora en dejar claro que no pensaba utilizarlo demasiado. Contra todo pronóstico, aquel chico tenía las cosas muy claras: íbamos a intentarlo poco a poco y no era plan de instalarse en mi casa de buenas a primeras.

Aquella primera noche pedimos comida, abrimos una botella de vino y terminamos sentados en el suelo del salón, de lo más relajados. Hablamos hasta la madrugada, nos besamos como si necesitáramos recuperar todo el tiempo perdido, hicimos el amor como leones y nos dormimos abrazados con la tranquilidad extraña de quienes, por fin, ya no tienen que despedirse a través de una pantalla.

Durante las semanas siguientes, nuestra vida empezó a encontrar su ritmo. Mauro alquiló una oficina diminuta en un espacio compartido y convirtió una mesa, dos ordenadores y una pizarra en la sede de Fuera de Ruta.

La diseñadora desarrolló la imagen de la marca, el programador comenzó a construir la plataforma y yo preparé una selección de fotógrafos dispuestos a colaborar. El camping de Cádiz aceptó convertirse en el primer proyecto piloto y otros tres establecimientos mostraron interés antes incluso de que la web estuviera terminada.

Mauro trabajaba sin descanso, aunque nunca perdía su capacidad para aparecer en mi casa con la excusa más tonta. A veces traía comida; otras aseguraba que necesitaba mi opinión profesional sobre un color que ya había elegido.

Se acostumbró a dejar camisetas en mis cajones y yo a encontrar sus zapatillas junto a la puerta. Discutíamos por el desorden, por sus horarios y porque pretendía utilizar fotografías mías sin reconocer que le encantaban. Después hacíamos las paces con la misma facilidad con la que antes habíamos levantado barreras.

No todo resultaba sencillo. Yo aún tenía miedo y Mauro todavía conservaba la mala costumbre de bromear cuando algo le importaba demasiado. Pero estábamos aprendiendo a hablar antes de hacernos daño, a preguntar en lugar de imaginar y a confiar sin exigir garantías imposibles.

Una noche, mientras él trabajaba con el portátil en mi sofá y yo seleccionaba fotografías en el suelo, levanté la mirada y comprendí que aquello era exactamente lo que había creído que nunca volvería a tener: no una historia perfecta, sino una vida compartida que comenzaba a ponerse en marcha.

Mauro notó que lo observaba y sonrió.

—¿Qué pasa? Y no me digas que «nada».

Cerré el ordenador, me acerqué y me senté sobre sus piernas.

—Estaba pensando que Madrid te queda bastante bien.

—Espera a que pasen más meses y vuelva a ponerme blanco.

—Entonces tendré que fotografiarte siempre en blanco y negro.

—Mientras no vuelvas a mandarme al fondo del encuadre…

Lo besé antes de que terminara. Esta vez no había una fecha de despedida esperándonos ni cientos de kilómetros al otro lado de la mañana. Solo estábamos Mauro y yo, una empresa que empezaba a crecer y la certeza, por primera vez en mucho tiempo, de que ya no quería seguir huyendo de lo que venía después.

Epílogo



Dos años después, regresé a Cádiz con un vestido blanco de corte ibicenco, del brazo de mi padre y con la firme intención de no tropezar antes de llegar hasta Mauro.

No era una aspiración demasiado ambiciosa, pero el camino de madera que atravesaba la arena, los nervios y unas sandalias que mi madre había calificado como «preciosas, aunque poco sensatas» convertían cada paso en una pequeña hazaña.

La boda se celebraba en una playa cercana al camping donde había empezado todo. No quisimos salones, manteles interminables ni invitados sentados según un protocolo que nadie entendiera. Habíamos elegido una celebración playera, sencilla y luminosa, con bancos blancos frente al mar, arcos cubiertos de flores silvestres y largas tiras de tela que se movían con la brisa.

Todos vestían de blanco o de colores claros y las guirnaldas de bombillas esperaban suspendidas sobre la arena a que el atardecer les cediera el protagonismo.

Mauro me aguardaba junto al arco floral, con un traje de lino beige, la camisa abierta en el cuello y una expresión que oscilaba entre la felicidad y el temor a que yo hubiera cambiado de opinión. Un temor más que infundado.

A su lado estaba su madre, la madrina, con los ojos llenos de lágrimas desde bastante antes de que empezara la ceremonia.

—Todavía puedes correr —murmuró mi padre mientras avanzábamos.

—¿Eso se le dice a una novia?

—Solo quería comprobar que estás segura.

—Lo estoy.

—Menos mal. Tu madre me mataría si tuviera que perseguirte por la playa.

Mi madre caminaba unos pasos por delante junto a Ainara. Ambas habían supervisado hasta el último detalle de la decoración y llevaban toda la mañana discutiendo sobre la colocación de unas velas que nadie, excepto ellas, habría notado.

Ainara estaba preciosa y radiante. A su lado se encontraba Álex, el hombre al que había conocido un año atrás y que logró enamorarla sin juegos, mentiras ni planes retorcidos. Los niños lo adoraban y yo también, aunque me reservaba el derecho de someterlo a interrogatorios periódicos para asegurarme de que sus intenciones seguían siendo honorables.

Cuando llegamos al altar, mi padre besó mi mejilla y entregó mi mano a Mauro.

—Cuídala —le pidió.

—Lo haré.

—Y no le lleves la contraria si quieres que esto dure.

—Eso ya lo he aprendido.

—Perfecto. Entonces estáis preparados para el matrimonio.

Los niños fueron los encargados de llevar los anillos. Habían ensayado durante semanas y jurado que se comportarían con absoluta seriedad, promesa que duró hasta que Teo tropezó con el borde de la alfombra y estuvo a punto de lanzar las alianzas a la arena.

Noa consiguió atraparlas antes de que cayeran y levantó la cajita como si acabara de ganar una competición olímpica.

—¡Las he salvado! —gritó.

—Eso cuenta como servicio de emergencia —dijo Mauro—. Luego te doy una parte de mi antiguo sueldo de socorrista.

—Ya no tienes sueldo de socorrista —le recordó Teo.

—Menos mal, porque casi pierdo los anillos —añadió Noa.

Las risas recorrieron a los invitados. Observé a Mauro y encontré en sus ojos la misma luz de aquel verano. Habían cambiado muchas cosas desde entonces, pero él continuaba mirándome como si el resto del paisaje perdiera importancia cuando yo aparecía.

Fuera de Ruta había crecido mucho más deprisa de lo que cualquiera de los dos se había atrevido a imaginar. Lo que empezó con una oficina modesta y tres establecimientos interesados se había convertido en una empresa con varios trabajadores, una amplia red de alojamientos asociados y proyectos por toda España.

Un año atrás, Mauro me había propuesto incorporarme como socia. Acepté con la condición de conservar mis propios reportajes y él respondió que jamás se le ocurriría intentar controlar mi cámara ni mi vida.

Durante los votos, volvió a sacar el tema.

—Prometo quererte, respetarte y recordar que eres mi mujer incluso durante las reuniones de socios.

—Yo prometo no despedirte —le respondí—, aunque dejes las tazas de café junto a los objetivos.

—No puedes despedirme. Tengo el mismo porcentaje de la empresa.

—Entonces prometo estudiar cómo hacerlo legalmente.

Los invitados volvieron a reír y Mauro me atrajo hacia él en cuanto terminamos de intercambiar las alianzas.

—A veces pienso que somos mejores socios que pareja —susurró.

—Imposible. Como pareja discutimos menos.

Nos besamos mientras el sol comenzaba a descender sobre el mar. Después, la ceremonia se transformó en una fiesta sobre la arena.

Varias furgonetas Volkswagen clásicas de colores, decoradas con flores y pequeñas luces, servían la comida: pescaíto frito, tortillas, montaditos, croquetas, quesos y cucuruchos de patatas. No había lugares asignados. Los invitados comían de pie, descalzos o sentados sobre cojines, iban de una furgoneta a otra y brindaban cada vez que encontraban una excusa.

Mi padre acabó bailando con la madre de Mauro, mi madre reorganizó unas flores que no necesitaban ser reorganizadas y Ainara permaneció abrazada a Álex mientras los niños corrían alrededor de las luces.

Cuando el cielo se tiñó de naranja, rosa y violeta, Mauro me llevó hasta la orilla.

—¿Te acuerdas de lo mucho que querías marcharte de Cádiz? —me preguntó.

—Perfectamente. Hasta que apareció un socorrista insoportable para llevarme la contraria.

—Irresistible.

—Solo un poco.

Me rodeó la cintura y apoyó la frente contra la mía. Detrás de nosotros sonaban la música, las risas y el tintineo de las copas. Delante, el mar reflejaba los últimos colores del día.

Había llegado a Cádiz aquel verano para guardar recuerdos convertidos en imágenes. Sin embargo, aquellos días me regalaron algo que ninguna cámara habría podido contener: un lugar al que regresar, una vida que compartir y un hombre capaz de demostrarme que algunas heridas no tenían por qué decidir mi futuro.

Mis redes sociales:

Instagram: @aitorferrerescritor
Facebook: Aitor Ferrer
Amazon: relinks.me/AitorFerrer
